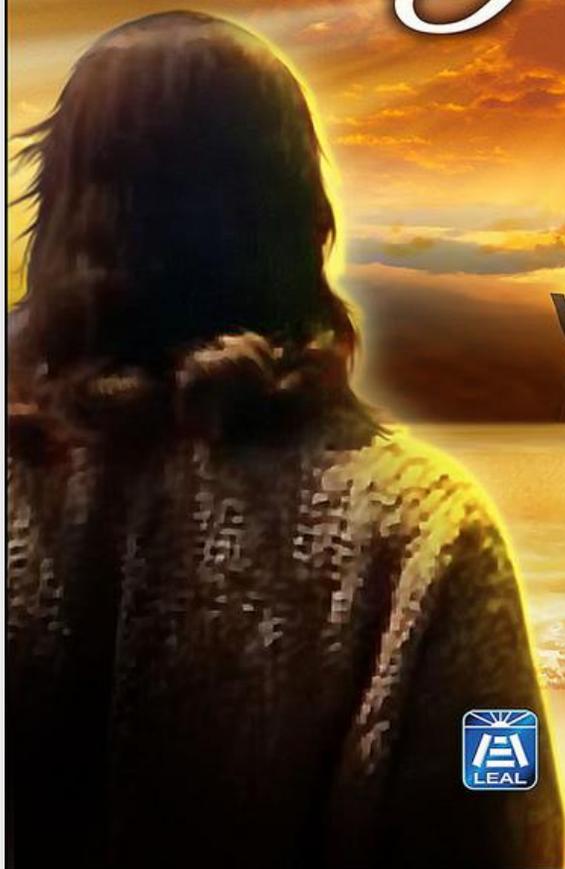


DIVALDO FRANCO
pelo Espírito Amélia Rodrigues

*Primícias
do Reino*



Divaldo P. Franco

Las primicias del Reino

Obra mediúmnica
dictada por el
Espíritu Amelia Rodrigues

Índice

Antecámara

Explicación

Prólogo

1 Apuntes históricos

2 Las buenas nuevas

3 El precursor

4 El Excelso canto

5 Nicodemo, el amigo

6 El mancebo rico

7 Simiente de luz y vida

8 El paralítico de Cafarnaúm

9 La suplicante cananea

10 La mujer de Samaria

11 Embajadores de la esperanza

12 El Tabor y la planicie

13 El obsesado gadareno

14 Sé limpio

15 La mujer hemorroisa

16 Zaqueo, el rico de humildad

17 La familia de Betania

18 La rediviva de Magdala

19 Id, y conquistad la Tierra

20 Simón Pedro: piedra y pastor

21 Jesús

22 Epílogo

Antecámara

"Hombres, hermanos a quienes amamos, estamos al lado de vosotros: amaos también los unos a los otros, y decid desde el fondo de vuestro corazón, haciendo la voluntad del Padre que está en el cielo: ¡Señor! ¡Señor!, y podréis entrar en el Reino de los Cielos."

El Espíritu de Verdad (Prefacio de "El Evangelio según el Espiritismo").

Hay, sí, mucho dolor en la Tierra. El hombre, mientras alcanza victoria en las arremetidas del conocimiento científico, siente el proceso de aflicción en angustia lenta que le carcome la intimidad del alma, destruyéndole la esperanza de paz íntima. Los siglos de cultura que vencieron la ignorancia al respecto de las cuestiones de la vida orgánica no lograron modificar la estructura del ser en la realidad espiritual.

El esfuerzo actual de los nuevos filósofos renacientes de Nietzsche que, a su vez, tentó revivificar las ideas de Condillac y de los atomistas de Grecia y Roma antiguas, no se hace poderoso para ofrecer al espíritu humano la seguridad y la alegría indispensable a la vida.

La juventud sin frenos pide orgía y gozo sin disfrazar la locura que la posee; la madurez se desgobierna, ruega placer y fuerza para el poder transitorio, la vejez mientras tanto, muy cerca de la tumba, vuelve a los postulados de una fe religiosa, en la cual busca aliento y consuelo para sus dolores y desasosiegos...

Es que el materialismo es un fuego fatuo que brilla agradable, solamente durante los arranques juveniles, en cuanto hay fuerza física y entusiasmo en la sangre y en la carne. Ahora una inquietud se apodera del hombre y vence en la Tierra.

Las religiones desde hace mucho olvidaron a las almas para cuidarse de poseer y gobernar apoyadas en estructuras arcaicas. Instituciones poderosas en que se transformaron consiguieron el reino de la tierra olvidando el reino de los cielos. Las viejas fórmulas ya caducas no pueden más tranquilizar ni ofrecer seguridad emocional. Sin confianza en sus propios dogmas proyectan y esperan conseguir una nueva Teología... ¡sin Dios!, como para actualizarse.

Es en esta circunstancia, pues, que el Espiritismo produce su hermosa misión de Consolador, aquel mismo Consolador que fue prometido por Jesús.

En la hora en que la Ciencia ahonda el bisturí de la investigación en la "psique" y esclarece los complejos enigmas de la Psicología trazando rutas a los viajeros de las incertidumbres de la vida. Oedipus de hoy, trasciende las conquistas de las llamadas disciplinas psicológicas para poner en el espíritu inmortal — ese heredero de las realizaciones de los tiempos — las semillas potenciales de sus hechos como herencias en forma de estigmas, complejos y bendiciones, sufrimientos o glorias que hacen las diferencias desde las cunas hasta las tumbas, en las "villas miserias" o en las mansiones, todo esclareciendo bajo las luminiscentes realidades Kármicas, que son personales e intransferibles.

Somos, todos nosotros, indudablemente herederos de nosotros mismos...

Cuando la Filosofía pierde la dirección de la ética y no obtiene el honor de conducir al hombre, la Doctrina Espirita le propone nuevas directrices, ofreciendo pruebas y hechos al amparo de la comprobación de los inolvidables científicos del pasado y los nobles estudiosos del presente...

Trayendo de vuelta a Jesús — Jesús, aquel que es el Buen Amigo de todos los seres — se transforma en pañuelo para las lágrimas y sudores que perlan en los ojos y en la frente de todas las personas afligidas y melancólicas de esta actualidad...

Y son los muertos que vienen como testigos de la realidad de la vida del más allá, hoy como ayer, hablando el lenguaje del amor y de la razón para la nueva humanidad.

Son madres que la tumba no calló su boca consoladora y vienen, otra vez al hogar desierto, para conducir las criaturitas huérfanas con amor y cariño; son padres llenos de añoranza que vuelven a la intimidad de la familia en luto para decirle de la inmortalidad triunfal: son hermanos y amigos que no se quedan en la inmovilidad del mausoleo y cantan a los oídos de las gentes la gloria de la supervivencia: ¡vida, inmortalidad, luz! Son enemigos aún amargados que vuelven y encuentran aquellos que los hirieron y tornaron infelices, estableciendo un comercio psíquico de malas consecuencias... Son espíritus, sí, todos vivos en identidad de mente y emoción intercambiando en las mismas franjas vibratorias, modificando el paisaje del mundo...

Hoy como hace dos mil años, hay totalitarismo del poder, achique en la fe, anarquía... Las inmensas multitudes en filas de desgraciados hacen de las ciudades lugares de nadie; las personas nada valen y muchas de las mujeres de hoy, bajaron al precio de un animal como ya fue en Israel... Viene, entonces, el Espiritismo cristiano, "viene a cumplir en los tiempos predichos lo que Cristo anunció y a preparar el cumplimiento de las cosas futuras. Es, pues, obra de Cristo, que él mismo preside, así como la regeneración que se opera y prepara el Reino de Dios sobre la Tierra, como igualmente lo anunció", (*) llamando a una orden nueva y feliz a todos los hombres. Antes El dio su vida, ahora pide la nuestra. ¡Meditemos!

Homenajeando el Primer Centenario de la desencarnación del maestro Allan Kardec nosotros, los "espíritus-espiritas" al presentar "Las Primicias del Reino" de nuestra hermana Amelia Rodrigues, primicias que son una sinfonía en que suenan las voces del cielo en la acústica de los corazones que tienen ganas de paz y sed de luz, decimos, las nuevas voces que somos, en paráfrasis al canto de los antiguos cristianos:

"¡Salve, Kardec! ¡Los que viven la gloria de la inmortalidad y que te aman, reconocidos bendicen tu espíritu y te saludan!"

Amalia Domingo Soler

Cosme Mariño

Manuel S. Porteiro

Josefina Arámburu de Rinaldini y otros.

Salvador (Brasil), 3 de marzo de 1969.

(*) "El Evangelio según el Espiritismo" - Capítulo 1-7. Editorial Kier S. A. Octava Edición.
(Nota de los Autores Espirituales) (Psicografiada en castellano, en la sesión del Centro Espirita "Camino de Redención", por el médium Divaldo P. Franco).

Explicación

Atendiendo las sugerencias de los Bienhechores Espirituales, me animo a esta Explicación. Con la desencarnación repentina de un hermano acaecida el 24 de junio de 1944 en FERIA de Santana (Estado de Bahía), nuestra ciudad natal, y una serie de acontecimientos dolorosos, fui llevado por manos generosas a trabar conocimiento con una dedicada médium espírita, doña Ana Ribeiro Borges (Nana), quien a su vez me condujo a las primeras sesiones mediúnicas, donde la psicofonía espontánea floreció en mí.

Católico practicante, durante muchos meses me debatí entre la antigua convicción religiosa y las elucidaciones claras que el Espiritismo me ofrecía sobre los problemas de la vida, los orígenes del ser, las pruebas y el destino a través de la reencarnación.

Trasladando nuestra residencia, después, para Salvador, me inicié alrededor de 1947, por orientación de los dedicados Amigos Espirituales, en el estudio de "El Libro de los Espíritus" de Allan Kardec, así como de las demás obras de la Codificación. Me refiero al estudio y no a la lectura pura y simple, dado que desde las primeras horas esos abnegados Instructores del Mundo Espiritual se referían a la Obra Kardeciana como profunda, excelente; profundidad y excelencia esas que yo mismo constataría lentamente, con el correr de los años, dedicándole estudio sistemático y cariñoso, durante toda la vida.

En marzo de 1948, estando de vacaciones en la residencia de correligionarios amigos, en la ciudad de Aracajú, fui invitado a exponer algunos comentarios en la sesión semanal de la Unión Espírita Sergipana, invitación hecha por el entonces presidente. Era la primera vez que me presentaba en público y dominado por comprensible turbación, me demoré sin proferir una sola palabra, pese a que el número de personas presentes no excedió de 15. En aquellos minutos de tormento íntimo, que parecían no tener fin, vislumbré la presencia de un Espíritu Amigo y escuché su bienaventurada voz decirme en tono firme: "¡Habla! ¡Hablaremos por tu intermedio!". Inmediatamente se destrabó la lengua, la voz, y emocionada y rápidamente, "hablé" por espacio de casi 40 minutos. Así me inicié en las sencillas tareas de la exposición evangélica y doctrinaria, en las que gracias a Dios me encuentro vinculado hasta el momento.

Todas las veces que era invitado a formular comentarios sobre el Evangelio, tuve la impresión de ver los escenarios de los acontecimientos, los personajes, como en una pantalla de cinematógrafo y pese a lo limitado del vocabulario, bajo la fuerte inspiración que me dominaba en esos momentos, me era y me es posible describirlos y reproducir los diálogos expresivos, en narraciones emocionantes y vivas. Otras veces, para mi propia sorpresa, me sentía momentáneamente como si estuviese fuera del cuerpo físico y en tanto que hablaba automáticamente, como aún hoy acontece, me sentía un espectador, sin producir el menor esfuerzo mental de la inteligencia o -memoria, durante todo el tiempo de la "conferencia", sorprendiéndome con las citas y el conocimiento de hechos que, en el estado normal, me son enteramente ignorados.

En 1949, estando en Muritiba, ciudad próxima a esta Capital, en la residencia de los correligionarios señor Rafael Veiga y señora, en una sesión presidida por el coidealista

Abel Mendonça, por primera vez sentí una imperiosa voluntad de escribir, voluntad ésa acompañada de extraña sensación en el brazo, así como una ansiedad de difícil descripción. Provisto de papel y lápiz escribí, entonces, dominado por el mismo estado espiritual, rápidamente, iniciando en esa ocasión, modesta e involuntariamente, la facultad psicográfica de que me encuentro investido.

Años más tarde, a medida que el ejercicio normal de la facultad medianímica, en sesiones semanales del Centro Espirita "Camino de Redención" me proporcionaba mejor desenvolvimiento, los Amigos Espirituales, al término de cada reunión mediúmnica, dictaban una página de comentario sobre lo ocurrido durante los trabajos, concitando a todos, invariablemente, al estudio y a la práctica del Espiritismo, sin mancha alguna, de acuerdo a las enseñanzas sustanciales de Allan Kardec.

En el mismo año 1949, como ya había pronunciado en el Centro Espirita "Camino de Redención", pequeñas conversaciones evangélicas y doctrinarias del Espiritismo, bajo la inspiración de esos mismos abnegados Amigos Espirituales a los que debo las mejores instrucciones de mi vida, el mejor cariño y la más constante asistencia, sugirieron esos Benefactores asiduos el trabajo de comunión con la infancia menos favorecida, surgiendo los planes para la "Mansión del Camino", que fue inaugurada el 15 de agosto de 1952, abrigando, en la actualidad, en un núcleo donde se yerguen 10 hogares-familia, 82 criaturas sin padres y que es nuestro afortunado taller de amor fraternal.

Muchas y reiteradas veces, amigos y correligionarios, en estos años de prédica espírita y evangélica, me han solicitado imprimir las conferencias dadas o escribir los temas abordados. En la imposibilidad de hacerlo, reconociendo las dificultades del "arte de escribir", jamás abrigué ninguna aspiración sobre ese particular. Tal como acontece en las conferencias, la producción escrita por mi intermedio es siempre dictada por los Benefactores Desencantados.

Hace menos de Un año, la dedicada Amiga Espiritual, Amelia Rodrigues, que en la Tierra fuera abnegada e instruida maestra, me informó que, oportunamente, reuniera material para un pequeño libro, estudiando los diversos temas, antes abordados en conferencias algunas de ellas inspiradas por ella misma junto a M. Yianna Carvalho y otros lidiadores de la Esfera Espiritual, y bondadosamente, dictó por psicografía todas estas páginas en presencia de los asistentes a las sesiones mediúmnica del citado Centro Espirita "Camino de Redención", ahora reunidas en este volumen.

Profundamente reconocidos al Maestro Jesús por todas las dádivas con que nos ha enriquecido el espíritu y el corazón, agradecemos, conmovidos, a los Bienhechores Espirituales, generosos y sabios que nos han inspirado y socorrido, al tiempo que pedimos excusas a los lectores que nos honren con su atención y paciencia, formulando votos de paz para todos nosotros.

Divaldo Pereira Franco Salvador, 26 de febrero de 1967

Prologo

"Mostradme una moneda. ¿De quién tiene la imagen y la inscripción? Y respondiéndole ellos, dijeron: De César. Y les dijo entonces: Dad al Cesar lo que es de César y a Dios lo que es de Dios."

(Lucas 20:24 y 25)

En ese vigoroso y expresivo diálogo se enfrentan dos reinos en litigio: el material y el espiritual.

La efigie de Augusto y las inscripciones en las monedas de cambio y de valor adquisitivo representaban el poder temporal: las huestes guerreras venciendo ciudades, las glorias efímeras de tránsito breve, las fronteras ensangrentadas señaladas por todas partes, el lujo, el gozo, las ambiciones, el crimen desenfrenado, las vanidades y la muerte...

El Emperador, elevado al poder por una serie interminable de acontecimientos imprevisibles, extendía su fuerza por todos los rincones y estaba presente en todo lugar. El sonido de sus monedas significaba grandeza, abundancia, poder.

El sol no interrumpía su marcha sobre las tierras del fulgurante imperio.

Jesús, mientras tanto, era el Príncipe de otro reino, aquel reino de paz y justicia donde la sabiduría sublimiza las aspiraciones. Inmenso reino fuera de la tierra, cuyos cimientos, sin embargo, se consustancian en la tierra.

Augusto sembraba el terror, el odio, devastaba...

Jesús traía la invitación enérgica y libre de atavíos para escoger al deber mayor del amor.

El primero combatía como las águilas: inesperadamente, con violencia, astucia, sin piedad.

El segundo, era semejante a una paloma mansa, mensajera de paz.

Los dos reinos tenían y tienen bien definidas finalidades, rumbos perfectamente delineados.

Augusto reinaba; Él, empero, llegaba a los hombres para ofrecerles las primicias del Reino que lentamente conquistaría a los amargados y desilusionados espíritus humanos, tras los fracasos y frustraciones en el reino ilusorio de los triunfos pasajeros.

Indagado sobre el dueño de la efigie esculpida en la moneda, Jesús omitía reconocer la autoridad del Emperador, por ser una autoridad que le era impuesta y no una legítima autoridad, como aquella que viene de lo Más Alto.

* * *

Meditando profundamente en los programas de la Era Espacial, en los esquemas ultramodernos sobre la planificación de la familia, en los esbozos osados de la Psicología juvenil, en los avances de la Sociología que experimenta la aplicación de doctrinas peligrosas, no podemos ignorar la onda avasalladora de las pasiones, de las luchas y de los naufragios morales.

En el momento en que el hombre, a pesar de todas las conquistas que enriquecen su campo de experiencias parece deshumanizarse, en que la voluptuosidad de la velocidad avasalla todos los emprendimientos y las estadísticas presentan índices sorprendentes en sus diversos aspectos, con la aflicción que impera desenfrenada, sin manos que puedan detener las lágrimas o corazones que se transformen en receptáculos vivos, deseamos, respetuosamente, testimoniar reconocimiento y afecto a las células espiritistas-cristianas, que se esparcen, fraternalmente, abriendo sus puertas al dolor y a la desesperación, ofreciendo reposo y esperanza a todos, bajo la égida excelsa del Consolador.

Células que instruyen, esclarecen, albergan, constatan, alimentan, iluminan, sustentan y estimulan a los espíritus tibios o atormentados, víctimas de sí mismos, del miedo o de las neurosis de difícil clasificación; células donde algunos cirineos ofrecen, con su propia vida, las Primicias de aquel reino que vendrá, contemplando el actual declinar de César, mientras se apaga el brillo de sus últimas luces; reino cuya institución Él vino a lanzar hace dos mil años en el sufrido suelo moral del Planeta.

Pensando en esos luchadores estoicos, cristianos de la última hora, en aquellos sufrientes que el vendaval sorprende y despedaza a cada instante, y en aquellos otros aún no vencidos, tomamos coraje para hilvanar algunos pensamientos, estudios y evocaciones de los "dichos del Señor" y de los personajes que participan de Su mensaje, en una invitación sin pretensiones para el retorno hacia las cosas simples, bellas y profundas del Evangelio, hoy escasamente divulgadas, controvertidas, deliberadamente ignoradas, violentamente combatidas...

Hace falta aroma evangélico en las realizaciones llamadas cristianas de la actualidad, haciendo pensar en un Cristianismo al cual falta el espíritu enérgico y manso, suave y noble del Cristo.

En el preciso instante en que el Cientificismo congela los corazones e influye en las mentes con vigor inusitado, la evocación de Jesús y Su Vida, Sus palabras y Sus hechos, puede ser comparada al rocío balsámico depositado sobre la pústula dolorosa, ardiendo cruelmente.

Hacer hombres fuertes y puros, "como las criaturas", es la meta del Espiritismo, tornándolos "hoy mejores que ayer y mañana mejores que hoy".

No pretendemos hacer trabajo de exégesis evangélica, por faltarnos los mínimos títulos requeridos para tan grande empresa.

En la literatura terrestre abundan "Vidas de Jesús".

Nuestro esfuerzo agrupó algunas páginas escritas con el canto de espíritu inmortal luego de traspasar la reveladora frontera de la sepultura. Nuestro objetivo es contribuir con la gloriosa Obra doctrinaria del Espiritismo, iniciada por el eminente maestro lionés Allan Kardec, a quien tributamos nuestro profundo respeto y homenaje por los ingentes esfuerzos como restaurador de la "palabra de la vida", mediante el todo granítico y armonioso de la Codificación, en los tumultuosos días del siglo pasado y que, inalterada y actual, resiste las

embestidas de la liviandad y de la jactancia de los aventureros de las cuestiones espirituales a través de los tiempos.

Algunos apuntes que se amplían fuera de las notas evangélicas o que presentan comentarios no insertos en los escritos de la Buena Nueva, los extrajimos de obras consultadas en nuestro plano de actividad o son resultado de esclarecimientos y comentarios recogidos en fuentes históricas del Mundo Espiritual.

* * *

A semejanza de los días en que Jesús vivió entre nosotros, los tiempos actuales brindan también la restauración viva y actuante del Mensaje cristiano; convertida en laboratorio de experiencias aflictivas, la Tierra continúa siendo un campo rico de oportunidades para la vivencia evangélica.

Hay incontables oportunidades de trabajo esperando por nosotros.

En estos días de cultura y abundancia, pululan también la miseria física y moral aguardando socorro. Se hace necesario que repunten como primavera de bendiciones las simientes de la esperanza y surjan como antes nuevos "hombres del camino".

Esperando haber respondido al llamado del deber, mediante la contribución de este conjunto de páginas que no alientan mayores pretensiones, formulamos votos de éxito en los cometidos del bien a los infatigables obreros, en cuanto recordamos con Juan que Él "era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo" (Juan 1: 9), teniendo la certeza de que Su Luz desde ya nos ilumina interiormente, conduciéndonos a las sendas redentoras de Su Reino de amor incomparable.

Amelia Rodrigues

Salvador, 25 de febrero de 1967

Apuntes históricos

La historia de Palestina es, ante todo, la historia de un pueblo sufriente en la lucha angustiante por la sobrevivencia y la paz.

Esclavo durante largos siglos de los egipcios, los babilonios y otros pueblos, más de una vez, después de esfuerzos ingentes y sangrientos, consiguió la reorganización comunitaria dentro del régimen teocrático, sufriendo casi siempre aflicciones innominables, para perder poco después la libertad.

Haciendo de la defensa de la fe espiritual, su política y de la religión, la base de la vida nacional vivió siempre en una comunidad cerrada, bajo la inspiración del monoteísmo, cual si fuese una isla dentro de un convulsionado océano politeísta.

Aproximadamente en el año 143 a.C., soportando el yugo del imperio seléucida (1) que se encontraba entonces en luchas desenfrenadas con los partos, los romanos, egipcios y otros pueblos, Simón Macabeo liberó a la Judea, haciéndose elegir de inmediato, y en asamblea popular, general y Sumo Sacerdote, función ésta que sería retenida por hereditariadad en su familia: los asmonianos (2).

(1) La dinastía de los Seléucidas fue fundada por Seleuco I, en Persia, en el año 312 a.C. Alrededor del año 200 a.C., los seléucidas conquistaron Siria y a los pueblos vecinos, oportunidad en que, Palestina cayó bajo su dominio.

(Notas de la Autora Espiritual)

Más tarde, en el año 78, a.C., fueron conquistadas anexadas a Judea, la Samaria, Galilea, Indumea, Transjordania y otras tierras, con las que Palestina recupera sus primitivos límites. Sin embargo, a medida que aumentaban las dimensiones territoriales, disminuía el fervor religioso, ya que el progreso griego era asimilado por la Casa Asmoniana, que desde entonces, pasó a sufrir la más severa restricción y el desprecio de la clase de los fariseos.

En el año 63 a.C., cuando Pompeyo se encontraba victorioso en las puertas de Damasco con sus legiones en Oriente, fue invitado por los israelitas para un arbitraje entre Hircan II y Aristóbulo II, (3) que se disputaban la corona. El dictamen fue favorable a Hircan II. Este hecho dio origen a la célebre campaña del apasionado triunviro contra Aristóbulo II, quien, no conforme con el resultado del juicio, lo enfrentó.

(2) Ese período fue denominado 2ª República Judaica, y abarca desde el año 142 a.C., hasta el 70 de nuestra era.

(3) Hijos de Salomé Alejandra, que restableció la paz con los fariseos. Aún antes de su muerte, sus hijos Hircan II y Aristóbulo II, entablaron reñidas disputas por la sucesión.

(Nota de la Autora Espiritual)

Perdiendo la batalla en la Ciudad Baja, el rebelde se refugió en el Templo que estaba situado en la parte Alta de Jerusalén, donde tres meses después fue vencido.

La victoria de Pompeyo costó el sacrificio de 12.000 judíos, y todas las tierras de los macabeos pasaron a pertenecer al Imperio Romano. Después de la muerte de Craso, que fue quien saqueó la ciudad en el año 54 a.C., una nueva rebelión fue sofocada por Longino, su sucesor en el gobierno de Siria, deportando cerca de 30.000 judíos, que quedaron reducidos a la condición de siervos del Estado (año 43 a.C.). Con la muerte de Antipater, los partos, victoriosos, invadieron Jerusalén y pusieron como representante títere a Antígono, el último de los macabeos.

Al mismo tiempo, el 2º Triunvirato se establecía en Roma y Marco Antonio y Octavio, teniendo en sus manos el destino del Imperio, nombraron a Herodes, llamado El Grande, para ceñir la corona de David (año 40 a.C.).

Con mano de hierro, Herodes expulsó a los Partos, aprisionó a Antígono y lo entregó a Antonio, para que fuese ejecutado. Después, a fin de apoyarse en una política de temor y respeto, mandó matar a todos los judíos que habían colaborado con los invasores.

El esplendor helénico alcanzó con Herodes el período áureo en Israel.

Surgieron ciudades deslumbrantes; la escultura encontró aceptación en todas partes; Jerusalén se enriqueció de monumentos y edificios pomposos; fueron levantados teatros y el circo. Se introdujeron competiciones deportivas, concursos musicales y luchas de gladiadores.

En Cesárea fue construido un puerto de mar, y valiosas donaciones fueron hechas a Biblos, Rodas, Esparta, Atenas...

Considerando Herodes que el Templo de Jerusalén, construido por Zorababel, no poseía el esplendor digno de Israel, mandó derrumbarlo y en su lugar, hizo erguir otro más grande e imponente.

Siendo disoluto y ambicioso, además de inclemente, mandó matar a cuantos proyectaban sombra sobre su corona, sin eximir a Aristóbulo (quien apareció accidentalmente muerto en un baño, y que era el heredero legal del trono) ni a Mariana, su segunda esposa y nieta de Hircan II, hermana, por lo tanto, de Aristóbulo. Algunos de sus propios hijos, tal como Alejandro, perecieron en manos de sus sicarios, y a Antipater, considerado sospechoso de conspiración, lo encarceló indefinidamente.

Ahogó con sangre, cuantas conspiraciones fueron ensayadas, y el cerco de espías se tornó tan severo que cierto día, disfrazado en medio del pueblo, preguntó a un hombre qué pensaba de Herodes, y éste le respondió: —"En Jerusalén, hasta los cuervos son de la policía."

En el año 4 de nuestra era, Herodes desencarnó víctima de la hidropesía, de fiebre y úlcera, quedando la Casa de Israel, por testamento, dividida entre sus tres hijos: Herodes-Filipo II, Herodes-Antipas y Arquelao.

Antes de que se consumasen las exequias fúnebres en el Herodium, Arquelao, joven ambicioso de sólo 18 años, dominaba una sedición, intentando, después en Roma, el apoyo de Augusto para un gobierno soberano.

Antipas, luego de algunas diligencias, también viajó a Italia.

Herodes-Filipo II marchó hacia la región del norte y allí se estableció sin temores.

Roma, como siempre, y por medio del Emperador, eligió la mejor política de la que se valía entre los pueblos conquistados: las propias disputas y luchas intestinas que los debilitaban. Arquelao fue nombrado Etnarca de Judea, Herodes-Antipas y Herodes-Filipo II, Tetrarcas, correspondiéndole, al primero, las ciudades de Galanítida, Traconítida, Batanea y Paneas, y, al segundo, la Galilea y la Perea, donde estaban las ciudades de Nazaret, Esdrela...

Herodes-Filipo I, el primogénito, nieto del Sumo Sacerdote por el lado materno, fue radical y definitivamente desheredado. Intentó conseguir la "Mitra blanca" y el "pectoral sagrado", debiéndose conformar, sin embargo, con ser simple sacerdote, ya que esta función quedó retenida por sus tíos abuelos.

* * *

El lago de Genesaré era denominado por los Rabinos, como el lugar que "Elohim" reservó para su exclusiva satisfacción, merced a los encantos de sus márgenes y de las brisas frescas que en él había. Era natural pues, que los dos Tetrarcas se disputasen el derecho de levantar allí la ciudad capital de sus dominios.

Siendo más poderoso en armas y dinero que su hermano, Antipas ordenó construir la célebre Tiberíades, en homenaje al Emperador, en un sitio donde antes había existido un cementerio, lo que le valió la animadversión de los judíos, que comenzaron a llamarla "ciudad impura". Filipo transformó de la misma manera a la antigua Panias, situada en la confluencia del Jordán con el lago, que daba la impresión de estar recostada sobre las aguas; la hermoseó y enriqueció y la denominó "Cesarea de Filipo".

Arquelao, después de entrevistarse en Roma con el Emperador, consiguió a Samaria, Indumea y Judea, quedando Jerusalén como capital de sus dominios. Fue el que salió más beneficiado con la división del testamento. Como era semejante a su progenitor en crueldad y astucia, aumentó los impuestos y reconstruyó ciudades con el sudor y las lágrimas de sus súbditos. Como no atendía a los constantes reclamos del pueblo para que disminuyese la opresión, estalló una revolución que fue ahogada en sangre. Pese a ello, el movimiento interno fue creciendo hasta transformarse en una reacción contra la dominación romana.

Notificado el Emperador por una comisión de prestigiosos judíos que viajó a Roma de la calamitosa situación reinante en Jerusalén, Arquelao cayó en desgracia; destituido, es

obligado a trasladarse a las Galias (en Viena) con la orden de no alejarse de allí (año 6 de nuestra era). Fue nombrado entonces, para Jerusalén, un procurador romano.

No obstante, ello, continuó la rebelión, y los romanos actuaron despiadadamente mandando crucificar 2.000 judíos, como corolario de las victorias alcanzadas.

Jesús vivió su infancia como súbdito de Herodes-Antipas.

Al iniciar Su ministerio público, Palestina se encontraba bajo el control de Siria, cuyo legado era Pomponio el Débil y el procurador romano de Judea era Poncio Pilatos el quinto en la serie de sucesión.

Desde su palacio en Cesárea Marítima, el procurador dominaba todo, desde "Don a Betsabé". (4)

(4) Para gobernar ese pueblo de 2.000.000 de habitantes, (se calculaba que en Jerusalén vivían 100.000 judíos), Roma mantenía 3.000 hombres divididos en 3 cohortes de infantería, 1 regimiento de caballería y diversos auxiliares reclutados entre sirios, samaritanos, griegos y árabes.

(Nota de la Autora Espiritual)

En épocas del dominio romano, Israel presentaba tres clases sociales distintas, que se diferenciaban social, política y religiosamente. Había además otras sectas, entre las que se distinguía la de los esenios por la cordura, fraternidad y la austeridad de las costumbres de sus miembros. Ellos tenían por norma el precepto: "lo que es mío, es tuyo."

Los esenios estaban gobernados por un Consejo de Ancianos constituido por 72 miembros, entre los que se encontraba el Sumo Sacerdote. Su función era la de legislar sobre la vida y muerte de sus súbditos.

Los saduceos (zodokim — nombre derivado de Zador, que fue el líder y fundador de la clase) constituían la aristocracia feudal, encargada de los asuntos religiosos y celosos observadores de la aplicación rigurosa de los códigos de la Torah o Ley. Invariablemente ricos, disfrutaban de una posición considerable y destacada.

Los fariseos (perushim — separados) eran considerados económicamente independientes, constituyendo la clase media; se creían más "judíos que los judíos", y eran los continuadores de la severa exigencia ortodoxa, en la práctica religiosa inicialmente instituida por los macabeos.

El pueblo (Am Ha-aretz — "personas de la tierra") era el resultado de la fusión de mendigos, tejedores, obreros, artesanos de toda procedencia y pequeños agricultores; reducidos a la extrema miseria por los exagerados impuestos y constituían el denominado "proletariado" (al igual que en Roma, que los llamaban los proletarios). Esta masa del pueblo era odiada por las otras clases, y el detestado Am Ha-aretz era perseguido y desdeñado.

Sin derecho a nada y estigmatizados por el odio de todos, los Am Ha-aretz, que llenaban los campos y las ciudades se unieron en un partido: el de los fanáticos, que más tarde se dividió en celadores y sicarios que, insurrectos, perseguían a los propios judíos simpatizantes de los romanos, apuñalándolos muchas veces en la plaza pública. Así, provocando el terror, incitando a la rebelión, destruyendo las aldeas y poblados de los que se negaban a seguirlos.

Jerusalén rivalizaba con Roma en lo referente a los desocupados, con la agravante de que en ella éstos recibían "pan y circo" que propiciaba el Emperador para entretenerlos y alimentarlos.

Los fariseos, por comodidad, buscaban unirse aparentemente a los romanos, aunque en realidad se odiaban mutuamente.

Roma, por medio de sus diversos procuradores, insistía en colocar en el Templo de Jerusalén los símbolos de su poder: el águila dominadora o la estatua del Emperador, dando lugar a reacciones sangrientas. En ese ínterin, las luchas perdieron su apariencia política y asumieron carácter religioso, cuando Teudas, una especie de Mesías y libertador condujo al pueblo al Jordán e intentó repetir la hazaña de Moisés en el mar Rojo, promoviendo una violenta matanza por parte de los opresores que inclusive, mataron también al pseudo Mesías...

En el año 66 d.C., irrumpió una nueva ola de liberación, con pocos resultados para los judíos. Nuevamente abatidos y derrocados, la paz fue adquirida por el rabino fariseo Jochanan ben Sakkai, posibilitando de este modo, la salvación de muchos ricos. Sin embargo, los pequeños comerciantes, artesanos y "hombres de la Tierra", no con formes con las tratativas logradas, se refugiaron en el palacio real, que fue saqueado, y lucharon hasta la destrucción total del Templo, cosa que sucedió en el año 70, cuando Tito mandó matar a más de 600.000 rebeldes en toda la Palestina.

A fines del año 132 de nuestra era, bajo el comando de Simeón Bar Cocheba que se decía el Redentor, los judíos intentaron de nuevo un levantamiento y fueron definitivamente destruidos, muriendo Cocheba, en Bithar. Los romanos mataron más de 500.000 judíos, destruyendo más de 900 aldeas, bajando el "precio de un esclavo israelita a menos del valor de un caballo."

Adriano, prohibió en todo el Imperio cualquier acto civil o religioso judío, y el "pueblo elegido" sufrió la dispersión dolorosa, transcurriendo siglos sin poder recuperarse del desastre de Bar Cocheba.

En la antigua Jerusalén, fue levantada la ciudad pagana Aelia Capitolina, donde predominaron los hábitos Y las costumbres romanas...

¡Jamás pueblo alguno, sufrió tan largo y cruel exilio!

* * *

En ese clima de odios de toda especie y entre los sufrimientos más diversos, Jesús diseminó el amor, la libertad y la paz, llamando hacia el Reino de Dios y predicando la "no

violencia", hasta el propio sacrificio. Sintetizando los objetivos de la vida en el "amor a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo, como así mismo", hizo este legado de amor en torrentes luminosos y soberanos.

Las buenas nuevas

La inmersión de Jesús en los fluidos groseros del orbe terrestre es la historia de la redención de la propia humanidad que sale de las urnas del "yo", para elevarse a las altas cimas de la libertad.

Viviendo en la época de los reinados de Augusto y Tiberio, cuyas vidas quedaron marcadas con vigor inusado en la Historia, Su nacimiento y Su muerte marcaron los tiempos indeleblemente, constituyéndose en señal divisoria de la Civilización, como acontecimiento predominante en los hechos importantes de la vida humana.

Aceptando como lugar de nacimiento el reducto humildísimo de un pesebre, en el momento significativo en que se estaba llevando a cabo un censo, elaboró desde el primer momento la profunda lección de la humildad, para inaugurar un reinado diferente entre los seres, en el preciso momento en que la supremacía de la fuerza entronizaba a la espada y la púrpura alfombraba el suelo, tapizando el piso por donde pasaban los triunfadores. Y jamás se apartó de la directriz inicialmente asumida: la de servir a todos.

Acompañando la marcha alocada del espíritu humano, que se encuentra atado a los sucesivos ciclos de los renacimientos inferiores en la rueda de sus pasiones esclavizantes, hizo que pioneros y embajadores de Su Morada, Lo precediesen cantando las glorias superiores de la vida de lo bello, para propiciar los sueños elevados y ansias sublimes...

* * *

Antes de Su llegada:

Hamurabi amplió los límites de su país envuelto en guerras crueles e inscribió en estelas de piedras, un código, que es el primero del que la humanidad tiene noticias...

Krishna renueva la doctrina de los Vedas, doctrina cuyos orígenes se pierden en lo ignoto de los siglos, y predica la inmortalidad de los Espíritus y las vidas sucesivas...

Aknaton introduce expresivas reformas en la idolatría egipcia, inspirado por excelsos pensamientos...

Abraham, ligado psíquicamente al Mundo Espiritual, deja la ciudad de Ur y se torna padre de un pueblo...

Moisés, en comunión con los Espíritus Superiores, libera a los hebreos del cautiverio, recibe el Decálogo y trae al mundo el conocimiento del Dios Única...

Sidharta Gautama se propone conquistar el Paraíso, y se ilumina, esclareciendo a la Tierra con incomparables lecciones de paz, de concordia y con el renunciamiento de sí mismo...

Kung-Fu-Tseu (Confucio) legisla la moral, la fidelidad, la familia y renueva los conceptos sobre la vida...

Lao-Tsé compone con la experiencia y los renunciamentos, a través de profundas meditaciones, el "Libro de la Vida y la Virtud"...

Pitágoras, en su admirable Academia de Crotona, luego de compleja iniciación, preconiza la moral elevada y la austeridad, predicando la doctrina de los renacimientos...

Sócrates sintetiza las ideas de Oriente, e inicia el período de la Filosofía noble, basada en la más elevada moral y en la inmortalidad del alma...

Y otros biotipos desfilaron, triunfantes unos y muchos aniquilados, ampliando los horizontes de la Tierra, para cuando Él llegase, y también después...

...Alcibiades canta a las Musas y fomenta la guerra. Periandro se eleva a la categoría de uno de los siete sabios de Grecia y, a pesar de ello, comete un ignominioso uxoricidio...

Julio César liga sus manos al carro de la destrucción y se yergue a la condición de divinidad...

Alejandro Magno conquista el Mundo, sin conseguir, empero, intimidar a los gimnosofistas (*) que habitaban en las márgenes del Indo. Apasionado por Homero, decía que encontraba en la Ilíada, la inspiración para el amor y la guerra que le daba glorias... Y pasó por el mundo, sucumbiendo a los 33 años, después de haber vivido con la intensidad correspondiente a varias vidas...

(*) Gimnosofistas - filósofos que, en la India, se abstendían de ingerir carnes y se dedicaban a la contemplación mística. Estos sabios, vivían desnudos. (Nota de la Autora Espiritual).

Los derechos de los pueblos pertenecían a los dominadores, y el hombre, no pasaba de ser considerado un animal de carga en las garras del poder y la fuerza.

Después de Él, Marco Aurelio registró los pensamientos que fluyen de la mente privilegiada, bajo elevada inspiración de Sabios Emisarios, mientras pelea en los campos cubiertos de cadáveres..., las huestes salvajes, en nombre de la hegemonía política de vándalos elevados al poder, irrumpieron voluptuosas como llamaradas humanas crepitantes y carbonizadoras, dejando a su paso los destrozos, las cenizas y los grandes dolores de las ciudades vencidas y enlutadas...

Los triunfadores de un día erigen monumentos conmemorando su propia locura que la soberbia califica de gloria, pero que desaparecen en cuanto se consumen sus constructores...

¡Todo pasa! La Gran Esfinge, todo lo devora...

Tronos refulgentes, solios espléndidos, cohortes brillantes al sol, conquistas grandiosas, civilizaciones doradas y despiadadas, todo queda vencido por el tiempo...

Él llegó puro y silencioso, y se quedó.

Reunió a la multitud de los afligidos y los abrigó en su propio pecho.

Nada solicitó; nada exigió.

Libertador por Excelencia, cantó el himno de la verdadera libertad, enseñando la destrucción de los eslabones de la inferioridad que aferra al hombre a las más crueles cadenas...

Se oculta en el envoltorio carnal, pero es Sol de incomparable luz, aclarando el panorama de los milenios venideros.

Al suave sonido de Su dulce voz, despertaron las esperanzas y se levantaron los ideales olvidados.

Al fuerte clamor de Su Verbo, se irguieron los días, y vibran las horas del futuro ahondando en la superficie del mundo, los cimientos de la Humanidad Feliz del porvenir.

Amonestó y ayudó.

Reprobó riguroso y socorrió.

Aceptó la ofrenda del amor, pero no enclaustró la verdad entre las paredes del soborno.

Rey Celestial, compartió las necesidades de los pecadores y vivió entre ellos.

Cambia el contacto de los ángeles por la comunión con el populacho de la verdeante y calma Cafarnaúm, cambiando los esplendores de la Vía Láctea por las madrugadas rojizas del lago.

Prefirió los atardeceres ardientes de Jericó, a la epopeya celeste de los astros en infinito y constante medio día.

Aceptó el polvo de los caminos yermos y calcinados de Caná, Magdala, Dalmanuta y estrecha Sus fronteras que se pierden en el Sistema Solar, entre el Mar y el Hebrón, entre Siria y el país de Moab...

Dejó la gleba paradisíaca, para tomar un grano de mostaza y elaborar con él una cantata, sufriendo el calor asfixiante; hambriento, pidió frutos a una higuera, que fuera de época, no se les pudo dar...

Señor del Mundo, Causa anterior existente, se dejó confundir entre la turba, entre la multitud harapienta que buscaba furiosa el amor sin saber identificarlo; en la multitud, sí, en la cual, sufriendo, encontró la razón de Su glorioso martirio.

Cantó entre los sufrientes las más elocuentes expresiones que el hombre jamás escuchó.

Sus Buenas Nuevas fueron orquestadas por la musicalidad espontánea de la Naturaleza, en el escenario de las primaveras y los veranos, entre las aldeas y el lago, en el corazón exuberante de la Tierra en crecimiento...

Y traicionado, herido, encarcelado, vencido en una Cruz, eligió una tranquila y luminosa mañana para resurgir, buscando a una antigua obsesada, para decirle que la vida no cesa, y que el Reino de Dios está dentro del corazón, reafirmando, categóricamente, que permanecerá “con nosotros todos los días hasta el fin del Mundo”, retornando así al Padre,

donde nos espera, después de vencidas las luchas libertadoras de la ascensión, en las que hoy estamos ansiosamente empeñados.

El precursor

La puerta se abrió rechinando sus goznes gastados y una figura grotesca asomó en el umbral, irguiendo la cimitarra brillante al reflejo lunar que invadió la estrecha celda. (*)

La noche serena estaba envuelta en un manto de espuma plateada y se oían, a lo lejos, los sordos sonidos reveladores de la bacanal desenfundada, en otro lado.

Maquerunte o Maquero, la sombría fortaleza erguida en las cumbres de la altiplanicie de Moab, en Perea, permitía apreciar horizontes ilimitados. De un lado, el foso del Mar Muerto, cayendo mil doscientos metros abajo y más allá de las inmensas planicies, el monte Nebo, desde donde Moisés contemplara la Tierra Prometida.

En aquella torre de la siniestra ciudadela, él ya había pasado diez meses de doloroso cautiverio.

En verdad no había sufrido suplicios; con todo, aislado de los discípulos amados, que en el vado de Betabara o en los "manantiales de la paz", en Escitópolis, predicaban la necesidad del arrepentimiento y la penitencia, sufría la amargura del castigo indebido. Íntimamente recordaba sus propias palabras dirigidas a los compañeros, cuando éstos, algo recelosos le hablaron sobre Jesús:

"El hombre no puede recibir ninguna cosa que no le sea dada por el cielo. Vosotros mismos sois testigos de que os dije: No soy el Cristo; he sido enviado tan sólo como precursor. Quien tiene esposa, ése es el esposo. El amigo del esposo, que lo acompaña, se alegra íntimamente cuando oye la voz del esposo. Pues, esta alegría, me cabe abundantemente. Es conveniente que Él se engrandezca y yo disminuya..."

* * *

Era marzo del año 29.

Herodes Antipas retornaba de un viaje iniciado en Babilonia, como miembro de la comitiva de Tiberio, encabezada por el legado Vitelio, para conseguir las simpatías de Artabano, rey de los Medos, quien venciera a los Partos en una guerra sangrienta y cruel.

Deteniéndose en Maquerunte, resolvió conmemorar allí su propio natalicio, ofreciendo a la comitiva principesca y ociosa, un suntuoso festín en medio de aquel invierno, en vez de disfrutar del agradable clima del Tiberíades donde pasaba invariablemente esa época del año.

* * *

Él aguardaba aquel instante y para ello se fortaleció con amplias y profundas meditaciones.

En aquellos meses de amargo cautiverio, en ningún momento quebrantó su ánimo firme o su coraje férreo. No tergiversó ni jamás temió; si muchas vidas poseyese, las daría todas de una sola vez por el derecho de proclamar los días de justicia que se avecinaban y censurar

la degradación de las costumbres que se infiltrara en la propia corte, donde el incesto y el adulterio primaban bajo el beneplácito condescendiente de la cordialidad vulgar.

En los días transcurridos en peregrinación por el desierto, alimentándose frugalmente y sumergido en hondas cavilaciones, sintió las manos fuertes e intangibles del Padre fortaleciendo sus fibras y OYÓ en el corazón, las voces de los seres angelicales, ordenándole la prédica redentora, para abrir los senderos por donde habría de marchar el Esperado...

Aquella era la hora del testimonio; lo sentía interiormente.

Experimentaba la extraña algidez preanunciadora del momento. Hasta entonces, había estado recordando todos los acontecimientos.

Desfilaron mentalmente aquellos días risueños de la infancia feliz, ensombrecida tan sólo por la secreta preocupación acerca de Dios y sobre los hombres, preocupación ésta que aumentara constantemente con el correr de los días, en el frescor de sus años de adolescente.

¡Cuántas veces, no podría decirlo, escuchando las narraciones de la Ley, en la Sinagoga o comentando los Libros Sagrados, se había sentido arrebatado por la necesidad de meditar a solas, perdido por los áridos y difíciles caminos de las regiones ásperas del desierto montañoso y adusto! Y al hacerlo, ¡cuántas visiones confusas experimentó...! En toda la inquietud que lo atormentaba y en las necesidades de las que procuraba huir, sentía que los Cielos lo conducían hacia un destino: ¡el de preparar caminos para otros pies... para el Mesías Libertador!

Todo en su vida transcurrió de manera poco común. La cuna le fue ofrecida en circunstancias trascendentales. Sus padres lo recibieron cuando ya no lo esperaban. Conocía el hecho, narrado por el propio Zacarías.

Ansioso por un hijo, él fue al Templo a orar y al hacerlo, se sorprendió ante la presencia de un ser espiritual que le dijo: "No receles Zacarías, puesto que tu oración fue escuchada. Tu mujer, Isabel, te dará un hijo, al cual pondrás el nombre de Juan. Él será para ti motivo de alegría y regocijo, ya que será grande a los ojos del Señor".

La perturbación y el recelo invadieron a su padre, extraña mudez le adviniera, y después, el nacimiento aguardado.

Las manos de Dios, indiscutiblemente, se posaban sobre su hogar.

Después...

Al marchar hacia el desierto, se vistió como el antiguo profeta Elías: una piel de camello en el cuerpo sujeta por un cinto de cuero.

Inició su ministerio alrededor del año 15 del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilatos gobernador de la Judea y Herodes Antipas, tetrarca de Galilea...

Descendió a las planicies rocosas y duras de la Perea y llegó a Betabara, cerca del Mar Muerto, donde el Jordán ofrece un vado de fácil acceso para las caravanas, y allí comenzó a predicar y a lavar las impurezas con el agua del río, expectante, sin embargo, con relación a Aquél que conduciría a los hombres, señalándoles con el fuego de la verdad, con la marca de la vida eterna.

En invierno, el clima allí es delicioso y las aguas veloces pasan cantando entre cañas y helechos, bajo la sombra de los tamarindos cuyo verdor contrasta con el desierto de fuego, ardiente y desnudo que se extiende más adelante.

Contaba solamente treinta años y estaba encendido de fuerza y vigor.

La voz potente clamaba sin cesar: "¿Quién os enseñó a huir de la cólera que va a llegar? El hacha corta ya las raíces de los árboles. Todo árbol que no produce buen fruto será cortado y lanzado al fuego."

La evocación, lo hacía llorar: añoranzas de aquellos días de acción preparatoria para la llegada de Él...

* * *

Hacía casi cinco siglos que la boca profética se había acallado y una preocupación general dominaba los corazones.

La sangre de las víctimas de las guerras y las rebeliones incesantes, sofocadas a hierro y fuego, corría abundante y el clamor de las voces al Señor era ensordecedor. Mientras tanto, lo Alto, permanecía en silencio...

Él se sentía, cómo dudarlo, "la voz que clama en el desierto" y preparaba "los caminos del Señor". Fue así como respondió a los judíos enviados por los sacerdotes y levitas de Jerusalén, al indagar si él era el Cristo o el Elías esperado. En aquel instante, una fuerza fuera de lo común lo dominó y una noble inflexión moduló su voz al proclamar: "Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros se encuentra aquél que os es desconocido y que vendrá después de mí. Yo no soy digno de desatar las correas de sus sandalias". Esto fue en Betania, un poco más allá del Jordán y se sintió grande, en medio de la propia pequeñez.

Al día siguiente, el alba se esparcía lentamente y la "Casa transitoria" se encontraba llena de viajeros —lo recordaba con los ojos nublados de llanto e indecible felicidad interior—, bajo los laureles y tamarindos en flor zumbaban miríadas de insectos, en tanto que suaves aromas flotaban en el aire.

Estaba predicando las primicias del Reino de Dios con inusitada emoción.

El verbo inflamado se derramaba en torrentes de hálito esperanzado y humedecía sus ojos quemados por el sol ardiente. Mientras se movilizaba en el afán de reunir almas para el ejército que preparaba, Lo vio instantáneamente descendiendo por la orilla del río, sobre el césped verdoso, con la vestimenta brillando de singular manera llevando en la cabeza el

"coffieh" (1) tradicional. El recipiente improvisado que utilizaba para el baño cayó de su mano y gritó sin poder dominarse: "Ése es el Cordero de Dios que viene a arrojar el pecado del mundo. Éste es de quien yo decía: detrás de mí, viene uno que es mayor que yo; porque existía antes que yo. No lo conocía, Pero para tornarlo conocido en Israel es que vine con el bautismo del agua" y aproximándose le dijo:

—"¿Yo soy quien debía ser bautizado por ti y tú Vienes a mí?"

—"Dejémoslo así por ahora; es conveniente cumplir con todo lo que es justo."

Él hablaba con elocuente grandeza espiritual.

Luego del acto sencillo, oyó una voz, no sabría decirlo, rememorando, si venía de adentro o fuera de sí: "Éste es mi Hijo querido en el cual deposité mi complacencia."

¡Todo había sucedido en enero del año anterior y parecía tan próximo...!

Él se alejó por el mismo camino por donde transitaban los rebaños, desapareciendo entre las filas de datileras. No volvería a verlo; no tuvo la felicidad de dialogar con Él.

Una tranquila confianza envolvía su espíritu desde entonces. Y se puso a censurar con más ardor la degeneración moral, donde ésta se encontrase.

Fue a visitar al Tetrarca y sin titubear reprobó su conducta.

¡Cómo podía, aquel reyezuelo pusilánime e innoble, traicionar a la hija de Aretas, rey de los Nabateos, que se viera obligada a buscar refugio junto a su padre, fuera de la Perea, en Petra, mientras que él recibía a la esposa de su medio hermano, Herodes Filipo I que vivía en Roma como ciudadano, carente de títulos y que era hija de otro medio hermano, Aristóbulo, apasionado como su abuela Mariana, la asmoneana, asesinada por Herodes, el Grande!

Las palabras vehementes quemaban y Antipas lo escuchaba impresionado.

Empero, débil o indiferente, no tuvo el príncipe la nobleza de libertarse de la extraña pasión, ni de reaccionar siquiera. Sin embargo, sabía de la ira que envolvía el alma de la mujer herida en su orgullo y descaro.

La noche soñaba muy lejos y el viento frío corría por encima de los montes de Galaad.

* * *

Los pífanos agudos atraviesan la noche estrellada y las sombras en el salón de fiestas de la fortaleza, danzan divididas por las llamas rojizas. que se desprenden de las lámparas colgantes de cobre y cristal ...

Los recuerdos continúan asaltándolo en la mazmorra fría e infecta.

¡Cuántas humillaciones, que, sin embargo, no lo hirieron!

En lo íntimo recordaba: "Es necesario que Él crezca y yo disminuya ..." ¡Cómo le hubiera agradado oírlo, conversar con el Ungido! Venía a su mente el recuerdo de Moisés, atormentado, en el elevado Nebo, mirando la "tierra elegida" sin conseguir alcanzarla...

Con ese recelo en el corazón, nacido tal vez de los días de solitaria y triste reclusión, mandó a dos de sus discípulos que buscasen a Jesús, de Quien tanto oyera hablar, para saber...

La respuesta no llegaba y la hora era aquélla, su hora. El sudor comenzó a correr, abundante.

Sin embargo, estaba en paz.

Su espíritu preparado para el testimonio no abrigaba ilusiones. Tenía la esperanza forjada en los crisoles y yunques del ascetismo, de la dedicación y de la confianza totales.

Se levantó, aspiró el aire tranquilo de la noche, observó un pedazo de cielo bañado de luna y miró al verdugo que lo contemplaba sombrío desde la puerta abierta. La voz sonó firme como en el pasado a pesar del desgaste orgánico.

— ¡Estoy preparado! — dijo.

Se arrodilló sobre la paja inmunda del cubículo y curvó la cabeza hacia abajo.

* * *

Meses atrás, una mañana clara, en la hermosa Galilea, los discípulos de Juan, ansiosos, interrogaron al extraño y noble Rabí:

— "¿Eres tú aquel que habrá de venir, o debemos de esperar por otro?"

— "Id — respondió jubiloso — y contadle a Juan lo que oís y veis: los cojos andan, los ciegos ven, los leprosos tórnense limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres, les es anunciada la buena nueva. Feliz de quien no se escandalice de mí".

Luego se separaron, conmovidos y fascinados. El Maestro, imbuido de ternura por el prisionero que lo mandara inquirir, dijo:

— "¿Qué salisteis a ver al desierto?, ¿un cañaveral agitado por el viento?, ¿qué salisteis a ver? ¿un hombre con ropas delicadas? Pues los que visten ropas delicadas residen en los palacios de los reyes. ¿Por qué, pues, salisteis?, ¿para ver un profeta? Sí, yo os declaro que es más que un profeta: porque éste es de quien está escrito: "¡Es que envió a precederte a mi mensajero, a fin de preparar el camino delante de ti!"

La balada de la revelación en los labios del Rabí se enmarca de cristalina belleza y Él prosigue:

"En verdad os digo que entre los hijos de mujer no surgió quien fuese mayor que Juan el Bautista. Entretanto, el menor en el reino de los cielos es mayor que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta hoy, el reino de los cielos sufre violencias y los hombres violentos lo toman por asalto. Porque todos los profetas y la ley, hasta Juan, vaticinaron. Él, sin

embargo — si lo queréis aceptar— es el Elías que ha de venir. ¡Quien tiene oídos para oír, que oiga!"

¡Sí, Juan es Elías reencarnado, abriendo caminos y preparando nuevos rumbos!

La verdad estaba enunciada. Una luz nueva se proyecta en los laberintos de la ignorancia milenaria.

* * *

En Masquerunte, entre los convidados de todas partes, se encontraban Herodías y Salomé, su hija del matrimonio con Filipo I; Agripa, su hermano, que más tarde, en el imperio de Calígula, sería nombrado sucesor de Filipo en su territorio y, posteriormente, cuando Antipas fue exilado para Lyon, en la Galia, le sucedería en su Tetrarquía. También allí estaba Herodes-Filipo II, el Tetrarca pacífico de la Gaulanite y Traconite que, en breve, habría de casarse con Salomé.

El festín, digno de las cortes orientales, se excedía en lujo y desenfreno.

Vitelio, llegando en su litera suntuosa, trae consigo todo un séquito de aduladores y criados y entra triunfalmente recibido por el agasajado.

Los crótalos cantan; las cítaras y los "kinnor" (2) llenan el ambiente de extrañas y lánguidas melodías, mientras los timbales marcan un febril compás.

Las arañas encendidas lucen en todo su esplendor y los candelabros, con sus recipientes de aceite, de oro y plata, derraman luz sobre las alfombras de la Babilonia, de Tiro, de Sidón y los paños coloridos de Damasco, que penden de las paredes de piedra labrada.

Jacintos, dalias, rosas y jazmines forman un marco colorido y perfumado alrededor del salón, por detrás de las mesas de ébano y caoba talladas.

Saduceos y fariseos discuten animadamente, mientras los succulentos manjares desfilan para deleite de los comensales.

Una esclava canta una extraña e ignota melodía. En un intervalo, los cortinados son corridos. Y súbitamente, ante el asombro general, Salomé, mujer casi niña aún, comienza a danzar...

El vino dorado que corría abundante y el baile extravagante embriagaba a los príncipes, a los fariseos, a todos en general.

La danza, una mezcla de ritmos religiosos y paganos, era también lasciva.

Cuando la música se interrumpió y un inmenso silencio reinó, triunfante, la bailarina cayó en actitud insólita e injuriosa.

Antipas, entorpecido por el vino y por la sensualidad, exclamó febril, enlazando con sus brazos a la jovencita:

— “¡Pide! ¡Pídeme la mitad de mi reino y te la daré!"

Por la mente ambiciosa de la joven excitada, desfilan las pasiones y ansiedades de su época. Aturdida, busca a su madre para solicitarle consejo y ésta, encontrando propicia la ocasión, le dice en secreto: "pídele la cabeza de Juan".

La joven empalidece. La madre, autoritaria, insiste: ¡Pídele! Y yo te daré lo que quieras. Ese Juan tuvo la osadía de insultarme delante de la plebe y frente al propio rey, que, acobardado, idumeo supersticioso, no tuvo la altivez de castigarlo, degollándolo con severidad, para que sirva de ejemplo. Limpia mi nombre, hija. No sólo lo pido: ¡yo te lo exijo!

El aire pesaba y la expectativa se hizo general. Alguien gritó: ¡pídele! Es rey y luego de prometer no podrá negarse. Somos testigos. ¡Pide!

Con voz grave, la muchacha propuso:

—"Dame la cabeza de Juan", ¡para que yo pueda bailar!

Antipas, le respetaba y temía al Bautista. Oyendo el singular pedido se estremeció y se puso lívido.

Una carcajada general resonó en el aire y las voces, en coro, reclamaron:

— ¿Dale la cabeza del Bautista, Lo temes ofrecerla?

Aturdido, el rey llamó a un sicario y mandó cortar la cabeza de Juan, que estaba encarcelado.

En lo alto, la luna, en menguante, se ocultó entre las nubes oscuras y un silencio tétrico se llenó de expectación ...

* * *

...La lámina plateada cortó el aire y en un golpe sordo la cabeza del Precursor rodó por el suelo de piedra...

La música volvió a sonar y girando, con una bandeja de plata en la mano, Salomé entregó a Herodías el trofeo: la cabeza cercenada del Bautista, que miraba con ojos sin luz, la conciencia ultrajada de sus verdugos.

Semidesvariada la infeliz mujer se puso a reír a carcajadas. Elías rescataba el crimen cometido en las márgenes del río Ouizom, cuando mandara decapitar a los adoradores de Baal libre, cumplida va la tarea, ascendía, ahora, a las Cimas.

Sus discípulos solicitaron a Antipas el cadáver y lo sepultaron con cariño.

En una colina lejana, contemplando la noche silenciosa, Jesús oraba. Días después, abandonaba las tierras de Herodes Antipas e iba a sembrar la buena nueva en otras tierras ... Se cumplían las Escrituras.

El silencio que con el Precursor se hiciera, brindaba la oportunidad de oír al Mesías por toda la Tierra, en una nueva Era.

(*) Mateo, 3: 1-12 y 14: 1-12.

Lucas, 3: 1-20 y 9: 7-9.

Marcos, 1: 1-8 y 9: 7-9.

Juan, 1: 19-37.

(1) Couffieh: Especie de turbante.

(2) Kinnor: Arpa judaica de sonido grave.

El excelso canto

Aquel mes de junio era más ardiente que en años anteriores. *

El largo día moría lentamente, sofocado; el sol semi-escondido, más allá de los picos elevados, encendía las nubes vaporosas, que el viento arrastraba en su carro pulverizado de púrpura y oro.

La montaña de suave declive terminaba en un amplio valle salpicado de árboles de pequeño porte, que ofrecían, no obstante, abrigo y amparo.

Desde temprano, la multitud aflucía hacia allí, ansiosa, como atraída por fascinante expectativa. Eran galileos de la región de los alrededores: pescadores, agricultores, gente simple y sufriente, sobrecargada y afligida. Eran judíos llegados de las afueras del Jordán, de Jerusalén, extranjeros de la Decápolis. Se mezclaban las voces en los dialectos regionales y se unían todos en la misma inmensa curiosidad formada de expectación y deseo.

Oprimida por los poderosos, experimentaba invariablemente el desprecio por la jactancia y la presunción.

Aquellos seres se amaban en su dolor y en su necesidad; estaban ligados por una mutua dependencia.

Aquel Rabí que los alentaba era el Rey aguardado hacía siglos, cariñosamente esperado, que los libertaría del oprobio y de la servidumbre...

No lo oyeron o no lo vieron más que una vez y sin embargo constataron que jamás nadie había hecho lo que Él hacía o había hablado como Él hablaba.

Concurrían de todas partes, de los alrededores del lago y del campo, de las ciudades distantes y de las aldeas, para oírlo.

En el aire se notaba algo especial.

El azul dorado de los cielos se hermanaba con el verde quemado de la tierra y una brisa acariciadora llegaba del mar, de las bandas y riberas del Herman, para expandirse por la inmensa planicie del Esdrelon, trayendo el olor acre dulce del suelo quemado.

* * *

La montaña, en su grandeza especial, es también un símbolo: el Hijo del Hombre que desciende a los hombres venciendo las dificultades de la inmersión en el abismo y del Hombre que sube conduciendo a los hombres sobre laderas abruptas, hasta el seno de Dios.

La montaña también es algo maravilloso que se destaca en el paisaje.

Escalar, subir la montaña, puede significar vencer las dificultades que perturban el avance en la jornada evolutiva. Descender, dejar el monte, es no considerar el impedimento y

rehacer el camino, alargar las manos en la dirección de los que quedaron impedidos en la retaguardia...

Es muy escabroso descender hasta los hombres para erguirlos hacia Dios. Perderse entre las querellas humanas para encontrar los espíritus perturbados en la noche de las necesidades aparentes y resplandecer en sublime madrugada, guiándolos por encima de los escombros de la víspera, a fin de subir hasta la altiplanicie donde brilla, permanente, el sol del claro y demorado Día...

Descender sin decaer.

Los hombres suscitan obstáculos donde existen opiniones y levantan montañas donde hay conveniencias. Olvidarse de sí mismo e ir hacia los que se debaten en las cuestiones ínfimas, que vitalizan con alteración emocional y codicia. Darse, integrarse de tal modo, que sea común a todos, pero a ninguno igual. Esto es el díptico: subir, descender.

Subir sin abandonar lo que queda abajo y descender sin olvidar las cimas.

La montaña era una montaña cualquiera. Y el poema que allí sería presentado, jamás fue oído, nunca más será escuchado, en cualquier época, equivalente ...

* * *

El Evangelista Mateo asevera: "Y Jesús viendo a la multitud, subió a un monte ... ", en tanto que Lucas informa: "Y descendiendo con ellos, se detuvo en un lugar plano."

¡Subir o descender! No importa.

Empero, la verdad es que, en el plano del declive, él se detuvo y de pie ...

Se vistió de poniente.

Aureola refulgente encendió sus cabellos que la leve brisa agitaba.

La túnica brillante cual llama viva y la ansiedad del mundo en torno suyo. Y en la muchedumbre, hombres, mujeres y niños que llevarían en el cerebro y en el corazón el Mensaje, el Poema divisor de las realidades diferentes.

La multitud era su pasión, su vida. Amarla y atenderla, su afán.

Sintiendo a la multitud sumisa, magnetizada, olvidada de sí misma, en una sublime comunión en la que derramaba toda su vida, Él abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

— "¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos!"

Todos los pobres lo conocían. Eran harapientos, mal olientes, enfermos. Extendían la mano que la miseria enflaquece.

Eran pobres; entretanto, ¡cuántos de ellos portaban los tesoros de la riqueza del espíritu! Espíritu rico en rebeldía, poseedor de pasiones, dueño de vasto caudal de angustia y aflicción ...

¿Cuáles serían los "pobres de espíritu"?

El viento transita en leve rumor por entre la multitud pensativa, que razona en el silencio formado espontáneamente, en la pausa que, natural, se alarga ...

Los ricos poseen monedas y títulos, propiedades y espíritus que abundan en ambiciones, orgullo, tradiciones.

Los "pobres de espíritu" son libres de posesiones y ambiciones, amantes de la libertad, defensores de los derechos ajenos, idealistas, cultores de la verdad, preparados para la verdad.

Sin ataduras con la retaguardia, sin imanes atrayentes al frente.

Semejantes a los simples, sin atavíos, y a los niños. Enteramente libres.

Candidatos al Reino de los Cielos y súbditos de él, desde ya.

Inocentes, porque vencieron con el tributo de las lágrimas y el patrimonio de los sudores. Resarcido el débito, lavadas las manchas, puros, por lo tanto, sin la vacuidad del "yo", predisuestos a la auto-deliberación, a la auto-sublimación.

Libres de los residuos del mundo, no consumidos, no afligentes. Con todos, al lado de todos, sin nadie, no amarrados a los otros, a las convenciones de los otros.

"¡Pobres de espíritu!"

* * *

La multitud aguarda; laten los corazones; los ojos de todos brillan con resplandores diferentes.

La voz del Rabí esparce el canto:

— " ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!"

"El ojo es la candela del cuerpo" y todos los ojos relucen; los coronan las lágrimas.

La figura del Rabí es oro reflejado contra el cielo lejano, muy claro. Todos allí tienen lágrimas acumuladas y muchos las vierten sin cesar, en las rudas probaciones, oculta y públicamente.

Largo es el camino del sufrimiento; rudos y crueles los días en que se vive.

Espíritus afligidos por el desconsuelo y por la falta de sosiego, corazones despedazados, enfermedades y expiaciones ...

Todos lloran y experimentan la paz que se restablece después del llanto.

Muchos creen que el llanto es vergüenza, olvidados del llanto de la vergüenza. Otros dicen que la lágrima, es pequeñez que refleja flaqueza e indignidad.

La lluvia descarga las nubes y enriquece la tierra; lava el lodo y vitaliza la arboleda.

La lágrima es presencia divina.

Cuando alguien llora, la Ley está ajusticiando, abriendo senderos de paz en las regiones del espíritu, para el futuro. Sin embargo, el llanto no debe desatar los corceles de la rebeldía para las carreras de la locura, ni conducir, caudalosamente, los arroyuelos del equilibrio, cual riacho tumultuoso sembrando la destrucción, excavando los sembradíos.

Llorar es buscar a Dios en las adustas regiones de la soledad.

A solas y junto a Él.

Ignorado por todos y por Él recordado.

Paciente en todas partes, escuchado por Sus Oídos. El llanto habla lo que la boca no se atreve a susurrar. Alguien llorando está solicitando, aguardando.

En la imposibilidad de expresarse con palabras, desnudar el alma, librarse de toda inquietud. ... "¡Serán consolados!"

* * *

Céfiros suaves derraman el polen de menudas flores.

Abajo, en el valle, y los flancos de la roca, canalizan la brisa cantante.

La multitud se agita de esperanzas.

El Maestro, como si se ampliase, penetrando en todas las mentes, exclama, vigoroso:

—" ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra!"

* * *

La tierra siempre perteneció a los poderosos que unen la impiedad a la astucia y pueden oprimir, dominando sobre tímidos y blandos.

Los discípulos se miran entre sí ...

Pero la blandura es la aureola de la paz, la hermana del equilibrio.

Los herederos de la tierra la reciben ensangrentada, convertida en un océano cubierto de cadáveres; legatarios también, todos ellos, del odio y de la repulsión de los dominados.

Los blandos son los poseedores de la tierra que nadie arrebatara, del hogar que ninguno corrompe, del país donde abundan los bienes y las mieses son fecundas. "¡Hedarán la tierra!"

* * *

La tarde serena y calma se muestra transparente. Ignotas vibraciones producen musicalidad en el cuadro inmenso del paisaje colorido y ondulado.

La palabra del Maestro, expresiva, entona un tema más de la Sinfonía Incomparable:

— “¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados!”

¡Hambre y sed de justicia!

La caravana de los criminales no juzgados es infinita e inacabable.

Los carros de los guerreros y vándalos pasan veloces sobre ciudades vencidas, sobre huérfanos y viudas en abandono.

La injusticia viste los corazones y la indiferencia de los legisladores como la de los gobernantes, es casi complicidad.

El mundo arde en sed de justicia.

El hombre cae, hambriento, a las puertas de la Justicia. Sin embargo, los desvariados retornan a los antiguos pasos, reencarnando inmolados a la locura y estigmatizados por la crueldad.

Felices los que experimentan sus atrocidades.

Hay una esperanza que es vida, para sedientos y hambrientos.

Heridas a la vista, heridas del corazón, heridas ignoradas clamando lenitivo a la justicia del amor.

El hombre amargado a las puertas de la Verdad. La Verdad descendiendo al hombre, esclareciéndolo y pacificándolo.

Renaciendo para rescatar, recomenzando para acertar, repitiendo las experiencias para aprender.

Ajusticiado por la conciencia, corregido por el amor, preparado para la liberación.

"¡Serán saciados!"

* * *

Seguro equilibrio serena a la multitud.

Jesús es el nexo de luz entre los mundos en litigio: el espiritual y el material — el lugar común.

Los seres, en la montaña, se acercan unos a los otros, intercambiando miradas, identificándose.

Envolviendo a todos en una expresiva mirada de compasión y entendimiento, Jesús elucida:

— “¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia!”

La misericordia que se da es luz que se enciende en el propio camino; amor que se dilata por la senda por donde todos siguen.

La tierra es un volcán de odios y el crimen parece un gas letal que envenena o enloquece.

La guerra es una hidra cruenta que está siempre presente.

"Vivir cada uno para sí", es la filosofía llana de fácil expansión. Mientras tanto, sólo la piedad redime al criminal, así como la reeducación lo capacita para la vida.

La misericordia es el antídoto del odio, voz de la inteligencia dialogando y venciendo al instinto.

La misericordia del Padre concede la oportunidad del renacimiento en el reducto del crimen, para la rehabilitación del réprobo.

Perdón que es acto de nobleza, moneda de engrandecimiento intransferible.

Misericordia que es amor, socorriendo y ayudando sin hastío, "¡Alcanzarán misericordia!"

* * *

Se amplían las expresiones de la Verdad.

No se trata de una letanía.

La oda alcanza el clímax.

Jesús exclama, con elocuente alegría:

—"¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!"

Hay un estado casi de éxtasis.

Un delirio recorre a la masa, antes amorfa e inconexa. Ya no se pueden retener las lágrimas.

Limpiar el corazón, naciente de los sentimientos, para ver a Dios.

Bajo el fardo de las iniquidades, se despedaza la esperanza.

Manchadas por inmundicias, las aguas del amor se convierten en sumidero pestilente.

Abrir los ojos del sentimiento para ver lo que la inteligencia sueña y no alcanza.

Alzar vuelo hacia la inocencia y sintonizar con la Verdad sin retórica, en armonía ininterrumpida para sorber vida, disfrutar de la visión de Dios.

Trascendencia inalcanzable, humanizarlo para registrarlo con el órgano visual, sería empequeñecer la aspiración de perfecta identidad con Él, que, siendo inmanente en todo lugar, es invisible en todas partes ...

-Causa incausada, no se la puede condensar en el rayo luminoso que produce la imagen ilusoria que los átomos presentan. Deseando lo finito retener al Infinito, tiene este finito pervertido y manchado el corazón...

Amar a la hierba, al hombre, al cielo, al animal, al insecto, a la vida en todas las manifestaciones, integrarse a la esencia de la sustancia divina, corazón abierto al amor, con pureza en todo.

"¡Verán a Dios!"

* * *

Luego prosigue el Maestro, como completando la majestuosa enseñanza, antes de que la incomprensión asole:

— "¡Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios!"

Esparcir la paz, mientras que el pensamiento general es impedir la tranquilidad. Heredarán la tierra los hijos de Dios, porque éstos, mansos y sensatos, son blandos de corazón.

Blandura que es coraje de enfrentar al fuerte, sin temerle, someterse sin ceder al imperio de la fuerza, dominar la ira y vencerse a sí mismo para pacificar.

Cuántas veces el Maestro hizo uso de una energía sin límites ante la hipocresía y la maldad, conservando una austeridad sin violencia y firmeza de acción sin mezcla de odio; vigor, no dureza; ¡fuerza moral, no desequilibrio emocional!

Exponer sin imponer.

Iluminar las mentes sin sobornarlas o someterlas: conducir sin esclavizar.

Todos los hombres tienen necesidad de blandura, aman y precisan del amor, identifican y no dispensan la bondad, conocen y están ávidos de pacificación.

Los poderosos pasan y las sombras de los tiempos los envuelven.

Quedarán con ellos y con nosotros la paz que les otorguemos, la cordura con que los recibamos, la benevolencia con que los tratemos, a pesar de que nos humillen y hieran...

"Hedarán la tierra", "; ¡hijos de Dios ...!"

* * *

Y en un instante, eternidad fuera del tiempo, infinito más allá del espacio, concluyó, afectuoso, Jesús:

— "¡Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la Justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos!"

La ventura no es una donación gratuita, así como la paz no se revela como adorno vano. El sufrimiento consecuente de la persecución es dádiva que recama al espíritu de paz, prodigalizando la ventura.

El perseguidor es un infeliz que torna a los otros en infelices.

Enfermo, se esclaviza.

Desvariado, seduce a los secuaces del propio primitivismo en que se enclaustra y con que se inviste.

En todas las épocas, el honor sufre atropellos y experimenta vituperios.

Los héroes de la verdad silencian en las torturas la vibración del cuerpo que padece, mientras el vocerío ruge en ensordecedora burla.

La Justicia tiene sus mártires que fecundan la tierra estéril para la primicia de la verdad.

"De ellos es el Reino de los Cielos", que siendo inocentes, sufrieron por fidelidad a la Justicia Divina.

* * *

La túnica de luz solar corona los picos elevados de los montes lejanos, exuberantes en el atardecer. Allá abajo, en la campiña amplia, la claridad danza entre las sombras de la arboleda, y en el Ocaso, resplandece el festival glorioso del crepúsculo que se va insinuando.

La respiración entrecortada en todos los pechos por sordas exclamaciones y la pulsación arrítmica, hace aterir a los cuerpos en tensión. Él, parece acariciar a la multitud, y en el gesto que imprime con los brazos abiertos y las manos como alas de luz prontas a iniciar el vuelo, clama:

— "Bienaventurados sois vosotros, cuando os injurien, y persigan, y mintiendo digan el mal contra vosotros por mi causa. Regocijaos y alegraos, porque grande es vuestro galardón en los cielos; ¡porque así persiguieron a los profetas que vinieron antes que vosotros!"

El sacrificio como coronación de la fe, en testimonio de la convicción.

Dar derecho a los otros a errar, sin permitirse, por ello, errar.

Ser puro, sin aparatos de externa pureza.

Mintiendo, los agresores persiguen; tranquilo, el agredido permanece inalcanzable.

El barro de la mentira no enloda la blancura de la pureza.

Manos limpias de crímenes; corazón puro; espíritu recto.

Los vanguardistas de la verdad se encuentran tan empeñados en la difusión del auténtico ideal, que no tienen tiempo para la desidia ni para los sofismas. No se detienen a defender el honor.

No se detienen a justificar los actos que las conveniencias humanas, mordaces, desapruaban. Están al servicio de la Causa del Cristo, extendiendo las dimensiones inconmensurables del amor. Su abnegación y conducta hablan más expresivamente que sus palabras.

Su honor es la verdadera labor; su defensa y argumentos, el silencio, — respuesta de los "perseguidos que vinieron antes ...

Se regocijan en el terreno de la rectitud, haciendo lo que deben y no lo que les conviene hacer.

La gloria de los luchadores es el honor del trabajo y su aureola, el sudor del deber.

"¡Regocijaos!, ¡Alegraos!"

En aquella hora, ya no hay dudas.

Toda la epopeya de la Humanidad canta en el sermón de la montaña.

El amor, en su más elevada expresión, tiene allí su fuente inagotable y eterna.

* * *

Recorren el aire los aromas de la Naturaleza y el viento de la tarde entona antiguas romanzas.

La pausa se amplía.

Las emociones irrumpen en fiesta de paz y esperanza. Y Él prosigue ...

Nuevas expresiones verbales muestran los prefacios candentes de la Verdad, como mil voces armónicas conformadas en una sola voz, nunca jamás oída.

" ...Sois la sal de la Tierra ...

"Sois la luz del mundo ...

"No receléis que vine a destruir la ley...

"Id y reconciliaos con vuestro hermano ...

"No cometáis adulterio ni escandalicéis ...

"No juréis...

"No resistáis al mal.

"Amad a vuestro prójimo y a vuestros enemigos

"Sed perfectos ...

Orad así: Padre Nuestro que estás en los Cielos ...

"No juntáis tesoros en la tierra ..."

El cielo resplandece en el oro del poniente. Miríadas de sonidos se elevan en la sinfonía del atardecer.

Aproximados unos a los otros, se rozan entre sí, como si se amparasen de las flaquezas, unidos e identificados. El poema prosigue, vibrante.

No hay tiempo que perder.

...Nadie puede servir a dos amos ...

"Mirad los lirios del campo y las aves del cielo ...

“Buscad primero el Reino de los Cielos y su Justicia...

"No juzguéis ...

"Pedid y se os dará ...

"Buscad y encontraréis

"Golpead y se os abrirá ...

"Entrad por la puerta estrecha ...

"Guardad cautela contra los falsos profetas ...

El infinito se recama de astros.

El ocaso brilla con luz trémula.

Un gran silencio se abate sobre la montaña.

La multitud, estremecida, comienza a dispersarse.

Los corazones están de fiesta y también doloridos...

Las mentes arden con una fiebre extraña.

El futuro los aguarda.

En un tiempo no distante, el mañana convocará a todos aquellos oyentes al testimonio en postes y presidios, entre fieras, en los campos de batalla del mundo, en las sórdidas losas de la aflicción, como herederos legítimos del Reino de Dios.

Delante de los ojos del Rabí se dibujan las escenas de las luchas sangrientas en los siglos venideros, para la implantación de aquellas enseñanzas en el mundo.

Jesús descendió del monte, siguió caminando; en tanto algunos murmuraban sobre Su autoridad.

Es casi de noche.

Los astros brillan expresivamente, como testigos silenciosos, siempre presentes.

* * *

La Carta Magna fue presentada. Las Buenas Nuevas fueron cantadas a los oídos de los siglos.

El sermón de la montaña es el alfa y omega de la Doctrina de Jesús.

Ningún cristiano podrá, por ignorancia, cultivar el mal.

Jamás se repetirá.

El hecho quedará marcado por siempre jamás.

La Historia concluirá el canto en los confines de la eternidad, en el reencuentro futuro del hombre redimido con el Hijo del Hombre, redentor.

Mateo, 5:1 al 48 - 6:1 al 34 - 7:1 al 29.

Lucas, 6: 17 al 49.

(Nota de la Autora Espiritual).

Nicodemo, el amigo

El plenilunio cubría de plata a Jerusalén. (*)

La torre Antonia, que se erguía soberbia junto al Templo, parecía un vigía de piedra asentado sobre la ciudad de los profetas, observando, hacia todas partes, los movimientos sospechosos ...

Más allá de los muros circunvecinos, las tierras de Acra y Bezeta exuberantes de verdor; el viento frío canturreaba en dirección a la urbe en reposo.

En el Templo, a esa hora desierto, crepitan las llamas de la perpetua vigilia.

Algunos transeúntes noctámbulos, marchan por la ciudad conduciendo teas, a pesar de la claridad de Selene derramada sobre las calles.

Las casas, con las puertas cerradas, están sumergidas en profundo silencio.

Jesús, en casa de unos amigos, espera.

Había concedido aquella entrevista placenteramente, sin el menor impedimento. Recibió la solicitud y como si la estuviese deseando, la aceptó generoso.

En aquellos días, mientras visitaba Jerusalén, preparaba los manjares para el banquete del día esperado, al que siempre se refería.

En las vísperas había estado en el Templo, vilmente convertido en escenario de la usura.

Había actuado enérgicamente, mientras los vendedores se ponían de pie como si hubiesen sido ultrajados ... ultrajados por la Verdad.

* * *

Setenta eran los Doctores de la Ley, escogidos en Israel entre los letrados y los de ascendencia noble.

Nicodemo (1), era uno de los más jóvenes entre los respetables maestros, que disfrutaban el privilegio de ocupar la importante Corte del Sanedrín. Siendo fariseo, aparte de ser Doctor de la Ley, era jefe entre los judíos. Sediento de verdad, no se conformaba con las viejas fórmulas de la exégesis religiosa y sentía, después de aquellos tormentosos siglos en que Israel se viera privado de revelaciones, que algo extraño y grandioso crecía en el ambiente.

De carácter noble, era severo en la interpretación de la Ley y celoso cumplidor de los deberes. Sentía que en todas partes había un ansia incontenible de renovación.

Surgían noticias, exageradas unas, posibles otras, de profetas nuevos que trataban de imprimir en las masas infelices, robustez de ánimo, coraje y esperanza.

Había oído hablar de Juan, el predicador viajero del Jordán, pero tenía recelo de ir a verlo. Sabía que su verbo ardiente y apasionado, podría colocarlo en difícil situación entre sus iguales en Jerusalén.

La ciudad era una guarida de espías, lo que lo amargaba cruelmente.

Anás y Caifás, suegro y yerno respectivamente, discutían casi públicamente, pues se disputaban la supremacía, y la red de intrigas esparcía sus mallas por todas partes; Herodes reclutaba milicianos que se mezclaban con el pueblo, disfrazados, en todos los recintos; Roma vigilaba también, dominante ...

Deseaba la verdad, pero no hasta el punto de perjudicarse en la posición que disfrutaba. Tenía conocimiento de la existencia de Jesús.

El Mesías, de quien oyera hablar, parecía atraerlo vigorosamente. Había tenido contacto con muchos de aquellos que Lo conocían y que recibían su socorro.

Fue informado sobre el contenido nuevo y fortalecedor de Sus discursos.

Desde hacía mucho, aguardaba la llegada de alguien que poseyese evidentes señales de coraje y equilibrio, de valentía y discernimiento, como un excelente hijo de Dios, para conducir al sufrido pueblo de Israel y esclarecer las mentes obnubiladas por el rigor de la aplicación de la Ley o engañados por la usurpación de los bienes de huérfanos y viudas, a cambio de falsas oraciones, en criminales maquinaciones a las cuales se entregaban.

Él estaba en Jerusalén ...

Iba a recibirlo; habría de escucharlo.

La entrevista estaba señalada para altas horas de la noche. Debía ser discreto.

Un amigo lo llevaría al hogar de otro amigo común, donde Él pasaba la noche, en el valle del Cedrón, más allá de los muros ...

* * *

Cuando llegó a la casa, conducido por el dedicado discípulo de Jesús y Lo vio, no pudo contener la emoción que lo dominó de pronto.

Experimentó la impresión de que ya Lo conocía.

También Él parecía identificarlo cordialmente, como si lo conociese y hubiera estado aguardando aquel encuentro.

En un instante, intentó recordar, en lo íntimo de su corazón, dónde Lo había visto, cuándo Lo había encontrado. Fue inútil.

En la acústica de su mente, parecía oírle decir: "yo te conozco, Nicodemo bar Nicodemo, desde antes... "

Recobró la serenidad, rápidamente, sobreponiéndose a las emociones y se dispuso a la entrevista.

* * *

La amplia terraza, con macetas floridas, permitía divisar los muros de la Jerusalén adormecida.

La noche soñadora y estrellada, plateaba los campos ondulados por el viento.

La sala iluminada por lámparas de aceite crepitante daba abrigo a los dos huéspedes que se enfrentaban, silenciosos.

En Nicodemo, la expectativa era enorme. Su espíritu arrebatado, conocía las glorias mundanas y estaba saturado por la adulación. Representaba a la humanidad inquieta, inestable, ansiosa.

Jesús personificaba la paz. Sereno, observaba al amigo que fuera a interrogarlo.

Eran dos mundos distintos ...

Sin poder contener por más tiempo el corcel de las emociones que lo agitaban, el Doctor de la Ley indagó:

—"Rabí, bien sabemos que eres un Maestro que viene de Dios; porque nadie podría realizar las cosas que tú haces, si Dios no estuviese con él."

El rostro del Maestro enmarcado por los cabellos ondulados y caídos sobre los hombros parecía transfigurado. Los ojos brillaban con extraño y claro fulgor.

—¿Qué deseas de mí? —preguntó Jesús.

— ¿Qué es necesario hacer? —respondió, emocionado el fariseo — ¿para disfrutar de la sublimidad de la paz, con la mente recta y el corazón tranquilo... y después, gozar de las delicias del Reino?

¡¿Cuánto tiempo hacía que esta pregunta quemaba su pensamiento?!

Deseaba un rumbo orientador, pero temía encontrarlo.

Ansiaba saber la verdad y a la vez recelaba conocerla.

La verdad fue el motivo de su búsqueda incesante, pero no ignoraba que, conocerla, era morir para todas las ilusiones, soportando el fardo opresor de las incomprensiones y luchas, con el espíritu afirmado en los cimientos del conocimiento.

Viendo al Maestro e impregnándose de su magnetismo, sentía que aquél era el momento decisivo de su existencia.

Aguardaba la respuesta. Comenzaría a vivir, muriendo para todo cuanto había reunido en la vida...

Los interrogantes permanecían en torno suyo.

Sintiendo a aquel hombre de espíritu noble, perdido en los laberintos de los convencionalismos, asfixiado por las exteriorizaciones engañosas, el Rabí respondió:

—"En verdad, en verdad te digo que aquel que no naciere de nuevo no podrá ver el reino de Dios..."

La respuesta era compleja y profunda.

¿Qué sería "nacer de nuevo"? — pensó y sin cobrar aliento, interrumpió:

—"¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? Por ventura, ¿puede tornar a entrar en el vientre de su madre y nacer?"

El Maestro lo miró largamente.

Nicodemo se sintió incómodo.

—Cuando me refiero a "nacer de nuevo" —prosiguió el Rabí— deseo aclarar con respecto a la necesidad de "nacer del agua y del espíritu". "Lo que es nacido de la carne, carne es y lo que es nacido del Espíritu es espíritu. No te asombres por haberte dicho: necesario os es nacer de nuevo. El espíritu sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni hacia dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.

Extraña información.

Nicodemo piensa: ¿entonces, los Esenios estaban informados con respecto al reino de Dios? También ellos hablaban, como los Antiguos y la Tradición, con relación a los renacimientos.

Sabía que, en los Misterios egipcios, aparte de la metempsicosis con que se amenazaba a los malos, los sacerdotes hablaban a los iniciados sobre los diversos Avatares del Espíritu para despojarse de los crímenes y las imperfecciones. ¿Sería, entonces, eso "nacer de nuevo" igual al de la doctrina de las vidas sucesivas a que se referían los hindúes y los griegos?

Le parecía lógica la necesidad de renacer. Pagar en una vida los débitos contraídos un otra. Rehacer el camino recorrido, rectificando errores, corrigiendo aristas. Sin embargo, no podía perderse en devaneos,

Como si despertase con la enseñanza, indagó, procurando afirmarse:

- "¿Cómo puede ser eso?"

- "Eres Maestro en Israel respondió Jesús— ¿y no sabes esto?" Todos los que compulsan los viejos pergaminos conocen el camino de la evolución. "Decimos lo que sabemos y testimoniamos lo que vimos; y no aceptas nuestro testimonio". Esas son informaciones del curso terreno. Otra podría decirte, celestiales, pero no las comprenderías. El Espíritu es

imperecedero y en su jornada infinita, se detiene para reflexionar y recomienza para ascender. Los compromisos no regularizados o complicados hoy mañana serán resarcidos...

La emoción vibraba los labios del Rabí.

Era casi un monólogo. Tal vez le estaba hablando a la Humanidad entera.

Deseando imprimir en el oyente, perplejo y atento, la directriz de seguridad e identificándose como el Enviado, prosiguió:

—"Nadie (de la Tierra) subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así importa que el Hijo del Hombre sea elevado, para que todo aquel que en él cree, posea la vida futura.

¿Qué deseaba significar al decir con "la serpiente"? Salomón se refería a ella como símbolo del sacrificio - pensó Nicodemo.

¿Sería necesario que el Rabí fuese sacrificado para que la verdad se esparciese en los corazones y los hombres la pudiesen identificar? Percibió íntimamente que ya lo amaba y una honda preocupación comenzó a crecer en su mente.

Nicodemo tenía los ojos nublados.

El Rabí estaba de pie.

La amplia sala quedó sumergida en profundo silencio. Los astros fulguraban a lo lejos.

La entrevista estaba concluida.

Nicodemo miró al Maestro bañado de plata. Se despidió y envuelto en el fez, desapareció en la noche, dirigiéndose hacia Jerusalén.

La verdad quedaba abriendo nuevas rutas en las mentes y guiando a los espíritus.

La Doctrina de las Vidas Sucesivas fue enseñada por Jesús. La reencarnación descifraría los enigmas de la vida, por las eras del futuro.

* * *

Juan, emocionado con la entrevista reveladora, amplió comentarios con el Maestro y esa noche sublime, escribió sobre la llegada del Hijo del Hombre. Reconocido, tal vez a Nicodemo, a quien no olvida, a él se refirió, más tarde, después del sacrificio de la cruz...

El Evangelio anunciaba, a través del dialogo con Nicodemo, el amigo que buscara a Jesús, la excelencia de la revelación. Ya no hay dudas.

En la cúpula celestial, en sombras, los astros refulgen y en la tierra sombría aquel que es "la luz del mundo", hace resplandecer la verdad en los corazones.

(*) Juan 3:1 al 15 (abril del año 29)

(1) Nicodemo, “vencedor del pueblo”.

(Nota de la autora Espiritual)

El mancebo rico

El momento era de profunda significación. Sabía, por extraña intuición que un día enfrentaría la Realidad y la encontraba ahora. (*)

En el aire pesado del atardecer se iba serenando la Naturaleza.

Dulces aromas se desprendían de menudas flores diseminadas por los flancos de la cuesta. Las aguas transparentes cantaban nuevas melodías, a medida que se iban deslizando sobre su lecho pedregoso.

El pedido continuaba flotando en torno suyo: "Vende todo lo que tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ven y sígueme".

Aquella voz penetraba como un puñal afilado e impregnaba cual perfume de nardo.

Había un magnetismo inconfundible en aquellos ojos severos y profundos, como dos estrellas engarzadas en el rostro pálido del amanecer.

Tenía sed de paz.

Pese a que reposaba en un lecho de maderas preciosas, incrustado de ébano y lapislázuli, pese a que se nutría de manjares deliciosos y cuidaba del cuerpo con masajes de óleo y extraños ungüentos, envolviéndolo en tejidos de lino leve, pese a que sus arcas estaban colmadas de gemas y oro, se sabía infeliz, se sentía infeliz. Le faltaba algo que no se consigue fácilmente.

A pesar de ello, dudaba.

Su vivienda era lujosa, sus pertenencias valiosas, pero su corazón estaba vacío.

Sentía que mientras su juventud cantase alegrías y fiestas en constantes invitaciones al placer en su cuerpo ágil y vigoroso, viviría en lucha tremenda entre sus aspiraciones y la posesión total de la paz. Esa necesidad de paz era más que un tormento. No es que desease la tranquilidad ostentosa de los fariseos o el reposo inhibitor de los mercaderes opulentos, ni la serenidad engañosa de los Cambistas pudientes o la senectud victoriosa de los conquistadores obligados al retiro. Buscaba una integración armoniosa, pero no sabía en qué.

Se sentía oprimido y angustiado, ignorando los orígenes de la melancolía obstinada que desbarataba sueños y esperanzas, bajo un velo de inenarrable amargura.

Buscaba las competiciones en Cesarea, pero ignoraba si esa búsqueda representaba una realización o una fuga.

Ahora, por primera vez se sentía arrebatado.

La dulzura y la autoridad de aquella voz, emitida por aquel Hombre, producía un eco de cascadas desordenadas en los abismos del espíritu.

Interiormente gritaba: "Iré contigo, Señor, pero..." Dudaba, sí, y la hora no admitía vacilaciones.

Un rosal de flores rojas, que abrazaba las ramas de un árbol próximo, sacudido por el viento, se desgarró, y los pétalos del color de la sangre, cayeron a los pies, junto a Él, como señales...

¿De dónde Lo conocía? —indagaba, con miedo, procurando recordar con indecible esfuerzo mental.

¡En aquella hora todo era importante; más aún: vital!

Al verlo, de lejos, era como si reencontrase un amigo, un Celeste Amigo.

Cuando sus ojos descansaron en los de Él, se sintió desnudado, y el corazón, descontrolado, latía bajo violenta pulsación. Emociones inusitadas vibraron en su ser, como jamás le sucediera anteriormente. Deseó arrojarse al suelo, oprimido por una indómita contricción en el pecho.

Percibió que el Extraño sonreía, como si lo esperase; podría afirmar, como si lo amase...

El tiempo corría rápidamente galopando en las horas huidizas. Sentía la impresión de tener los labios sellados y un frío tenaz congelaba sus manos. Luchaba por quebrar aquella inercia que lo inmovilizaba.

Tímidos resplandores de luna plateaban las nubes dispersas en el firmamento, bordando de luz los olivos erguidos y los laureles en flor.

- Permíteme primero — consiguió articular, venciendo la emoción que lo transfiguraba— competir en Cesarea, disputando para Israel los triunfos en los juegos...

—No puedo esperar. El Reino de los Cielos comienza ahora para tu propio espíritu. No hay tiempo que perder.

—Aguardé mucho esta ocasión, y ella se avecina con la llegada del período de las competiciones... Me ejercité, contraté esclavos para que me adiestraran, le compré a los partos, por una fortuna, dos parejas de briosos caballos... los juegos están próximos...

— ¡Renuncia y sígueme!

¿Quién era Él, que así le hablaba? ¿Qué poder ejercía sobre su voluntad? ¿Por medio de qué sortilegio lo dominaba?! No sabía si huir o dejarse arrastrar; estaba perturbado; extraña impaciencia lo aniquilaba...

La horizontalidad de las aflicciones humanas contemplaba la verticalidad de la sublimación divina; lo cotidiano se enfrentaba con lo infinito; el valle admiraba las alturas y se perdía en la inmensidad. El hombre y el Hijo del Hombre se enfrentaban.

El dialogo parecía imposible, reduciéndose a un monólogo atormentador para el joven, delante de aquel Hombre, venciendo el irresistible temor, continuó el príncipe afortunado:

— No temo dar lo que poseo: dinero, oro, gemas, títulos, si es necesario, pues sé que éstos se consumen muy fácilmente, pero...

— Entrégate tú mismo y yo te ofreceré la ventura sin límite.

¡Qué elevado premio! ¡Qué pesado tributo! —pensó desanimado.

Era muy joven y muchos confiaban en él. Posiblemente Israel se beneficiaría con sus laureles y sus triunfos. Siendo príncipe, tenía ante sí las amplias rutas del poder al que se sentía intensamente ligado, poder que, en ese momento, parecía no tener ningún valor.

Los bienes, podría ofrecerlos, sí. Empero, la fortuna de la juventud, los tesoros vibrantes de la vanidad estimulada y de los caprichos sustentados, el honor de la familia resguardado por la tradición, los corifeos agradables y aduladores, ¡oh! ¿sería necesario renunciar a todo esto? — se interrogaba, inquieto.

— ¡Sí! — le respondió el Rabí, sin palabras, con los ojos brillantes.

Sentía en aquellos instantes, el summum de todos los sufrimientos experimentados durante su vida. El aire era un canto de leves murmullos, mientras las flores del campo tejían un manto sutil, esparciendo aromas.

El Rabí, en silencio, aguardaba. Y él, perplejo, se atormentaba. El diálogo se había tornado realmente imposible.

De pronto, el joven príncipe recordó que algunos amigos lo aguardaban en la ciudad. Otros compromisos lo esperaban. Debía discutir los detalles finales para la carrera que se llevaría a cabo en la gran fiesta de la semana entrante. Impulsado por un extraño vigor, que repentinamente lo dominan, miró al Mesías, sereno y triste, balbuceando con voz entrecortada:

— No puedo... no puedo seguirte ahora. ¡Si me amas, perdóname...! Y se alejó, casi corriendo.

* * *

Soplaban los vientos fríos que llegaban de lejos, melodiosos, en esa noche cuajada de estrellas oscilantes. La tierra se estremecía bajo la hierba cubierta de rocío.

El Maestro se sentó, y su rostro reflejaba un profundo sufrimiento. Era así, siempre así, como Él quedaba luego de la deserción de los convocados al Banquete de la Luz. La expresión de mansedumbre y perdón que brillaba en sus ojos cubiertos de lágrimas guardaba leves tonos de amargura.

Así Lo encontraron los discípulos. Al ser interrogado, respondió:

—"¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios, los que tienen riquezas!"

* * *

Una semana después, Cesarea se había tornado la capital del ocio, del placer. Situada al norte de la planicie de Saron y a 30 kilómetros al sur del Monte Carmelo, fue embellecida por Herodes quien, en ese lugar, mandó construir un gran puerto de mar, caracterizado por una colosal escollera, enriqueciéndola con un imponente Templo donde se levantaba la descomunal estatua del Emperador.

Este puerto valioso sobre el Mediterráneo era un importante desahogo para Israel y puerta de entrada marítima donde atracaban embarcaciones de todas partes.

Residencias con jardines, parecían estar enclavadas en las colinas de la ciudad, exhibiendo variados estilos arquitectónicos. Por su clima agradable, había sido elegida como residencia oficial de los procuradores romanos, en Israel.

Palmeras de dátiles onduladas por el viento adornaban las calles y exóticos aromas se mezclaban con la brisa que llegaba del mar.

Las anémonas escarlatas o "lirios del valle" y el narciso blanco o rosa de Saron se entremezclaban en la planicie.

Los festines de Cesarea pretendían rivalizar con los de Roma, atrayendo aficionados hasta de la misma Metrópolis lejana. Al son alegre de trampas fanfarrias. Comenzaban las fiestas públicas.

Las competiciones de bigas inician las carreras ante la ansiedad de judíos, romanos y gentiles que dejaron sobre las mesas de los cambistas, pesadas apuestas en favor de sus ases.

Gladiadores en combates simulados, tocadores de pífanos y flautas, laúdes y címbalos, llenan los intervalos con música y color.

Las cuadrigas están en la línea de partida. Los briosos corceles adquiridos a los partos, oriundos de Dalmacia, de Tiro, Sidón y Arabia, se yerguen, lustrosos, enjaezados. Y a la señal, parten bajo una estruendosa ovación.

Los látigos vibran en el aire, manos firmes aseguran las riendas; guías y conductores imprimen velocidad a los carros frágiles. La celeridad obliga a contener la respiración en todos los pechos. La expectativa habla sin voz en la pulsación de esa tarde ardiente y polvorienta.

En una maniobra infortunada, un carro gira sobre sí y un cuerpo cae en la arena, despedazado por las patas veloces de los caballos que participan en la carrera.

El joven rico siente las entrañas abiertas, el sudor y la sangre entremezclarse en una pasta barrosa, la respiración tornarse estertor...

Mientras los esclavos rápidamente lo arrastran de la pista, huye de su mente la escena brutal que lo oprime, y entre la nebulosa que le ensombrece los ojos, cree ver al Amigo.

Acallando, mentalmente, los gritos que lo rodean tiene la impresión de escucharlo:

— Renuncia a ti mismo, ven y sígueme.

— ¡Amigo!...

Dos brazos suaves y transparentes lo envuelven.

A pesar de tener el rostro deformado y bañado por las lágrimas, el sudor y la sangre, parece sonreír.

(*) Mateo, 19: 10 al 30.

Marcos, 10: 17 al 31

Lucas, 18: 18 al 30

Simiente de luz y vida

Mañana de sol. (*)

Nubes esfumadas se deslizan en las ráfagas del viento andariego.

La inmensa planicie humana no puede abarcarse con la vista.

Importante extensión de tierra, esperando ser surcada por el arado promisorio.

El mar, viejo amigo, dilatándose en olas coronadas de blanca espuma sobre la arena y los guijarros de la playa extensa.

Sentado en la barca. Jesús recorrió con la mirada la planicie de los corazones que allí estaban y recordó la tierra sin cultivar. Conmovido por inmenso amor hacia los hombres, después de hablar sobre muchas cosas, consideró:

“Y el sembrador salió a sembrar. Y cuando sembraba, una parte de la simiente cayó al borde del camino.” La luz derrama filones de oro vivo en el cielo añil. La brisa susurra a los oídos atentos de la multitud.

“...Y vinieron las aves y la comieron...”

El reino de los cielos es semejante...

El hombre bueno sembró la buena simiente en la buena tierra: en tanto dormía, un hombre malo sembró cizaña en la buena tierra. Y crecieron juntos el trigo y la cizaña. Pues bien, para salvar el grano sano, fue necesario arrancar la maleza, erradicando, naturalmente, mucho trigo bueno. La cizaña, en haces, fue quemada y el trigo embolsado, se colocó en el granero.

* * *

El grano de mostaza es el menor de todos, sin embargo, crece y la planta se vuelve grandiosa. Las aves en ella se alojan, buscando abrigo en sus ramas...

* * *

El fermento insignificante levanta toda la masa ...

* * *

El tesoro que un hombre encontró era tan valioso que vendió todo cuanto poseía para retenerlo.

Otro hombre descubrió una perla de incomparable valor y de todo se deshizo para conseguirla...

* * *

Una red lanzada al mar reunió muchos peces, buenos y malos, que fueron separados por el pescador. Así, más tarde, serán separados los hombres que aspiran al reino de los cielos...

* * *

"Otra parte cayó en pedregales, donde no había bastante tierra. Luego el sol la quemó y se secó, porque no tenía raíz..."

Las cosas ocultas Él las revela con parábolas.

Era una vez.

Un hombre, padre de familia, preparó la tierra, la plantó, la circundó con una cerca y construyó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos trabajadores. En la época de los frutos mandó a buscar la parte que le pertenecía. Los poseedores de la tierra mataron a los primeros siervos, a los que vinieron después y aún al hijo del hombre, los criminales lo mataron. Sin embargo, cuando el dueño vino...

* * *

El padre dijo al hijo: Ven a trabajar en mi viña.

—" ¡No quiero! Pero arrepintiéndose, fue. "Llamado el segundo hijo, éste respondió:

--"¡Voy! Pero no le dio importancia..."

* * *

El rey, en ocasión de las bodas de su hijo, mandó a los siervos a invitar a los amigos. Los amigos, sin embargo, no quisieron ir. Nuevos portavoces salieron a repetir la invitación, narrando la excelencia del banquete que los aguardaba, pero ellos no deseaban concurrir. Airados por la insistencia del rey, mataron a los siervos. Y éste, al conocer la ingratitud de sus convidados, ordenó a su ejército que exterminase a los homicidas...

* * *

En total eran diez.

Cinco eran novias locas. Consumieron el óleo y quedaron sin luz. Se pusieron a dormir. Al llegar los novios... Eran cinco novias, vírgenes y locas...

* * *

—Sé que eres severo, Atemorizado, enterré tu talento, el que me confiaste.

—¡Mal siervo! Tómenle cuanto tiene y entréguelo a los otros.

* * *

Las melodías cantan en el aire leve y transparente

“...Otra cayó entre los espinos y éstos crecieron y la asfixiaron...”

¿Quién coloca un candil encendido debajo de un lecho o escondido?

* * *

A una higuera al borde del camino, le fue solicitado que diera frutos; como no era la ocasión apropiada para producirlos, fue considerada infeliz, digna de ser arrancada y lanzada al fuego hasta convertirla en cenizas...

* * *

El doctor de la Ley le respondió con énfasis: "Aquel con quien fue misericordioso."

Ve y haz lo mismo. Ese es tu prójimo...

* * *

Amigo, préstame tres panes.

—"No me importunes."

Ese amigo se levantará para librarse del importuno...

* * *

¡Oh! dile a mi hermano que reparta sus bienes conmigo.

—"¿Quién me ha puesto a mí de juez o repartidor de bienes?"

* * *

Nunca te sientes en los primeros lugares, sin que hayas sido indicado por tu anfitrión...

* * *

.. Y otra cayó en buena tierra y dio fruto: uno a cien, otro a sesenta y otro a treinta. .."

El hipérbaton y la hipérbole engalanaban las abstracciones verbales, en tanto que las canciones del reino de Dios, como pequeños poemas, son recopilaciones de vida.

"Era una vez...

"Un acreedor tenía dos deudores y como ambos no le podían pagar...

* * *

Bienaventurados aquellos siervos, a los que, cuando el Señor venga, los encuentre vigilando... "

* * *

"Cualquiera que no lleve su cruz y no venga en pos de mí...

—"Padre, pequé contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; tórnate uno de tus operarios.

—"Traed la mejor vestimenta y vestidlo, ponedle un anillo en su mano y sandalias en los pies. Este hijo mío estaba muerto y vive; se había perdido y fue encontrado..."

* * *

Y el fariseo decía: "Yo pago el tributo, soy justo, cumplo con los deberes que la Ley prescribe... Pero aquél que allí está..."

Mientras tanto el Señor le dijo...

* * *

El amo elogió a aquel mayordomo injusto por haber procedido prudentemente, porque los hijos de este mundo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz... Granjead amigos... Quien es fiel en lo mínimo, también lo es en lo máximo...

* * *

Y la viuda decía: hazme justicia contra mi adversario...

Le haré justicia, dice el juez, para que ella no vuelva a importunarme...

* * *

"Les dio diez minas..."

"Había un hombre rico a quien, después de muerto, el Padre Abraham le dijo..."

"Estos, los últimos, son los primeros y los primeros serán últimos..."

"Quien tiene oídos, oiga..."

* * *

Y Él hablaba en parábolas.

Parábolas: "alegorías que esconden verdades."

Revestidos de la pureza de las palomas y de la vivacidad de las serpientes, los discípulos de la verdad llegan a la vida.

" Si vuestra fe fuese del tamaño de un grano de mostaza..."

"El sembrador salió a sembrar... Parábolas, verdades en las alegorías.

* * *

Los granos se transforman en granos y la mies afortunada es oro distribuyendo vida.

Simple y sin atavíos, sus palabras eran palabras de la boca del pueblo. Sin embargo, nadie las coordinaba como Él las pronunciaba.

Había realmente "algo" en Él, en su forma de decir. "Nadie habla como Él habla" - murmuraban aun los que, conspirando, buscaban un motivo para traicionarlo.

"Habla con autoridad" — reconocían todos.

La simiente es luz y vida. Vida en la simiente. Luz en la vida.

* * *

El Buen Pastor da la Vida por sus ovejas.

Entrando por la puerta estrecha, la que se caracteriza por las dificultades, el acceso al reino de la Ventura plena se torna triunfal.

Vigilando la puerta de entrada, puede el morador defender la casa del asalto de los bandidos que la acechan y se visten de sombras para la agresión en las sombras.

Los escogidos, son los granos felices que se multiplican en mil simientes compensando toda la siembra.

* * *

El erial de las pasiones es una planicie de esperanza bajo la acción de la simiente.

En la enorme campiña, sin embargo, lo cotidiano del ser se transforma en luchas por futilidades.

El suelo para roturar, inmenso, casi al abandono ... "El sembrador salió a sembrar."

* * *

Parábolas y espíritu de vida. Vida en las parábolas.

A los suyos, a los discípulos, Él las explicaba.

* * *

Ya no es de día.

El negro manto de la noche brilla en los engarces plateados de los astros y el viento canta una balada que es una letanía ininterrumpida.

El sembrador reposa.

"El reino de los cielos está dentro de vosotros... "Vosotros sois dioses... "Buscad primero el reino...

"Cuando yo sea erguido, atraeré a todos hacia mí."

* * *

Despunta la madrugada de la Nueva Era.

El sembrador fue erguido... en una cruz. Distendidos, los brazos atraen, el corazón aguarda.

Camino hacia la Vida — el sembrador.

Camino hasta la puerta — el sembrador.

La cruz de los renunciamentos y sacrificios como un áspero arado en la gleba del espíritu
— puente entre los abismos: el "yo" cercano y "el" próximo — lejano.

El erial refleja la estrella.

La estrella desciende al charco, queda presa en el agua que la retiene, y reposa en la
montaña altiva.

* * *

El sembrador espera...

"El salió a enseñar con parábolas".

"Y otras cayeron en tierra fértil y produjeron."

La simiente es la Palabra para quien busca la Verdad.

La verdad es la Vida.

El sembrador salió a sembrar...

(*) Mateo, 13: 1 al 23.

Marcos, 11: 1 al 20.

Lucas, 8: 4 al 15.

El paralítico de Cafarnaúm

La pequeña ciudad reposaba sobre el lado septentrional del lago de Genesaret. En sus alrededores, los cerros se extendían exuberantes de verdosos olivares y viñedos recostados sobre las tierras altas y los peñascos desnudos, con rocas sobresalientes. Los valles eran frescos, cruzados por arroyos de aguas cantarinas y cascadas blanquecinas. (*)

Sus playas y sus aguas, ricas en fauna marina, eran disputadas por los pescadores; las redes permanecían largas horas abiertas al sol y en las orillas de la playa, viejas higueras y palmeras de dátiles abrían sus brazos y abanicos balanceantes.

Cafarnaúm era un poema de ternura con su caserío bajo, diseminado entre árboles frondosos, decorado con plantas trepadoras de menudas flores coloridas. Él amaba aquella ciudad y la había elegido para iniciar su ministerio de amor.

Mayo liberaba los rayos ardientes del sol y la arboleda parecía petrificada, sin el balanceo ondulante que le imponen los vientos.

Desde la víspera, la noticia corrió de boca en boca, atrayendo curiosos y sufrientes de las cercanías.

A pesar de haber solicitado silencio al leproso que curara y rogado a la suegra de Simón no decir nada de lo que le había sucedido, el mutismo era casi imposible.

Los ojos de la necesidad y del sufrimiento espían en la penumbra los más débiles rayos de esperanza y en su dirección marchan los afligidos.

Entregaba su amor a aquellos poblados ribereños, con total devoción, puesto que allí también, reencontraba el amor en los corazones simples e ingenuos de la gente.

Había llegado el momento en que el Pastor debía levantarse para conducir el inmenso rebaño, venciendo los rudos tormentos que da la tierra, los ásperos caminos, trasponiendo abismos.

Era el preludio del Mensaje y la iniciación de Sus dolores...

* * *

Las actividades fueron febriles y variadas.

Las quejas y dolores de la multitud llenaron el aire de miasmas aflictivos. A pesar del número de los curados, éstos anunciaban con alegría, la salud recuperada y nuevos grupos llegaban, mostrando las miserias en las cuales se refugiaban.

El rostro del Rabí, sereno, estaba surcado por la transpiración y el aire pesado en el cuarto sin ventilación era agobiante. El tumulto no cesaba, y los pedidos y súplicas se redoblaban en todas las bocas...

De pie, junto a la puerta, Simón se dejaba arrastrar por una inexplicable felicidad. Detrás de la huerta de su casa, que se extendía hasta la playa, estaba el mar, que él tanto amaba. Al frente, en medio de la multitud, Él estaba curando y consolando las aflicciones de la tierra, como Embajador de los Cielos. E íntimamente agradecía a Dios que hubiese sido escogida su casa y de haber sido llamado a Su rebaño. Las horas corrían sin que de ello se apercibiese; las emociones eran tantas y de tan difícil explicación, que se dejaba llevar dócilmente entre las contraposiciones del dolor y la alegría que presenciaba: muecas transformadas en sonrisas, lágrimas en cánticos, heridas purulentas en tejidos renovados... ante la imposición de Sus manos o la vibración de Su voz, o a la luz de Sus ojos... Jamás en Israel se había presenciado un acontecimiento semejante. Los espíritus inmundos huían y el dolor perdía su poder ante Su orden...

Los ojos de Simón, brillantes, se encontraron con los de Jesús. Tuvo la impresión, por un momento, de que Él le pedía auxilio. Su faz parecía transparente y tenía el cansancio estampado en Su rostro sudoroso y sufrido...

El rudo pescador comprendió: la multitud era insaciable, el dolor no tenía límites; era menester ayudarlo, retirarlo de allí.

Separando la masa humana gritó:

— ¡El Maestro está fatigado!

Lo tomó por el brazo cariñosamente y lo condujo con ternura a la playa.

Las estrellas comenzaban a brillar en el firmamento vencido por el crepúsculo, que dejaba más allá de las montañas, del otro lado del lago, una estela de oro rojizo.

Ráfagas de viento tibio llegaban encrespando las olas del mar y el blanco encaje de la espuma se deshacía en las playas sedientas del beso de las aguas.

El Rabí se sentó sobre las raíces altas de un viejo árbol que abría sus brazos en dirección al lago, y en silencio, se perdió en meditaciones profundas.

Simón, como un amigo fiel, se sentó a Su lado y se puso a contemplar Su rostro pálido, exhausto.

Los cabellos ambarinos, ligeramente ondulados, se agitaban en desorden, al vaivén del viento y Sus ojos parecían profundos y misteriosos, como el seno de las aguas las que se habituara desde muy joven.

¡Qué hermoso era el Rabí! — pensaba Simón — poseía una belleza como sus ojos no habían visto jamás. Había en Él algo que lo tornaba diferente de todos los hombres. Delgado y bien constituido, no llegaba a ser un atleta, pero tampoco era frágil ni pusilánime. Era dueño de una fuerza grandiosa y de una majestad fuera de lo común. Siendo simple y bueno, era sabio y humilde. Profundo conocedor de las miserias humanas buscaba a los oprimidos y sufrientes para aliviarlos. Hablaba poco y decía mucho, en palabras que todos pronunciaban, pero que nadie como Él lo hacía. Sin embargo, ¡había en

aquel Hombre simple y puro, portador de singular belleza material y espiritual, tonos de profunda melancolía...!

Simón, también se sumió en meditaciones.

Solamente la noche hablaba, acompañando las voces de la Naturaleza. Inesperadamente, como si retornase de un lugar lejano, Simón volvió a mirarlo y sólo entonces lo percibió. Los ojos claros y grandes del Rabí estaban cubiertos de lágrimas.

Con el corazón angustiado y sintiéndose dominado por un íntimo desasosiego, preguntó ansioso:

—¿Rabí, estás llorando...?

—

—... ¿de felicidad, supongo, considerando los acontecimientos felices del día de hoy, no es verdad?

El interrogante permaneció en el aire, en medio de la noche susurrante.

El viejo árbol sacudía sus ramas y la voz del lago producía una cantilena especial, al bordear las playas inmensas.

— ¡Lloro, Simón! - respondió pausadamente -. Lloro, sí, de tristeza, compadecido.

— Pero, Maestro, no comprendo. ¿Hoy Te expusiste a los fariseos astutos y sagaces, a los escribas ambiciosos y falsos que vinieron a unirse a los grupos de traidores y ante la vista de todos, perdonaste pecados y curaste, silenciándolos con sabiduría y elevación... y lloras?

— Sí, puesto que no me comprendisteis, tú y ellos. Es verdad que no espero ser entendido. Mientras tanto, tengo piedad de ellos, de los irresponsables y lo lamento.

* * *

Natanael Ben Elías, en una posada de la ciudad, se regocijaba entre cántaros de vino embriagador y amigos truculentos.

— En medio de mi desdicha me sucedió un prodigio -- comentaba con alegría.

— ¡Habla, cuéntanos lo que sucedió, puesto que dudamos de lo que nos narraron! — exclamaron diversos compañeros al mismo tiempo.

— Sucedió tan repentinamente — prosiguió - que aún me encuentro atontado.

Como todos saben — manifestó al tiempo que secaba su rostro alterado por la emoción —, desde hace mucho la parálisis y las fiebres rondaban mi cuerpo, terminando por aprisionarme en la inmovilidad total, en un lecho infecto y detestable, impidiéndome el más mínimo movimiento. Me había transformado en un réprobo repulsivo. Olvidado por todos en mi estera, hasta hace poco, era víctima de extrema miseria física y moral. Aguardaba a la

muerte, que tardaba, como una liberación. Oí hablar de Él y lloraba por conocerlo. Una íntima intuición me decía que Él podría curarme...

Hoy, al saber que estaba aquí, en Cafarnaúm, pedí a algunos amigos que me condujesen a Su presencia y estos, cargando el camastro donde purgaba mis amargas penas, me llevaron a la casa donde Él se encontraba la multitud era tan compacta que no pudieron entrarme por la puerta. En torno mío, la impaciencia, los gritos y las alteraciones de la gente, componían escenas lamentables y dolorosas.

Ante la aflicción que se dibujaba en mi rostro descarnado y la desesperación que me dominó, uno de los amigos decidió introducirme por la terraza y descenderme por el techo de la sala donde Él estaba. Y así lo hicieron. Subieron la escalera lateral de la casa de Simón, el pescador, y rompieron el adobe, rasgando nerviosamente las esteras y ramas de palmera colocadas entre una y otra viga de seguridad, hasta conseguir una abertura suficiente como para poder pasar mi camastro, descendiéndome, atado por cuerdas, hasta Él.

En la sala atestada se despejó un espacio pequeño y como si Él me esperase, me miró detenidamente, en silencio, examinando mi ruina orgánica. Abriendo los labios, dijo:

— ¿Natanael Ben Elías, crees que yo te puedo curar?

La voz era aterciopelada y fuerte; dulce y, sin embargo, firme.

—Sí, — respondí — ¡lo creo!

Un estremecimiento me sacudió. Hubo un gran silencio y hasta el calor pareció disminuir.

— ¡Señor! -- exclamé-- ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Me conoces?

— Sí, te conozco, Natanael, desde antes. Soy el Buen Pastor y debido a ello, conozco nominalmente todas las ovejas que el Padre me confió.

Confieso, no comprendí por qué Él me dijo desde antes. Nunca Lo había visto con anterioridad, ni jamás me visitara...

—"¡Tus pecados — exclamó — están perdonados!"

Hubo murmuraciones entre la concurrencia y un ambiente de odio reinó entre la asistencia. Yo mismo me perturbé. Cuántas veces pensé en seguir una vida limpia y decente si volvía a movilizarme, a accionar las piernas. Mientras tanto, en aquel momento, indagaba: ¿Él sería capaz de perdonar los pecados? ¿No estaría blasfemando? El sudor me corría abundantemente por el cuerpo sucio y macilento.

Como si Él oyese mis pensamientos más secretos, sin recelar, desafió:

- "¿Qué es más fácil decirle al paralítico, perdonados son tus pecados, o decir levántate y anda?"

Y volviéndose hacia mí, abrió los brazos: y extendiendo las manos, me dijo, imperativo:

- "Levántate: toma tu cama y vete a tu casa".

Me estremecí como una caña al viento, intenté decir algo, pero no pude. Levanté mi camastro, lancé un grito de ventura, ¡Salve, Rabí! y volví dando hosannas, ante la admiración de cuantos me conocían. Sin embargo, no consigo comprender lo que me sucedió me parece un sueño del cual recelo despertar.

- Bebamos alegres - gritaron todos a su alrededor -, conmemorando tu retorno a la salud... y al placer. Exhibe tu cuerpo para que lo veamos sin mareas, sin heridas y podamos creer en lo que nos narraste...

Una música sensual, sollozando entre los dedos de mujeres infelices contratadas en Nubia y otras tierras para comercio carnal, que ejecutaban instrumentos de cuerdas y panderetas, llenaba la sala amplia, impregnada de aromas exóticos.

Fuera del local, la noche espiaba a la tierra, a través de la visión de las estrellas.

* * *

- ¿Por qué dices que no Te comprendemos, Rabí? ¡Nos sentimos todos tan felices!

- Simón, en este momento, mientras consideras el Reino de Dios por lo que viste, Natanael, con alegría infantil comenta el acontecimiento entre amigos embriagados y mujeres infelices... otros que recobraron las fuerzas o recuperaron la voz entre exclamación es de júbilo, se precipitan en los despeñaderos de la insensatez, cargando nuevos desequilibrios, que esta vez, no podrán ser modificados.

No creas que la Buena Nueva trae alegrías superficiales, de esas que el desencanto y el sufrimiento borran fácilmente. Por eso mismo, el Hijo del Hombre no es un remendón irresponsable, que sobre tejidos viejos y gastados aplica trozos nuevos, perjudicando más aún la parte rasgada con una dilaceración mayor. Sería un desastre depositar en vasijas inmundas y viejas el vino nuevo y espirituoso que fermentaría con precipitación.

El mensaje del Reino, más que una promesa para el futuro es una realidad para el presente. Penetra en lo íntimo y dignifica, mostrando los paneles de la vida en deslumbrantes colores. Sin embargo, yo sé que no puedes entenderme, ni tú ni ellos, por ahora. Y así será por algún tiempo. Más adelante, cuando el dolor produzca una madurez mayor en los espíritus, enviaré a alguien en mi nombre para dar prosecución al servicio de iluminación de conciencias. Las sepulturas romperán el silencio con que se rodean y Voces en todas partes, clamarán, brindando esperanzas bajo los auspicios de mil consuelos...

El Maestro guardó silencio por un momento.

Los ojos del viejo pescador brillaban, expresando las emociones que vibraban en lo íntimo de su ser. La brisa suave rozaba levemente las hojas de la arboleda, mientras la marea alta anunciaba una pausa en el ritmo de la Naturaleza.

- ¿Y cuando el Consolador llegue- interrogó el discípulo emocionado - los hombres lo recibirán comprensivamente?

— No al principio, Simón — respondió Jesús. Los métodos eficaces para curar y disciplinar son severos y por eso mismo, indeseados. Mientras tanto, ese Enviado permanecerá indefinidamente junto a la Humanidad, ayudando sin cansancio y elaborando lentamente la Era de la Paz y la Alegría inmaculada. Removerá viejos óbices, promoverá la reestructuración social en base al amor que, entonces, invadirá todos los ámbitos de la vida, inaugurando sentimientos de solidaridad en todos los corazones...

El rostro del Maestro se había transfigurado. Simón no pudo contener las lágrimas, que corrían espontáneas. Y los siglos corrieron ágiles también, a través del reloj de arena de los tiempos.

Mateo, 9: 1 al 8

Marcos, 2: 1 al 12

Lucas, 5: 17 al 26

La suplicante cananea

Quien atravesara la frontera de Fenicia, en dirección de Tiro y Sidón, se encontraba en las antiguas tierras de los cananeos. (*)

En aquel territorio residían los descendientes cananitas, llamados también sirio-fenicios, para diferenciarlos de los fenicios de Tibia, ya que desde los días de Pompeyo, el triunfador, Fenicia había sido incorporada a Siria.

Con las constantes inmigraciones promovidas por los conquistadores desde los tiempos de los Macedonios, de los Ptolomeos y de los Lagides, los pueblos cananeos se mezclaron con los invasores, proliferando el culto a las diversas deidades que se agregaron a Moloc, Baal, Tanit... y los dioses del Egipto y de la Hélade.

Mientras que en la Judea los propósitos de helenización experimentaban la más rigurosa reacción, preservándose el país cual oasis de vida con el culto al "Dios Único", en Fenicia como en Siria, la asimilación de las razas se había extendido al igual que la religión, ofreciendo al paganismo orgiástico, un curso desenfrenado.

En la época de la universalización de los cultos, decretada por el Imperio Romano, entre los cananeos ya existía una perfecta absorción de las ideas diseminadas por las creencias y tabúes de los que deambularon por sus territorios.

Las ciudades de Tiro y Sidón, que Jesús y los Doce iban a conocer, eran famosas por la manufactura de artículos de lujo y conocidas por las leyendas que poblaban la mentalidad occidental con relación a Oriente.

Los templos paganos, entre bosques fragantes, eran allí esplendentes y majestuosos. Las construcciones de mármol labrado se levantaban hermosas, destacándose en el panorama matizado por la verdosa grama.

* * *

En aquellos días, los ánimos estaban exaltados.

La clara verdad que surgía de las palabras vigorosa del Rabí no permitía equívocos. Sus enseñanzas eran simientes de la Verdad.

Cuando era interrogado, respondía con lúcida seguridad. Sus conceptos no se adaptaban a las extrañas prácticas en boga, ni se subalternaban a las legislaciones corrientes.

Instituyendo un sentido de firme directriz a los que Lo seguían, sus comentarios establecían el paralelo inevitable entre el fariseísmo y la Buena Nueva. Su integridad, jamás le permitiría curvarse ante la adulación o el despotismo.

Habiendo enfrentado con estoicismo a los que vinieron de Jerusalén para indagarlo, resolvió marchar en pos de otros lugares. Llamó a los discípulos y se dirigió hacia el noroeste, siguiendo el curso del Jordán, como si fuese en busca de su nacimiento...

No era la primera vez que habría de encontrarse con los "gentiles"...

* * *

Su nombre ya había atravesado los límites estrechos de la Galilea y muchos fueron a oírlo, informados como estaban de su presencia, por viajeros y caravaneros que recorrían las distancias.

El mar, allí cerca, que próximo, reflejaba los encendidos cielos del atardecer, y la brisa, corría ligera cargada de aromas exóticos.

Los discípulos, a pesar de mantenerse silenciosos, indagaban mentalmente sobre los objetivos que los llevaban a esas ciudades paganas, gentiles e impenitentes.

Atrás, quedaban el Gran Hermón, las cordilleras, las tierras bienaventuradas...

Los cultos abominables de los paganos respiraban sordidez. ¿Qué irían a hacer allí?

Sabían que el judaísmo era la revelación y el Maestro representaba la respuesta de Dios a los aflictivos llamados de los hombres. ¿Sería justo mezclarse con los infortunados adoradores de ídolos?

Vencidas las distancias, caminando largas horas de noche, llegaron a Tiro. Atravesaron la ciudad sin el menor incidente y buscaron un lugar donde reposar. Al día siguiente, antes de llegar a un estadio que se encontraba más allá de las puertas de la ciudad, al dirigirse a Sidón, se escuchó una voz cargada de aflicción que, siguiéndolos de cerca, exclamaba:

—"Señor, Hijo de David, ten piedad de mí, pues mi hija está miserablemente poseída por un espíritu demoníaco".

Algunos de los compañeros se volvieron y contemplaron a la afligida mujer que rogaba socorro. Empero, era ama extranjera...

Aunque fuese descendiente de Israel, ya que ella Lo identificaba con los términos: "Hijo de David", profesaba una religión aborrecida, abyecta. No le dieron importancia.

Como continuara su pedido lastimero, algunos se acercaron a Él, sugiriéndole en desenfadada algarabía:

- "Despídela, ya que viene gritando detrás nuestro"

Apresurando el paso, Jesús le respondió compasivo a la mujer:

- "Yo no fui enviada sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel".

Aunque la voz era enérgica, denotaba dulzura en el timbre y piedad en la expresión.

La mujer retrocedió mentalmente y recapituló su vida en un instante. La hija era su fortuna, tesoro por el que luchaba para preservar. A través de los años, la desventura todo le había llevado: felicidad, esposo, amigos. Luchaba sin temores por un futuro mejor, y en él, su hija ocupaba el centro. No recordaba haber cometido ninguna falta contra los cielos.

Retornó a su humilde condición y considerando las circunstancias, suplicó:

— "¡Señor, socórreme...!"

El dolor y a la vez una confianza total, eran patéticos en su rostro.

Jesús la miró detenidamente, como si meditara en lo que iba a decir. Sabía del elevado quilate de fe que vitalizaba aquel corazón; sin embargo, conocía el orgullo israelita y el desprecio que les inspiraba todo extranjero.

En otras oportunidades, había sido mirado con desconfianza y desagrado por estar acompañado o socorriendo a los que eran menospreciados y que no pertenecían a los protegidos de Israel. A pesar de ello, ahora estaba delante de alguien que portaba amor y fe en lo íntimo, como gemas de luz.

Deseando aplicar un correctivo a aquellos que lo seguían de cerca, exclamó con ironía:

— "No está bien tomar el pan que pertenece a los hijos y arrojarlos a los perritos."

Perros, así eran llamados aquellos que no participaban de la preferencia israelí. La expresión "perritos" sonaba como una suave amonestación. La fuerte imagen, hablaba por sí misma.

La mujer entendió que su condición no le permitiría aspirar a otra oportunidad. Sufría y se resignaba. Sobreponiéndose a sí misma, dada la lucha entablada en su interior, y dominando su amor maternal, respondió confiada:

— "Es verdad, Señor, pero también es cierto que los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores."

Sin duda, el mensaje de Él estaba dirigido a Israel, donde la dureza de la Ley y el orgullo preponderaban; pero, su Reino abarcaría toda la Tierra...

Deseaba, por medio de aquel diálogo, demostrar el poder de la humildad, como una enseñanza que quedase grabada en el espíritu de los discípulos. Regocijado ante la firme confianza de la mujer cananea y su elevada simplicidad, el Maestro no le preguntó por sus creencias, ni por la raza a que pertenecía; no le reprobó su vida, ni le censuró el pedido, diciéndole solamente, y con mucho amor:

— "¡Oh, mujer! Grande es tu fe. Sea hecho, entonces, conforme a tu deseo."

* * *

Era de extrañar la actitud del Justo, aparentando ignorar la aflicción de quien le rogaba socorro. En aquel gesto de simulada indiferencia, Él anheló tocar el corazón de los amigos

que no habían interferido en favor de la sufriente, hábito lamentable que, además, parecían cultivar. Sin embargo, la dulzura, la debilidad y el desamparo de aquella madre, sensibilizaron al Señor.

Emitiendo misericordia, a la distancia, el Rabí expulsó al espíritu obsesor de la joven mediumnizada en ya prolongado proceso y prosiguió su marcha, sereno.

* * *

El ejemplo, que también se encuentra en la cura a distancia del hijo del centurión, sería sustento para todos los pueblos, para todos los hombres del futuro.

La palabra firme y la existencia austera de Jesús penetraron en las multitudes de todas las épocas que no tuvieron, como Israel, la felicidad de su presencia. Mientras tanto, los judíos que no lo aceptaron, experimentaron a su vez, largas etapas de probación, como resultado de su propia insania, látigo de fuego en la consciencia, que habría de liberarlos de su error.

* * *

Al llegar a su casa, la feliz mujer, encontró a su hija amada en pleno goce de salud.

La semilla de la esperanza que el Rabí había depositado en su corazón se transformó en lámpara radiante que iluminó íntimamente su vida entera.

(*) Mateo, 15: 21 al 28

Marcos, 7: 24 al 30

(Nota de la Autora Espiritual)

La mujer de Samaria

Samaria ya no disfrutaba de las glorias que poseyera anteriormente, durante la época de esplendor y de crueldad de Acab y Jezabel. Destruída en el año 722 (A.C.) por Sargón II, hermano y sucesor de Salmanasar V, se habían instalado allí los asirios, pueblos exiliados de todas partes del Imperio, que se establecieron en una amalgama de razas y creencias generalizadas. (*)

Como la profunda separación que se había llevado a cabo en el año 925 (A.C.) perduraba en la época de Esdras, después de la muerte de Salomón, un sacerdote de Sión, desligado del Templo, irguió sobre el monte Garizín un fastuoso santuario, para rivalizar con el de Jerusalén.

Arrasada por los macabeos, dirigidos por Juan Hircano, en el transcurso del año 128 (A.C.) fue, sin embargo, reedificada por Herodes, que la denominó Sebaste o Augusta.

En un desfiladero de casi seiscientos metros de altura ubicado entre Hebal y Garizín, había una vieja aldea denominada Siquem (1), que era más conocida por Sicar.

La histórica ciudadela conoció a Patriarcas y Jueces y vio a Josué reunir al "pueblo elegido", para jurar allí la fidelidad a la Alianza...

* * *

Habiendo salido de Jerusalén el día anterior, rumbo a la Galilea, Jesús abandonó el camino real que llevaba de Jericó a Betania, y siguió el tranquilo curso del suave Jordán, para escalar las montañas de Efraím, y penetrar en los límites de Samaria, que eran evitados por los nativos de Judea.

El sendero áspero y pedregoso se coloreaba de pronto con los laureles florecidos y ondulantes que se alternaban con los sicómoros de gajos poco frondosos, a través de los cuales, al atardecer, los vientos alisios filtran sus ráfagas que refrescan al propio Yahweh en su jardín tal como nos lo señala el lenguaje bíblico.

Las espigas doradas se balanceaban con el viento tibio de la hora sexta (2), en el inmenso trigal esparcido por el valle de Macneh.

El polvo acumulado como una suave alfombra a lo largo del serpenteante sendero recortado abruptamente en medio de la montaña, se levantaba formando nubes al soplo del aire que descendía de lo alto de las cumbres. En aquella hora, era posible ver el mar desde la cima de los montes, por entre las colinas que había por doquier.

El suelo sinuoso serpea entre las montañas hasta confundirse con el valle verdoso y lozano. Blancas y rasgadas nubes se deslizaban por la inmensidad del cielo azul.

La jornada del Maestro y sus discípulos había sido larga: cerca de cincuenta kilómetros de marcha. La garganta reseca y el cuerpo cansado y cubierto de polvo reclamaban agua cristalina y refrescante.

Al llegar a las cercanías de la ciudad, el Rabí se sentó junto al tradicional "pozo de Jacob", en las tierras que habían pertenecido a ese venerable anciano y en las que fuera sepultado, y que luego fueron legadas a su hijo José. Los discípulos continuaron la marcha hacia la ciudad para adquirir alimentos y frutas, mientras Jesús se entregaba en profunda meditación, absorto en la contemplación del paisaje colorido.

* * *

Con un cántaro al hombro, ensimismada en íntimas inquietudes, una mujer descendió al pozo, bajo el sol calcinante. Le sorprendió la extraña mirada que le dirigía el forastero judío, que allí parecía aguardarla. A pesar de ello, arrojó la vasija al agua y derramó el precioso líquido en el cántaro que había colocado con anterioridad al borde del pozo.

Se siente intranquila, como si algo hubiera de sucederle.

Un tumulto de emociones desconocidas se acumula en su espíritu. Cuando se dispone a tomar el recipiente y retornar al hogar, oye decir:

—"¡Dame de beber!"

Sorprendida, se vuelve, dominada por extraños y profundos resentimientos.

¿Cómo osa aquel extranjero, dirigirle la palabra, contraviniendo las costumbres vigentes? — se interroga mentalmente. ¿Quién es este hombre que se atreve a hablarle a una mujer, sabiendo que nadie intentaría hacerlo en la calle, aunque fuera su esposa, hija o hermana? ¿Ignorará él esa regla que es parte integrante de los deberes sociales? Y sagazmente responde, con un dejo de ironía en la voz, que trasluce su propia amargura:

—"¿Cómo siendo tú judío, pides de beber a una mujer samaritana?"

En el valle, mayo cantaba a través de mil cigarras escondidas en el trigal; el camino desierto y silencioso, se pierde por entre la montaña. Jesús conoce las disensiones que separan a los dos pueblos: judíos y samaritanos. No sería esta la única vez que Él provocaría el escándalo, enfrentando costumbres odiosas y convencionales.

Tiene un mensaje para dar —mensaje de conciliación y consuelo. Por eso había dejado el camino del Jordán y había subido a las sierras. Tenía programado ese encuentro, con anterioridad...

Él había escogido a aquella mujer, para que fuera la intermediaria de su aviso a Siquem. Le respondió entonces sin aspereza, quizá, porque la conocía íntimamente.

Su voz era melodiosa y llena de compasión:

—"Si tú conocieses el don de Dios y quién es el que te dice: dame de beber, tú le pedirías y él te daría el agua viva."

Incomparables vibraciones resuenan en el corazón de la mujer. Guardaba dentro de sí ansias de paz, y no sabía cómo o dónde encontrarla. Sin embargo, una duda la inquieta. El asombro da a su voz una inflexión de respeto.

— "Señor, tú no tienes con qué extraerla y el pozo es profundo; ¿dónde tienes, pues, el agua viva? ¿Acaso, eres tú más poderoso de lo que fue nuestro padre Jacob que nos dio el pozo del cual bebí, lo mismo que sus hijos y su ganado?"

Los ojos del extraño fulguraban y estaban poseídos de una fascinación desconocida. La revelación no se demora; el mensaje se dilatará por el aire, arrullando al mundo. cuando Él lo pronuncie.

- "Cualquiera que beba de esta agua, volverá a tener sed - fue explícito- pero aquel que beba del agua que yo le dé nunca más tendrá sed, porque el agua que yo le ofrezco se tornará en él en un puente de agua que lo llevará hacia la vida eterna."

— "Dame de esa agua — dijo presurosa —, para que no tenga más sed y no sea necesario volver a buscarla aquí."

¿Había comprendido la mujer, el sentido de las palabras del Rabí? ¿Deseaba liberarse de la agobiadora tarea o buscaba más claridad en la enseñanza? Sus ojos dulces, radiantes, se fijaron en los de ella, como si penetrasen en lo recóndito de su espíritu.

— "Ve a llamar a tu marido y vuelve" — le dijo con dulzura y firmeza.

Ella se perturbó. Era una pecadora y Él lo sabía, — conjetura... Ese era su tormento íntimo. ¡Qué herida y humillada en su amor se sentía...! Las lágrimas afluyeron y cayeron abundantes; la palabra perdió vigor en sus labios, y casi sin aliento dijo:

— "No tengo marido..."

La vergüenza estampa en su rostro moreno, el propio dolor.

— "Dijiste bien: «no tengo marido» — confirmó Jesús —; puesto que cinco maridos tuviste y el que ahora tienes no es tu marido; has dicho la verdad."

Sorprendida, la samaritana, no pudo ocultar más su alegría, su felicidad.

Y casi gritando dijo:

- "¡Señor, veo que eres Profeta!"

Su mente se encuentra totalmente en confusión. ¡Cuántas dudas la atormentaron toda la vida...! Ahora estaba delante de un Profeta de Dios. Debía aprovechar cada instante, rehabilitarse, encontrar la paz, por fin. Conmovida, interroga dócilmente:

— "Nuestros padres adoraron en este monte y tú dices que es en Jerusalén donde debemos adorar."

— "Mujer, créeme — elucida el Enviado Divino — se aproxima la hora en que ni en este lugar ni en Jerusalén adorareis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; en cambio

nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora está próxima y ése será el momento en que los adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre busca a los que así lo adoren."

La mujer, perpleja, se llena de ventura. Se consideraba tan indigna y, sin embargo, fue llamada a la Verdad, oyendo lo que ningún oído escuchara jamás con anterioridad.

En el valle, las espigas continuaban oscilando, y la arboleda cantaba al soplo del viento. El desconocido mira a su alrededor y continúa hablando, con armónica musicalidad en las palabras:

— "Dios es el Espíritu y lo que interesa es que los que lo adoran, lo hagan en espíritu y verdad."

¿Habrás comprendido la humilde mujer, la grandeza universal de la enseñanza...?

Transfigurada por la revelación, desea informarse con mayor seguridad e indaga:

— "Yo sé que el Mesías (que se llama el Cristo) está próximo a llegar; y cuando él venga, nos anunciará todo..."

Una sinfonía imponente irrumpe en el corazón del Maestro, y ante la Naturaleza en silencio y expectante, Él concluye:

— "¡Soy yo, el que habla contigo!" Por eso digo que la salvación viene de los judíos.

El sudor corre por su rostro encendido y varonil. El secreto ya no existe. Se rasga el velo del misterio y la verdad esparce alegría y consuelo. Ya no es preciso más silencios. La mujer está conquistada.

El Reino amplía sus fronteras entre los "descarriados"...

* * *

Los discípulos retornan y "se maravillan de que estuviese hablando con una mujer", pero no dijeron nada. Tomando el cántaro, la mujer volvió a la ciudad, y proclamó a gritos:

— "Venid y ved a un hombre que me dijo todo cuanto he hecho; por ventura, ¿no es éste el Cristo?"

Las preguntas surgen espontáneas y todos quedan admirados ante la natural declaración de la informante. En grupos compactos, los habitantes de Sicar descienden a la fuente donde el Rabí se encuentra con los discípulos, quienes lo instan a que se alimente.

Sin perturbarse ante la multitud que lo mira aturdida, explica a los compañeros, tratando de hacerse oír por todos:

— "Tengo que comer una comida que vosotros no conocéis. Mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió y realizar su obra..."

"¿No decís vosotros que aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? Yo os digo: levantad los ojos y ved las tierras que ya están preparadas para la siega. El que siega recibe el galardón y cosecha frutos para la vida eterna, para que así, tanto el que siembra como el que siega, se regocijen.

"Porque en esto, el proverbio es verdadero: «que uno es el que siembre y otro el que coseche."

"Yo os envié a segar, donde no trabajasteis; otros trabajaron y vosotros participasteis de su trabajo."

La tierra se cubría de escarlata y las nubes se teñían, con el oro del atardecer ya cercano. El mensaje era un llamado para el despertar de los aprendices inseguros y displicentes.

Él siembra; el futuro cosechará.

Allí está la gleba humana formada por corazones dispuestos a la siembra de la Nueva Era. Era necesario extender a todos los preludios de la paz, en una visión anticipada de lo que era el Reino. Ellos eran pastores, agricultores, pescadores... Entendían el lenguaje, conocían la época y las circunstancias.

Las loas a Dios ya no se entonarían en éste o en aquel recinto. Erigiendo un altar en el corazón, el agricultor, Lo exalta en la campiña cultivada, el artista, en la obra plétórica de formas, los sabios, en las armonías de las estrellas, los hombres rudos, en el trato con los deberes humildísimos.

La luz viene de lo alto y se extiende por la planicie... Todos los odios desaparecen ante el Nuevo Mensaje. Se rompen las barreras, se salvan los abismos. Se quiebran los eslabones de la esclavitud, y la desidia no se acrecienta.

La paz invade los corazones.

Donde el hombre busca elevarse para la vida, el Padre es adorado. Dios ya no pertenece a un pueblo, a una casta. Es inmanente a todo y a todos y trascendente.

"Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos." (3)

No importa el presente de la vida, en lo que corresponde a disfrutar o gozar de la vida misma. La abominación al crimen, a la liviandad y a la insensatez que a todos incita amplia y fácilmente en titánica batalla por el equilibrio; la perseverancia, no midiendo esfuerzos en la preservación del bien; el renunciamiento al "yo" enfermizo y ambicioso, son las primicias de felicidad... para aquel que se entregue a la Causa.

El galardón, es la paz consigo mismo y la inefable ventura que sobreviene después de las sombras...

* * *

Durante dos días, Él permaneció en Samaria predicando, curando, brindando la certeza de Vida más allá de la vida.

Y todos decían a Fotina

—"Ya no es por lo que tú nos has dicho, que creemos; sino que por lo que nosotros mismos hemos oído, sabemos que éste es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo."

El cielo diáfano se diluía, salpicado por copos de nubes, cuando Él y los discípulos prosiguieron a Galilea.

* * *

Dado a la dedicación con que se ligó a Jesús, los primitivos cristianos que se alentaron con su coraje de denunciar el error denominaron a Samatina con el apodo de "La Iluminadora", nombre éste, que la tradición oral aceptó y conservó hasta nuestros días.

(*) Juan, 4: 1 al 42

(1) "Dorso"

(2) Mediodía

(3) Efesios, 4: 6

(Notas de la Autora Espiritual).

Embajadores de la esperanza

Betabara o "Casa de Pasaje" se encontraba en un paraje del río Jordán, donde las caravanas se detenían para pernoctar, después de atravesar el río, antes de proseguir hacia las ciudades distantes. (*)

Las noticias que llegaban hasta aquella aldea crecían y alcanzaban sitios lejanos, conducidas por los viajeros presurosos que por allí pasaban. Allí había estado predicando Juan, exhortando a la penitencia, lavando simbólicamente los pecados y "abriendo los caminos para el Señor".

En el aire festivo que, invariablemente caracterizaba los encuentros, primaba la trágica noticia de la decapitación del "Bautista", en Maqueronte, ubicada en la región yerma de la Perea. Una tristeza profunda, llena de amargura y resentimiento, se reflejaba en los que allí reposaban, recordando, tal vez, los beneficios que habían recibido del Apóstol Precursor...

Al terminar las Fiestas de las Tiendas, los grupos retornaban, deteniéndose en las ciudades del trayecto para visitar parientes, comentar y recordar...

Aquel mes de Tishri (1) había sido excitante. En Jerusalén, durante las fiestas, el odio judío se había agudizado y se ceñía el cerco en torno a la figura del Mesías. A pesar de los días y las noches frías, los grupos que se encontraban en Betabara, se reunían como solían hacerlo, anteriormente, para oír las prédicas de Juan.

Hacía dos años que el Rabí había pasado por aquellos lugares y su alma continuaba impregnada por las emociones sublimes vividas entonces, cuando acercándose a las aguas frescas, se dejó bautizar, "para que se cumpliera lo que estaba escrito."

Ahora, su permanencia sería más larga. Esa región necesitaba de Su ayuda. Pasaba los días escuchando a los sufrientes, atendiendo a los enfermos, ofreciendo las directrices del Reino.

En aquella época del año, las lluvias caían fuertes, impulsadas por poderosas ráfagas de viento.

* * *

Los viajeros llegaban en grupos, provenientes de distintos lugares. Durante todo el día habían llegado, siguiendo el cauce del río, en dirección a Betabara. Llevaban grabadas en el semblante las alegrías indecibles de la tarea cumplida y del deber concluido.

Los corazones cantaban salmos, aguardando ansiosos, el momento de narrar todos los acontecimientos felices de la jornada realizada. Aquellos hombres no habían visitado tan sólo las ciudades populosas o los caminos principales.

Estuvieron en las aldeas y transpusieron los senderos de las montañas, abiertos por las cabras. Se habían entregado a su afán apostólico, abriendo surcos y preparando la siembra.

Reunieron grupos al borde del lago, en las plazas de los mercados, junto a las tiendas... Ahora, deseaban relatar todo lo acontecido.

La mañana brumosa, ocultaba el sol comúnmente cáustico en aquella región. Los árboles casi no se divisaban, ocultados por la densa bruma. Las lluvias cesaron, y la tierra húmeda parecía disfrutar de una desconocida esperanza, como si aguardase la siembra feliz.

Esperaban ansiosos la presencia del Rabí, que había salido a atender a los necesitados de las cercanías. Y mientras esperaban, recordaban ...

El Maestro había hecho muchos amigos, entre los que lo escuchaban. Todos se habían beneficiado con su amor, y harían lo imposible por testimoniarle su gratitud. Vibraban de júbilo, cuando lo oían predicar.

Él había escogido de entre los que en la multitud lo oían y amaban, a los Doce que se encargarían de esparcir la Promesa del Reino próximo, y, después de haberlos llamado, les había dicho:

"El campo es grande, pero los obreros son pocos; rogad al Señor que envíe obreros para la labranza."

"Id: yo os mando como corderos ¡en medio de los lobos!"

"No llevéis dinero, ni provisiones, ni calzado."

"En cualquier casa donde entréis, decid primero: La Paz sea en esta casa. Si hubiera allí algún hijo de la paz, reposará sobre ella vuestra paz; y si no, volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tuvieran, pues el obrero es digno de su salario."

"No andéis de casa en casa."

"En cualquier ciudad que entréis y os reciban, comed de lo que os pongan delante".

Guardó silencio unos instantes, como si consultase al Padre, en tanto que recorría a los amigos con la mirada. Luego de una breve pausa, prosiguió:

"Curad a los enfermos que en ella hubiera y decidlas: Ha llegado a vosotros el Reino de Dios."

"Pero en cualquier ciudad que entréis y no os reciban, saliendo por sus calles, decid: hasta el polvo que de vuestra ciudad se nos pegó, lo sacudimos sobre vosotros. Con todo, sabed que el Reino de Dios, ha llegado a vosotros..."

En cuanto su boca enunciaba las sublimes recomendaciones, fulguraban los rayos dorados del sol, en el cielo claro.

Las tierras áridas de Judea contrastaban con los verdes campos de la Galilea y las ricas zonas ribereñas del lago. Partieron con el espíritu conmovido por emociones inexplicables. Y volvían felices...

* * *

Felipe, que había sido llamado para esparcir las semillas de luz, solicitó, primero "enterrar al padre"; y allí estaba ahora, con los oídos atentos, conmovido hasta las lágrimas, escuchando la narración elocuente de los trabajadores dichosos.

Profundamente emocionado por el relato, marchó después a Samaria y a Sarón, como diácono, acompañado por sus cuatro hijas, todas médiums-proféticas de la Iglesia Primitiva.

Matías, que sustituyó a Judas después de la tragedia de la Cruz, al ver llegar al Maestro, se acercó a los demás y dijo, jubiloso:

— Maestro, traemos el corazón rico en alegrías, como la támara madura cuando está cubierta de miel.

— ¡Felices de vosotros, que pudisteis preparar el terreno de los espíritus!

— Cuantos nos oían, parecían que era a Ti a quien escuchaban, y la palabra en nuestra boca, se enriquecía de elocuencia y melodía, vibrando en musical sabiduría que perturbaba a los más sagaces y astutos. ¡Era como si estuviésemos envueltos por el Espíritu Santo!

— Dichosos, sois vosotros, por tener condiciones para la Verdad...

Y recordando, con voz pausada y plena de emociones superiores, continuaba extasiado, el discípulo:

- Nadie nos rechazó en ningún lugar. Los demonios se sometían dócilmente y muchos de los ex-posesos, se arrodillaron a nuestros pies, adorándonos, como hacen los paganos delante de sus ídolos. ¡Atemorizados, los esclarecimos de inmediato de nuestra condición!

— Sed vigilantes y tened cautela. El mal es contagioso y la presunción envenena el espíritu. "Bien sé lo que hicisteis. Yo vi caer al Espíritu Inmundo, atraído hacia los abismos", pero esto no es bastante...

—No experimentamos sed, ni hambre ni dolor alguno. Erguimos paralíticos en Tu Nombre e iluminamos ojos cerrados a la luz, colocando nuestras manos sobre ellos, invocándote.

—Yo os acrecienta la fuerza al resistir al mal, al enemigo de la verdad, "sometiendo serpientes y escorpiones a vuestros pies", pero aún no es suficiente...

—Muchos fueron los que se levantaron para cantar hosannas después que les explicamos los días en que vivimos, lo que oímos de Ti, lo que hemos visto...

Y después de una pausa:

—... ¡Nuestra alma canta de alegría y el corazón no puede contener ya tanto júbilo!

Recorriendo con la mirada aquel grupo de hombres allí reunidos emocionados, y deseando mantener dignas y firmes las directrices del Evangelio naciente, el Maestro contempló a los discípulos victoriosos y agregó:

—"No os alegréis porque los espíritus se sometieron a vuestros mandatos; es mejor que os alegréis por estar escritos en el cielo vuestros nombres."

Y como todos se aproximaron para escucharlo, el Rabí, sereno, suplicó:

"Gracias Te doy, ¡oh! Padre, Señor del cielo y de la Tierra, que escondiste estas cosas a los sabios e inteligentes, y las revelaste a las criaturas sencillas; ¡así es, oh! Padre, porque así Lo quieres."

Los ojos Le brillaban como madrugada celeste, y el viento frío Le agitaba los cabellos en desorden. El rostro delgado adquirió transparencia y se mostraba diáfano, como si una luz ignorada lo bañase interiormente, trasluciendo una radiante claridad.

Vigoroso, prosiguió con voz cristalina y fuerte:

—"Todo me fue entregado por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiere revelar."

El viento frío cantaba melodías desconocidas.

Bajando la voz hasta adquirir la musicalidad de la ternura, habló especialmente a los Doce y a los Setenta discípulos-, convocados para la diseminación de las Buenas Nuevas:

"Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, Profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; oír lo que oís, y no lo oyeron."

De inmediato, un pesado silencio cayó sobre todos. Los árboles se balanceaban levemente.

El canto del Jordán en el valle, aumentado por la creciente, invadía las cercanías.

El Maestro se retiró. Los Setenta y los Doce se marcharon en busca de las tiendas.

Los oyentes se dispersaron.

* * *

Entre los Setenta llamados para expandir la Palabra de la Vida, se contaba Bernabé, que colaboró, más tarde, eficientemente con el Apóstol Pablo; Sóstenes, que también cooperó en los escritos a los Corintios; Cleofás, uno de los visitados en el camino de Emaús...

Tener "los nombres escritos en los cielos" para servir incesantemente a la Causa de la Verdad, encaminados periódicamente a la Tierra. Mil veces fueron convocados a la actitud pasiva de ovejas entre los lobos del camino evolutivo.

Renacieron en la indumentaria carnal, a través de los siglos, recordando las enseñanzas del Rabí, investidos de los recursos de someter a los Espíritus de las Tinieblas, portadores del Verbo Encendido, de la pluma rutilante, preparando los días del Consolador, en las lejanías del futuro. Mas, volvieron, principalmente, para vivir el Evangelio, entibiándolo en el correr de los tiempos con el fin de mantenerlo vivo y ardiente, hasta el momento de la reconstrucción del Mundo, en el instante de la sinfonía imponente entonada per las voces del Cielo...

(*) Lucas, 10: 1 al 24.

(1) octubre. Notas de la Autora Espiritual).

El Tabor y la planicie

Por la fuerza de su realidad podría ser considerado un díptico: las bendiciones de Dios en el monte y los conflictos del hombre en toda la pujanza de su gama, en la planicie (*).

Jesús, Pedro, Tiago y Juan descendían de lo alto del Tabor, donde habían comulgado con las excelsitudes de Dios, para ir al encuentro de la inferioridad espiritual de la criatura humana.

Poco antes, el Maestro, resplandeciente, había estado envuelto en una esfera de poderosa luz y dialogó con los venerables antepasados del pueblo: Moisés y Elías.

Las emociones aún no se habían aquietado en el plano de lo habitual y la curva descendiente de los dolores chocaba contra lo prosaico de las contingencias humanas.

En lo alto estaba la visión de la vida verdadera; al ras de la tierra, las angustias, junto a los sufrimientos.

* * *

— "Espíritu sordo y mudo, yo te ordeno: sal de él y no vuelvas a entrar en él" — exhortó Jesús con firmeza en la voz, en la que la piedad se confundía con la energía.

No hubo debate alguno. Todo fue muy simple. La escena breve, culminó en el desmayo del joven que había quedado como muerto, desfigurado y bañado por un sudor muy frío.

El Maestro, conmovido, se inclinó, tocó la frente del ex-obsesado y lo levantó atrayéndolo hacia sí.

Era casi un niño...

Sufría desde la más tierna edad bajo el yugo violento del despiadado verdugo desencarnado. Las raíces del odio se perdían en las sombras del pasado, cuando ambos fueron comensales en la mesa abundante de la locura y se confundieron en una odiosa escena de sangre... Ahora, la ley soberana, se manifestaba altiva, uniendo al criminal no castigado a la justicia desacatada.

El "parásito espiritual" se había imantado al sufriente, y reproducía en él los gestos epilépticos en que se consumía, víctima de sí mismo, esclavo del odio. En la voluptuosidad de la venganza, lo arrojaba contra el suelo, incendiaba sus vestimentas, lo subyugaba.

Las esperanzas de la familia se extinguían en la lámpara sin fe de las tentativas de cura, infructuosas hasta aquel momento. Su padre había oído hablar del Rabí y lo llevó con la expectativa dudosa de ver al hijo recuperado, perdido como se encontraba, en el camino del aniquilamiento inexorable.

* * *

Habían transcurrido ocho días (1) después de la "confesión de Pedro". El Maestro llamó "consigo a Pedro, Tiago y Juan y los llevó hacia lo alto de un monte."

Agosto, en su plenitud, derramaba su caudal de luz y calor sobre la tierra. Las amapolas y las margaritas pendían de sus largos tallos, vencidas por la canícula. El cielo muy azul y transparente, ofrecía una visión infinita hacia todas las direcciones.

A medida que el Tabor (2) iba siendo escalado, los panoramas que el paisaje ofrecía, eran maravillosos: los campos de trigo segado, la cinta pardo-plateada del Jordán, asemejándose a un inmenso laúd cercado de vegetación; hacia el lado oriental, se yerguen altivos los montes Galaad, y al poniente, las aguas del Mediterráneo brillando como un enorme espejo, que se refleja a través de la garganta natural formada entre el Monte Carmelo y las empinadas laderas del Líbano; al norte, el Genesaret salpicado de velas coloridas y adornado por Tiberíades, Magdala, Cafarnaúm, Betsaida, ciudades encantadoramente esparcidas por los pequeños cerros, que dan la impresión de marchar en dirección a las playas, vestidas de palmeras exuberantes de verdor...

En lo alto, la visión no se detiene. De forma redondeada, la plataforma golpeada por los vientos y a veces coronada por las heladas, es la culminación de los 562 metros de conformación rocosa, sin vegetación, que se destaca en la inmensa y hermosa Galilea.

La noche demoró aún algunas horas en extender, su inmenso manto sobre el cielo. Los meses de agosto, siempre se caracterizaron por sus días largos. El calor asfixiaba y quemaba la rala vegetación.

Para conquistar el monte, la jornada se tornó larga: más de cuatro horas de marcha lenta y cansadora, a pesar de la belleza deslumbradora del paisaje circundante.

Una vez alcanzada la cumbre, el Maestro se puso en oración. Los discípulos, sudorosos y cansados, se adormecieron a la sombra de los escasos arbustos. Un gran silencio cubre a todos y a todo. El calor sofocante casi asfixia...

La noche vence a la naturaleza, y el Maestro ora.

La madrugada llega y el Rabí aún se encuentra en oración. Los compañeros duermen. En la monotonía se oyen voces. Los discípulos despiertan asustados y quedan subyugados ante la visión sublime de la transfiguración del Maestro, con su vestimenta brillante, dialogando con Moisés y Elías. Las palabras vibran en el aire, pero no son como las palabras que se escuchan comúnmente...

Luego, diluida ya la visión, Simón se acercó al Rabí y le dijo:

"Maestro, sería hermoso permanecer aquí y construir tres cabañas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías."

El Maestro lo miró compadecido. Una nube surgió misteriosamente y una voz, entonces, exclamó: "Este es mi hijo amado: ¡Oídló!"

Los discípulos, consternados aún, sienten un inmenso pavor. La grandiosa revelación había sido hecha. Jesús se mostró en toda su gloria, y ellos fueron testigos silenciosos y emocionados del acontecimiento incomparable.

Los Cielos se abrieron y los discípulos tuvieron el "conocimiento de lo Divino".

Pedro se referirá más tarde a esa metamorfosis del Maestro, testimonio incuestionable sobre el que fundamentará su fe. Mientras tanto el Rabí, le exige silencio.

La verdad tiene que ser dosificada para ser asimilada por el entendimiento de la arcilla humana. Posteriormente, al escribir Juan los "dichos del Señor", inició su narración evocando aquella escena inolvidable: "En Él estaba la vida y la vida, era la luz de los hombres; la luz resplandeció en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron."

* * *

—"¡Descendamos! —propuso el Maestro.

—¿No podríamos permanecer aquí? —indagó Simón.

— Es necesario descender — respondió Jesús. Busquemos a los que no disponen de las fuerzas necesarias para subir. Los hombres necesitan de nosotros. Nuestra gloria es la de ellos. Que sean para ellos nuestras alegrías y para nosotros sus dolores. Después de la comunión con los Cielos, la convivencia debe ser con los que se encuentran en la Tierra. El paraíso sería para nosotros un extraño presidio sin aquellos que, en el antro de las aflicciones, suspiran por el país de la libertad. ¡Descendamos! Los hombres, para los que he venido, nos esperan.

Durante el descenso del monte, mantenían animada conversación.

—"Rabí — indagan, recelosos — dicen los escribas que es menester que primero venga Elías...".

—"Elías ya vino y no lo reconocieron y le hicieron cuanto han querido. Así también harán padecer al Hijo del Hombre...".

"Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista."

La nueva revelación de que Elías era Juan Bautista renacido sorprendió a los compañeros que comenzaron a comprender los designios insondables del Padre. Sus espíritus vibraban de felicidad. Había fiesta en sus corazones.

* * *

Jesús y los discípulos continuaron descendiendo. Era un día espléndido. Los acontecimientos ocurridos, son soles que iluminan sus almas. La plataforma del Tabor fue quedando atrás.

Frente a ellos, se extiende la inmensa planicie. Allá están aguardando las criaturas sufrientes y ansiosas, y los compañeros.

Atemorizados, los discípulos se van turnando en la tarea.

— ¡Apártate, Satanás! — exclama Judas, presa de la ira, mientras el obsesado, clama en grandes alaridos.

—Hijo de las tinieblas, simiente de Belcebú — grita Tadeo con voz ronca y los ojos chispeantes— ¡por quién eres, abandona a tu víctima!

—Infeliz, inmundo —vocifera, pálido y sudoroso, Natanael—, ¡yo te exhorto a que retornes al infierno...!

Los curiosos rodeaban a los hombres que gritan de esa manera mientras que el endemoniado, como si multiplicase las fuerzas que el vampirismo espiritual le consume, se debate con más violencia en el suelo, y se contorsiona, exasperado, amenazando la integridad del débil cuerpo convulsionado, que ya está en el límite de sus energías.

—Es el propio Dibbuk — solloza desanimado, Filipo.

— ¡No conseguiremos liada! — agrega el hijo de Cleofás.

—¿Dónde estará el Maestro? — indaga, perturbado, Simón, — ¿que no viene a socorrernos? ¿Ignorara nuestra aflicción...?

Intercambiaron miradas, estremecidos, mientras el obsesado se debatía entre la baba espumosa que arrojaba. Hablan todos a la vez. Gritan inútilmente.

Viendo al Maestro y a los compañeros que llegan al erial de las miserias humanas, corren, afligidos, y lo saludan.

—¿Qué es lo que discutes con ellos? — interroga, sereno, el Señor.

—"¡Maestro, traje a mi hijo, que está preso de un espíritu mudo! Y éste, donde quiera que lo tome, lo despedaza y él arroja espuma y rechinan sus dientes y se va secando; ¡les pedí a tus discípulos que lo expulsasen y no pudieron!"

—"Si puedes — ruega el padre — ¡salva a mi hijo!"

—"Si tú puedes creer, todo es posible al que cree."

—"¡Yo creo, Señor! ¡Ayúdame!"

El Rabí se conmueve. El semblante sereno expresa toda la angustia de su espíritu.

Sin la menor amargura mira a los compañeros amedrentados y los amonesta con vehemencia y compasión. Comprende las flaquezas de los convocados a esparcir la simiente de la Buena Nueva.

Como para justificarse a sí mismo y a los demás, Judas intenta esclarecer:

— Hicimos todo cuanto nos enseñaste y nada conseguimos...

- ¿"Hasta cuándo os soportaré y estaré con vosotros?"

La indagación permaneció en el aire, sin respuesta. La arrogancia de la flaqueza es más petulante que la vanidad de la fuerza. La marca del fracaso en el orgullo es como una llaga de fuego ardiendo constantemente.

—"Espíritu mudo y sordo..."

Pálido y débil, el joven sonrió. Había gratitud sin palabras en su expresión. Besó la mano del Rabí y, conducido por su padre, en éxtasis de alegría, marcharon rumbo al hogar.

* * *

Esa noche, cuando la cúpula celestial se vistió de estrellas brillantes, todavía bajo el impacto de las manifestaciones del maestro, en el Tabor y en la planicie, Simón, captando posiblemente la visible inquietud de los compañeros, se aproximó a Él, que estaba meditando e indagó, notoriamente emocionado:

—¿Por qué no pudieron ellos expulsar al espíritu inmundo?

—"Esa casta no puede salir con otra cosa, como no sea con oración y ayuno" —elucidó el Amigo.

Mientras tanto, deseando valerse de la oportunidad para mejor instruir a los compañeros desatentos y pretensiosos, el Señor esclareció:

- Antes que nada, es necesario comprender, que los espíritus inmundos vivieron antes, como hombres, y continúan siéndolo. Engañados, se dejaron conducir por los dictados del cuerpo y ahora, enloquecidos, prosiguen actuando igual fuera de él. La muerte no los transformó. Viajeros del tiempo son el producto de sus propias obras. Unidos mentalmente a los recuerdos de acciones anteriores, se demoran sufriendo sus afectos, imanados a los que amaron, o vinculados a aquellos que los hicieron sufrir...

Hizo una pausa espontánea. Y prosiguió:

- Por esa razón, la Buena Nueva es un himno de amor y perdón. Amor indistinto y perdón indiscriminados. Frente a ello, hermanos nuestros que yacen en sombra de la ignorancia, ninguna fuerza posee más potencia que la del amor. No se trata tan sólo de expulsarlos de aquel convivir a que se ligan parasitariamente, sino también de socorrerlos, envolviéndolos con amor...

Nuevamente calló, dirigiendo a los amigos una mirada de bondad, para luego continuar:

-Son nuestros hermanos de la retaguardia, perdidos en la ilusión de la carne a la que empecinadamente pretenden continuar ligados. No se prepararon para la verdad. Y es debido a ello, que el Mensaje de Vida no se reviste de las indumentarias fantasiosas, tan del agrado general. Es semilla de luz, para fecundar en el suelo del espíritu.

Delante, pues, de ellos - poseído y poseedor - sólo la oración del amor infatigable y el ayuno de las pasiones, consiguen mitigar la animadversión con que se devoran entre ellos,

entregándolos a los trabajadores de la Obra de Nuestro Padre que, en todas partes, están cooperando con el Amor, incesantemente.

* * *

Si amáis en vez de detestar, si deseáis socorrer y no tan sólo expulsar, todo haréis, puesto que todo cuando yo hago podréis hacerlo y mucho más, si lo queréis...

En el aire leve de la noche, corrían suaves brisas esparciendo hacia el futuro la palabra del Rabí, como premonición gloriosa para los días venideros de la Humanidad,

(*) Mateo - 17.

Marcos - 9.

Lucas - 9.

(1) Los ocho días normales son tenidos como "seis días plenos, según los hábitos judaicos".

(2) Los historiadores y exégetas discuten en cuanto al lugar donde se produjo la transfiguración del Maestro, si fue en el Tabor o en el Hermón. "referimos valernos de la tradición, que la sitúa en el primer monte. (Notas de la Autora Espiritual).

El obsesado Gadareno

El mar era un espejo levemente ondulado, reflejando las partículas de luz del sol naciente y arrojando dardos de oro. (*)

El mes de Kislev (1), portador de las tempestades, es también el mensajero de la fertilidad, conductor de los vientos perfumados y suaves.

Se oía por los alrededores ruidos atenuados, y los peñascos tristes de Gergesa o Gerasa quedaban atrás.

Las laderas negras y viscosas, gastadas por las brisas marinas se mostraban tétricas, sin ninguna vegetación. Se diría que era un suelo ingrato donde nada crece a excepción de espinos y cardos silvestres.

En lo alto, un grupo de hombres, mujeres y niños, alargando la mirada sobre la faz líquida del mar, preciosa, concesión del Jordán a lo largo de su generoso curso, interrogaba sin palabras.

El barco se deslizaba suavemente, casi en silencio, con la gran vela llena por el viento, semejante a un ala movable que ensombrecía las aguas. En la popa, la figura de Jesús parecía una exclamación de dolor. Mirando la tierra agreste y desnuda, sentía el sufrimiento de la gente que allí habitaba.

Hacía mucho que había programado aquella visita a las tierras que se encontraban en las montañas de Bazán, en la Decápolis, alimentando la posibilidad de llevar hasta allí el mensaje de la Buena Nueva. Proclamar y difundir las primicias del Reino era Su ventura, pues para ello había venido. Vivir con el pueblo, sufrir las aflicciones del pueblo, pero, sobre todo, esclarecer y liberar el espíritu del pueblo de los grilletes vigorosos de la ignorancia y de la superstición.

El pueblo era su rebaño. Para ese rebaño vino a dar la vida. Sin embargo, era necesario que las ovejas conociesen a su pastor a fin de que pudieran identificar su voz y obedecer a su llamado. A pesar de eso, experimentaba un sufrimiento profundo porque el pueblo no lo comprendía; era el sufrimiento que nace del amor desdeñado.

Gerasa no lo recibió, pese al tono festivo con que anunció su llegada y a la ofrenda preciosa que donó al aproximarse a sus límites. ¿No había roto las ligaduras que ataban al obsesado a la obsesión, como el rayo luminoso penetra en la espesura de la noche y anuncia la fuerza de su presencia?

Los gerasenos comerciaban con cerdos y prefirieron a éstos en vez de a Él, el Amigo que quisieron ignorar... El viento melodioso encrespaba las aguas, haciendo que su musicalidad vibrara en la tristeza que envolvía al barco, y azotaba los cabellos de los hombres preocupados y silenciosos. Gerasa los había herido con un gran dolor...

* * *

Alguien preguntó, parado en la pequeña planicie del peñasco, observando al barco que se perdía en la distancia:

— ¿Quién era?

- No sabemos —respondió otro.

— ¿Por qué nos quería hablar? ¿Nos traía algo?

— Ni siquiera lo dejamos hablar; no lo indagamos.

— ¿Qué desearía de nosotros?

— No tenemos idea. Tal vez haya sido mejor expulsarlo de nuestras tierras, como lo hicimos.

— Tal vez...

Y como se habían vuelto para contemplar la embarcación, que bien podría ser considerada un punto en la inmensidad, una mujer sugirió:

— Parecía un Rabí, de esos que andan por la Galilea...

— ¿Qué nos puede ofrecer de bueno la Galilea? —respondió airadamente un representante de la ciudad. — Lo que sí podemos afirmar, son los prejuicios que nos ha ocasionado.

- ¿Y dónde se encuentra el endemoniado? —preguntó otro.

— ¡Busquémoslo! — exclamó, encolerizado un joven. — Hagámoslo confesar. Él es el portador de espíritus inmundos y por lo tanto podemos ser rigurosos con él.

— Tengamos cuidado - advirtió un comerciante de puercos -. Los daños de hoy son voluminosos; perdimos nuestros mejores cerdos y esto va a afectar la economía de nuestra ciudad. El enfermo parece recuperado. Dejémoslo...

El barco era... una casi nada en el mar.

El día bordaba la tierra de luz y la naturaleza se agitaba colmada de fiesta. Mil ecos entonaban un cántico de alegría. Desde los peñascos de Gerasa, podía verse el otro lado del mar.

Los gerasenos volvieron a la ciudad, a dos kilómetros de allí, donde se erguía el caserío de arquitectura griega, cercado de ricos pastizales que se perdían en los límites del desierto.

Jesús y los discípulos retornaron a Cafarnaúm.

* * *

Recordaba que todo había sido muy simple.

El alba aún no había corrido los pesados mantos de su rostro de luz, cuando él escuchó rumor de pasos, en medio del pavor en que vivía. Se irguió de un túmulo vacío, de los muchos existentes en las cavernas excavadas en la roca, entre las cuevas usadas como criptas sepulcrales. Sintió de pronto la fuerza de las furias que lo dominaban, en terrible y nefasta subyugación.

Podía formarse una idea de lo que había hecho, por las equimosis y hematomas que mostraba en el cuerpo dolorido y los miembros laxos, por el gusto a sangre en la boca, y el inmenso cansancio que lo poseía...

¡Cuánto había descendido! —meditaba—. Los juegos del placer en los antros de perdición lo llevaron a aquel estado. Atormentado por fuerzas subyugadoras, abandonó el hogar y a la familia, colocando en los labios de los padres la copa de amarguras sin par, al punto de hacerlos sucumbir de vergüenza y horror, en los laberintos del sufrimiento.

Comenzó a caer muy joven, hasta enlodarse entre los cerdos y buscó la sombra de las sepulturas, donde se refugiaban los endemoniados, manteniendo en las muñecas y los tobillos, trozos de cuerdas inmundas y un eslabón de hierro, como los que se colocaban a los animales feroces...

Ahora recordaba las torpezas y sufrimientos y no podía evitar las lágrimas que vertía en abundancia. Vagó por los bosques cercanos, disputando a los animales los restos alimenticios o, desvariado, pasó días interminables en indescriptibles peleas, luchando contra animales salvajes que lo aniquilaban...

Ordenando los pensamientos, recordaba tan sólo el aire fresco que lo envolvió, y aquellos dos ojos tranquilos y buenos que lo bañaron de agradable armonía.

— ¡Señor...! —balbuceó, nervioso, debilitado y empapado de sudo. - ¿Qué quieres que haga...?

—"Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas te concedió Dios."

— No tenga a nadie, respondió. Los míos me odian por lo mucho que los hice sufrir. Déjame seguir contigo, ya que te apiadaste de mí.

- ¡No, por ahora no! Ve primero a anunciar lo que recibiste, para que todos sepan lo que puede hacer el Hijo del Hombre.

Se irguió de un salto y salió corriendo, seguido de cerca por los propietarios de los cerdos que se habían despeñado en el abismo. Sin embargo, ignoraba cómo habían sucedido las cosas.

Estaba libre. Es decir, ¡en plena libertad! Gritaba, trastornado de felicidad. Y también sonreía. Los otros lo miraban con miedo y lo escuchaban, sin dar crédito a sus palabras, pese a la curación de que daba muestras.

Legión, así era llamado debido a los espíritus inferiores que le dominaban; era temido y detestado. Sin embargo, fueron inútiles sus explicaciones y el testimonio elocuente de su

juicio equilibrado. Y cuando Él se acercó a las puertas de la ciudad, lo recibieron sin ninguna consideración, sin ningún respeto, expulsándolo de inmediato.

En los días subsiguientes. Él anunció por donde estuvo, la promesa del Hijo del Hombre. Empero, los gerasenos, indignados por no haber disfrutado de su presencia y Sus dádivas, guardaban en lo íntimo un sordo despecho contra el exdemoniado, que no tardó en manifestarse en cólera generalizada:

— "Ya que Él te curó - exclamaron perentorios - y para ti vale más que nosotros, vete a su lado y déjanos, lo mismo que a nuestras tierras."

El odio popular es como un huracán sin ruta, que destruye todo lo que encuentra, en su vorágine.

— ¡Vete! —gritaban las voces—. ¡Olvídate de nosotros!

Una piedra surcó el espacio; gotas de sangre caliente alcanzaron el suelo y el polvo del camino se hizo barro en la tierra. Los ojos del recién curado se enrojecieron, la boca se torció en rictus extraño, y exclamó:

—¡Maldita seas, Censa, que expulsas a tus hijos y desprecias a los Enviados!

Aquella voz resonó como poderoso trueno y los lugareños, presentes en aquella escena de vergüenza y dolor, jamás olvidaron lo que vieron aquellos días, ni las expresiones de aquellos dos hombres a los cuales les cerraban sus puertas.

* * *

Después de caminar por las tierras de la Decápolis, narrando la cura que le había hecho el Galileo, demandó las playas del otro lado del mar, y se perdió entre la multitud, que seguía las prédicas en el lago y en las ciudades, en los montes y al borde de los caminos, ofreciendo sus manos y sus brazos a los afligidos y abatidos que necesitaban ayuda.

Nunca más se apartó de los sufrientes, sus hermanos de infortunio. Procuraba darles la fortuna de la esperanza, como él mismo la había recibido del Rabí. Lo seguía, deslumbrado y agradecido, dando lo que recibió y amando como fue amado, trabajando también, por la extensión del Reino de Dios, que Él anunciaba.

(*) Mateo 8: 28 al 34.

Marcos 5: 1 al 11.

Lucas 8: 26 al 39.

(1) diciembre-enero. (Nota de la Autora Espiritual)

Se limpio

La felicidad se expandía bulliciosa en su alma, como si una cascada acabara de irrumpir cantando una estruendosa sinfonía (*).

Ocurrió repentinamente.

Lo vio a lo lejos, descendiendo de la montaña y la multitud con Él, Parecía nimbado de extraña luz.

A su alrededor había un halo de serena tranquilidad. Algo pasó dentro de sí.

Un coraje inusitado lo impulsó hacia adelante. Hasta entonces, había sido un animal desvariado, capturado y forajido.

Imposibilitado de entrar en las ciudades, vagaba por los campos, casi siempre integrado a la farándula de los desgraciados de su jaez.

Cuando afloraron las primeras manchas violáceas en la piel tostada y las pústulas nauseabundas y dolorosas comenzaron a tomar cuenta de su cuerpo, también comenzó a morir...

Todos lo despreciaron.

Los vínculos de la familia se quebraron y los sueños de la juventud se convirtieron en tinieblas horribles. Fue acosado y expulsado. Su nombre y procedencia pertenecían al pasado. Ahora, ¡era solamente un inmundo!

Los dolores terribles mataron su fe, así como troncharon todas sus esperanzas. Era un apátrida en el propio lugar de su nacimiento. Un forajido sin haber cometido crimen alguno.

Mezclado entre los animales, se cubría con el manto de las noches estrelladas y con los trapos infectos, y ante el azote de los vientos y la caída de las lluvias, disputaba las cuevas a las fieras y los desperdicios, a los perros...

Había perdido la facultad de llorar. Se insensibilizó.

Tan sólo sentía su propio dolor, profundo y cruel, castigándolo sin cesar.

* * *

— ¡Señor, si tu quisieras, podrías limpiarme!" Yo creo que eres Aquel a quien todos esperarnos. Di ¡quiero...!

Las lágrimas fluyeron por primera vez a sus ojos, después de muchos años. La voz se le estranguló en la garganta entumecida.

—"¡Quiero: sé limpio!"

Un estertor nervioso sacudió todas sus fibras. Un inmenso descontrol se adueñó de su organismo exhausto. Deseó gritar, pero no pudo hacerlo. Experimentaba la sensación de una transformador general y violenta.

Estupefacto, sin el dominio de la razón, seguía, atónito, la renovación que se operaba rápidamente en sus tejidos febriles y putrefactos.

Su cuerpo, era nuevamente un diamante entre las telas toscas de sus harapos. Se arrojó al suelo y gritó tartamudeando:

—¿Qué quieres... que yo... haga...?

¡Oh! ¡Infinita alegría!

Todo su ser se estremecía de júbilo.

—"No lo digas a nadie. Ve, muéstrate al sacerdote y ofrece, por tu purificación, lo que Moisés determinó, para que les sirvas de testimonio".

El extraño Rabí se tornó diáfano. Irradiaba una belleza incomparable. Parecía sonreír.

La turba se acercó, muda de asombro y constató la cura. Mientras tanto él, radiante y desbordante de emociones, echó a correr. Con la mente en torbellino, el corazón palpitante, volvió a la ciudad.

Antes, había sido expulsado a pedradas. Ahora retornaba cantando felicidad. Mientras tanto, sin poder guardar silencio por el camino, fue contando el prodigio de que había sido objeto.

* * *

La noche cayó sin preámbulos. A la luz de las estrellas lejanas, el Maestro reunió a los discípulos, en agradable tertulia.

Cuando llegó la hora de la cena, estando preparada ya la hoguera acogedora, fueron distribuidos el pan y los pescados ahumados. Acercándose al Rabí, Simón indago, curioso:

—¿Era necesario que el leproso pagase el tributo?

— Es justo respetar la ley, respondió Jesús.

Y deseando aclarar el acontecimiento a los compañeros, aún no repuestos de la gran emoción vivida, prosiguió:

- Legalmente, él estaba muerto. Devuelto a la vida, por merced de Nuestro Padre, tiene que ser reconocido por aquellos que representan la tradición. Al tributo no lo interpretemos, como mero pago o loa, sino como testimonio por reingresar a los estatutos de los hombres.

Azuzado por la curiosidad, Andrés indagó:

- ¿Fue lógica la recomendación de silencio? ¿No es más necesario que todos identifiquen las señales del Mensaje de Vida, para que se predispongan al Reino de Dios, que está próximo?

El Maestro extendió su mirada por los alrededores, como queriendo delimitar los sitios en donde se encontraba, y respondió:

—No hace mucho tiempo, os dije que erais la sal de la Tierra... ¿Para qué sirve la sal si pierde su sabor? Diluyéndose en la comida, la sal se torna presente sin alardes y todos la pueden identificar...

Después de una breve pausa y como si desease caracterizar mejor los días próximos, esclareció:

—El Reino de los Cielos no se advertirá por las atracciones externas. La Tierra, siempre fue pródiga de hombres y mujeres extraordinarios, profetas y rabies, curadores y adivinos, y sin embargo, el Hijo del Hombre ha estado velando por encima de todos ellos.

Y elucidando mejor a los discípulos incipientes. prosiguió:

— El leproso de hoy, se contaminó espiritualmente en un pasado no lejano. Ayer, soberbio y egoísta, se bañó en las lágrimas de los oprimidos, abusando de su cuerpo como los vientos bravíos lo hacen de las datileras solitarias. Retornó a los caminos del tormento, interiormente atormentado, para resarcirse penosamente. El legado que hoy recibió es, ante todo, de responsabilidad, más que de merecimiento. El Padre misericordioso no desea la punición del hijo rebelde o ingrato, sino su renovación...

Y como si consultase el leve murmullo de la noche, finalizó con un acento de tristeza en la voz:

—Sin embargo, no todos pueden compren esto.

—En este momento, palpando las carnes restablecidas, exhibe el cuerpo a los curiosos y habla sobre Aquel a quien desconoce, con alegría y liviandad. La cura más importante no la experimentó: es aquella que no pertenece a las formas sino al espíritu. A pesar de haber sido lavada su lepra exterior, él continúa leproso. Tened cuidado con el contagio de las miserias que los ojos no ven, pero que entenebrecen la razón y perturban el corazón...

Simón, deseando más esclarecimientos, indagó con respeto.

— Rabí, si el enfermo no se puede beneficiar con la cura, ¿prestó ésta alguna utilidad?

Simón — respondió, bondadoso, Jesús —, el Reino de los Cielos es un mensaje de amor para todos: desalentados y sufrientes, atormentados y enfermos, todos recibirán la invitación de acuerdo con sus necesidades. A nosotros nos corresponde diseminar las dádivas de luz y de bendiciones, sin la preocupación inmediata de cómo serán recibidas o utilizadas. Cada corazón es responsable de las simientes que recoge. Disfrutando de la dádiva de luz, puede escoger libremente dónde atesorará las esperanzas. El sol distribuye

vida en todo lugar, indistintamente, y aunque el pantano continúe pútrido, el astro rey insiste sobre él, donde la peste y la muerte se abrigan, sembrando esperanzas...

Se levantó y apartándose del grupo en silencio, se sumergió en la noche y desapareció.

Al fondo, la montaña continuaba envuelta en sombras. Y mientras las gemas de los minutos formaban el collar de los siglos, los acontecimientos de aquel día entraban en los días del mañana sin fin ...

(*) Mateo 8: 1 al 4

Marcos 1: 40 al 45

Lucas 5: 12 al 16

(Nota de la Autora Espiritual)

La mujer hemorroisa

El corazón marchando a ritmo acelerado, le oprimía el pecho, y el aire que aspiraba, parecía cargado de humo. Desde el día anterior, la angustia dominaba su espíritu.

La noche le pareció interminable y una expectativa incomparable la asaltó desde que supo los lamentables acontecimientos del Huerto...

A la traición de Judas, le sucedió la desertión de los amigos, la negación de Pedro, y Él, a solas, fue el instrumento del escarnio y de la arrogancia de todos, conducido a la mayor humillación por aquellos que, desde hacía mucho, ambicionaban prenderlo.

Las noticias, en tono de cantilena causadora, corrían burlonas por todos los labios, y hasta eran repetidas por bocas que antes habían estado muertas y que ahora podían hablar gracias a Él.

El día había comenzado con un sol abrasante, que todo quemaba. El viento ardiente, en aquella hora de la tarde, escaldaba.

La siniestra caravana que lo empujaba en dirección al Gólgota, y que aún no había atravesado las puertas de salida de la ciudad, aumentaba cada vez más, con la afluencia de nuevos espectadores despiadados, los mismos que Lo saludaron pocos días antes, cuando Él llegó a Jerusalén.

Ella los oyó gritar: "¡Adelante! ¡Azotadlo!"

Sintió el dilacerar de su propio corazón.

La ladera, era de difícil acceso y las burlas continuaba mientras que el látigo vibrante rasgaba sus carnes ensangrentadas...

Ella Lo amaba, ¡sí! Lo amaba con todas las fuerzas de su corazón, de su vida. Vivía, porque había recibido la vida de Sus manos.

Miró a su alrededor, lagrimeante. Allí estaban, entre otros, María, Su madre, Magdalena, con las manos crispadas, llorando desesperadamente, Juana de Cusa, María de Cleofás, Salomé, Marta, Juan, todos ellos dominados por un dolor profundo. Tal vez, más lejos, estuviesen otros: Nicodemo, Zaqueo, José de Arimatea, Lázaro, los ciegos y paralíticos que recuperaron la salud, estupefactos, vencidos...

Y los gritos y las imprecaciones se redoblaron...

* * *

Había abandonado su ciudad natal, Cesarea de Filipo, en la Decápolis, desilusionada y marcada por el estigma humillante. Todos la consideraban impura, y por consiguiente, era despreciada.

Recurrió a todos los métodos curativos. Consultó inútilmente a los sacerdotes, a los médicos locales y a los que venían de otras tierras. La enfermedad despiadada, resistía a todos los remedios.

Se dejó exorcizar, usó los preceptos señalados por la Ley, se sometió a experiencias que la maltrataron intensamente, y no obstante ello, todo fue inútil. Su mal era un castigo, una señal de desventura impuesta por Dios.

Sin más esperanzas, y después de haber gastado cuanto poseía, resolvió trasladarse a la próspera Cafarnaúm, en la vana tentativa de conseguir un remedio no usado hasta entonces o de conocer algún médico que aún no hubiese consultado.

El flujo sanguíneo, sin embargo, no cesaba.

Se veía obligada a esconderse, ocultando la marca de su desdicha.

Ahora y por primera vez, tenía la oportunidad de hablar con Él.

Su nombre, Sus prodigios, los conocía por medio de aquellos que, de Sus manos, habían recibido la salud como máximo galardón. Y Él estaba allí, a pocos pasos.

Iba en dirección a la casa de Jairo, el jefe de la Sinagoga, cuya hija se encontraba entre las redes de la agonía, y toda la ciudad lamentaba aquella pérdida irreparable.

Habiéndolo amado por su bondad y por su comprensión de los problemas humanos, Jairo buscaba al Rabí desde muy temprano, por todos los lugares. Fue a la casa de Simón, lo buscó en la morada de los hijos de Zebedeo y por fin lo encontró en la playa, cuando regresaba de un viaje que había hecho al otro lado del mar. Y con Jairo, una gran y curiosa multitud lo siguió.

También ella estaba entre los que lo seguían, encontrándose a dos pasos de Él, dominada por una ansiedad incomparable. Le faltaba el coraje necesario para abordarlo, puesto que eran muchos los oídos atentos que estaban junto a ella. No eran pocos los que la conocían y las marcas de su miseria orgánica, delataban el mal que la había tornado excesivamente pusilánime. Delgada, vencida por la anemia, aún delante de los médicos, sentía el bochorno que le imponía la enfermedad. Con todo, pensó que, si desperdiciaba aquella oportunidad, perdería el minuto más precioso e importante de su vida.

Con la mente en torbellino, se aproximó emocionada, con miedo. Creía en Él. Lo sentía invadir su mundo interior, como si de Él se desprendiese una fuerza ignorada, milagrosa. ¡En sus ojos, en su porte, en todo su Ser había tanta serenidad y grandeza...!

En medio de la multitud que se iba adensando en la calle estrecha, sin poder controlar su íntimo torbellino, gritaba sin voz, pidiéndole ayuda sin palabras.

Venciendo la agonía que la asaltaba, con la visión turbada, en un movimiento irresistible, tocó el borde de las vestimentas del Rabí y... ¡Oh! ¡Ventura! La sangre dejó de manar; ya no sentía dolor alguno y toda ella experimentó una extraña e inusitada sensación.

Cuando aún no había recuperado el equilibrio, Lo oyó preguntar:

— “¿Quién me tocó?”

Y le dijeron sus discípulos:

— “Maestro, es la multitud que te atropella y comprime.”

Él miró alrededor, como buscándola.

En ese momento, la mujer se arrojó a sus pies y gritó:

— ¡Fui yo, Señor, que era desdichada! Sabía que, tocando tu vestimenta, podría recuperar mi salud.

— "Hija — le dijo con ternura y bondad — tu fe te salvó; vete en paz, que ya estás curada de tu mal."

¡Qué inefables emociones las de aquel día! Hubiera permanecido allí, inmóvil y dominada por la gratitud, con lágrimas de júbilo y adorándolo, si hubiese podido. Y se vio llamada a la realidad, por los que indagaban sobre lo que le había sucedido.

Después de transcurridos algunos días, volvió a los suyos y a los sitios de donde viniera, del otro lado del mar. Todos querían verla, escuchar su narración, constatar su cura.

Junto con la salud recuperada, le vino también un ansia incontenible de modificar su vida. Recobró la paz del cuerpo, pero verificó que había perdido la paz del espíritu.

Después de conocer al Maestro, tenía la seguridad de haber encontrado la verdadera vida. Estar lejos de Él, era perderla. Sabía, sin poder comprender por qué, que Él, era el Enviado. Necesitaba abandonar todo y seguirlo...

Después de resistirse por algún tiempo, se despidió de los amigos y parientes - que antes la detestaban - y fue a Su encuentro. Desde entonces, oía Sus prédicas en la orilla del mar, o en las ciudades próximas, perdida entre la multitud.

Lentamente se llenaba su espíritu de paz, como el sol inunda de luz la tierra, cuando llega el carruaje de la madrugada. Y por seguirlo a todas partes, no ignoraba que había quienes lo detestaban; en lo íntimo de su corazón, temía por Él...

* * *

Las imprecaciones la despertaron. La realidad surgía dolorosa, en el clamor que manifestaba su odio e intemperancia.

Lo curvaba el peso de la cruz, al subir por aquella colina de Acra.

De pronto, Él resbaló y cayó. No pudo contenerse: tomó un paño de blancura inmaculada, que llevaba consigo y corrió junto a Él (1). No tuvieron tiempo de obligarla a retroceder.

Aquel semblante ensangrentado y dolorido, la amargaba profundamente. Envolvió la faz en el lienzo blanco y- la secó cariñosamente.

Cuando retiró el mismo, hubo una exclamación de estupor: había quedado estampado el rostro del Rabí, teñido por la sangre.

Entonces, gritó:

- ¡Eh! Vosotros que pasáis, ¡escuchadme! ¡Mirad ... El llanto le embargaba la voz.

¡Látigo! —gritaban los judíos - ¡Látigo para Él! ¡Lacerémosle! ¡No tengamos piedad!

No obstante, ello, Él la miró demoradamente, en aquella fracción de minuto. Los labios entreabiertos nada dijeron. Sin embargo, ella oyó en su interior Su voz. como antes:

—¡Ve en paz! Me acordaré de ti.

La caravana atravesó la Puerta Judicial, descendió la ladera y comenzó a subir la colina de la Calavera. Él cayó nuevamente. El clamor de angustia de las mujeres se elevó sobre el vocerío.

Macerado y trémulo, magnetizando a la multitud con Su mirar dolorido, dijo:

—"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad mejor por vosotras mismas y por vuestros hijos", Ventrán días amargos y terribles en que clamaréis: "Bienaventuradas las estériles y los vientres que no engendran y los pechos que no amamantan!" clamaréis a los montes: "¡Caed sobre nosotros y cubridnos!" "Pues si tal acontece al leño verde, ¿qué harán del seco?" (2)

Llegando al tope de la colina, comenzaron a desvestirlo...

Después, más tarde, estaba muerto.

Al pie de la cruz, recordando Sus hechos, rememoró Sus palabras:

—"Y cuando sea elevado por encima de la tierra, atraeré a todos hacia mí." (3)

Él estaba erguido. La multitud lo seguiría después.

Descendió del monte y salió a servirlo, acompañando a los que lo amaban.

(*) Mateo 9: 20 al 22.

Marcos 5: 25 al 34.

Lucas 8: 43 al 48.

(1) Pese a que, en Actos de Pilatos, uno de los Evangelios apócrifos, informen que esa mujer llamada Verónica o Berenice es la misma hemorroísa, Eusebio de Cesarea, el historiador, aclara que, después de curada, la portadora del flujo sanguíneo retornó a sus tierras y mandó fundir, en bronce lo hecho por Jesús con relación a ella y lo colocó en la puerta de entrada de su casa. ÉL mismo tuvo ocasión de verlo. No obstante, preferimos la información contenida en "Los Actos de Pilatos"

(2) Lucas 23: 27 al 31.

(3) Juan 12: 32.

(Notas de la Autora Espiritual).

Zaqueo, el rico de humildad

Segregados, los publicanos (1) o recaudadores de impuestos, constituían la clase detestable y vivían bajo lluvias de odios y sarcasmos. (*)

El pan adquirido con el sudor de la aflicción era portador también de la aflicción de aquellos que estaban obligados al pago de las pesadas tasas, impuestas por las huestes victoriosas que dominaban a Israel.

Jericó era un gran centro de actividades comerciales y una ciudad famosa; en ella se había hospedado en el pasado Cleopatra, que se había quedado encantada con su aire suave y perfumado.

Embellecida por Herodes y Arquelao, su caserío suntuoso y sus moradas palaciegas de mármol, se destacaban por la austeridad y la belleza de líneas.

Situada un poco sobre el valle del Jordán, se beneficiaba en los días tórridos con los vientos y brisas frescas y en los días fríos, la temperatura se mantenía agradable, sin llegar a bajar notoriamente.

Conocida por su centro comercial, era escogida por los negociantes, cambistas, peregrinos y caravanas que iban en demanda de los diversos países del Oriente, exhalando, al atardecer, el aroma de las rosas que abundaban, diseminadas por todas partes.

Los campos y prados se veían favorecidos por las sombras de las higueras, granados, cacahuetes, y salpicados por flores de un rojo intenso y amarillentas, de tonos dorados. Sus planicies cubiertas de trigo y caña de azúcar rivalizaban en esplendor con las plataformas coloridas por la balsamina abundante, que le ofrecía un aire de belleza risueña y primaveral. Las palmeras de dátiles, las más célebres de Israel, producían tres especies distintas, y poseían el dulcísimo sabor de la miel.

Su aduana estaba en constante movimiento y los negocios alcanzaban elevadas y expresivas sumas.

Jericó, esplendorosa y de economía pujante, era la ruta obligada que conducía a Jerusalén...

* * *

Zaqueo había adquirido en subasta pública el derecho a la recaudación de impuestos, y con ellos, la maldición de que eran acompañados.

Poseedor de una fortuna importante, vivía en un suntuoso palacio, al que había adornado con obras de arte traídas de diferentes países y estaba rodeado de lujo, como si con ello consiguiese llenar el vacío afectivo que sentía en el corazón, por saberse detestado por toda la ciudad, como consecuencia de su tarea.

De índole afable, justificaba el oficio con la explicación de que no eran pocos los hijos de Israel que lo disputaban delante de los emisarios de César.

Hacia todo lo posible por disipar las nubes cargadas de maldad y animosidad, que ensombrecían sus días. Empero, todas sus tentativas resultaron inútiles. Redoblaba sus esfuerzos, y la falta de éxito en ello, lo desanimaba notablemente.

Escuchaba, molesto, las amenazas proferidas entre dientes por aquellos que se veían obligados a liberarse del infamante deber de pagar el tributo a César, por su intermedio...

De baja estatura lo que daba más aflicción a sus angustias, y gordo, Zaqueo era el prototipo humano de la idiosincrasia de la ciudad.

Muchas veces, acariciando a los hijos, atormentado, analizaba el futuro y hacía proyectos ... Cuando poseyese muchos bienes y pudiese abandonar la innoble tarea, dejaría la ciudad y recomenzaría una nueva vida, lejos de Jericó, muy lejos... Una sonrisa afloraba a sus labios y una esperanza mal dominada estimulaba su corazón, dándole fuerzas para resistir todos los tormentosos contratiempos del momento.

El futuro le pertenecía. Bastaba tan sólo esperar...

Zaqueo había oído hablar de Jesús.

Las noticias que llegaron a él eran semejantes a un mensaje de amor, cantando esperanzas. Le parecía irreal que alguien pudiese amar tanto. Y él también tenía sed de amor, ansias de afectos, de amigos...

Sentía la falta de la musicalidad sonora de la amistad y de las sonrisas amplias del entendimiento y la comprensión.

La información de que Él comía con pecadores y que hablaba demoradamente hasta con publicanos, lo hizo llorar íntimamente. Y las lágrimas corrieron abundantemente, cuando sus auxiliares, en la aduana, le dieron la seguridad de que entre los que lo seguían con ardor, había uno que había sido publicano también y que Él lo había arrancado de una Colectaría

* * *

¡Y Zaqueo se vio envuelto en un sentimiento de admiración y afecto por aquel Desconocido! A veces, meditando, anhelaba verlo, oírlo, conversar con Él. En su interior creía firmemente que Él era el Mesías.

Su palabra viajaba por el aire; sus hechos eran de todos y en todo lugar conocidos. Lo amaban los infelices, los desheredados de la esperanza, los oprimidos, los *proletarii*. Lo odiaban los que le temían, porque en Él reconocían al Salvador.

* * *

Bartimeo, el ciego, vivía en Jericó desde que Zaqueo tenía uso de razón. Con su escudilla miserable, mendigaba por las calles y los caminos.

Con frecuencia, Zaqueo lo socorría. Le agradaba ayudar a los miserables, mitigar el dolor, él, que sabía muy bien lo que era la soledad. A ellos, los sufrientes, no les negaba la moneda amiga que los puritanos y celosos de la Ley no querían ofrecer, escondiendo en el semblante de falsa pureza, la expresión constante de asco ...

Bartimeo, ciego y despreciado, tenía algo en común con Zaqueo: la soledad con que ambos caminaban, en medio del pueblo.

* * *

En pleno mes de marzo del año 30, un cierto atardecer, Jericó tomó aspecto festivo. Desde hacía unos días, la ciudad hospedaba peregrinos que, iban hacia Jerusalén, para celebrar con toda pompa la Pascua, que ya estaba próxima. Pero aquella tarde el movimiento era inusitado.

Decían que el Rabí había arrancado a Bartimeo de la ceguera y que el antiguo infeliz había entrado en la ciudad, entonando hosannas y exhibiendo sus ojos claros, bañados de indefinible luz.

¡Milagro! — exclamaban unos.

— ¡Farsa! — gritaban, coléricos, otros.

Todos querían acercarse al ex ciego, informarse.

El tumulto natural que se había formado con la algarabía desordenada provocadas por todos se vio interrumpido cuando alguien grita: "El Rabí galileo se encuentra en las proximidades y no tardara mi llegar a la ciudad."

Zaqueo sintió en su alma una explosión emocional. No podía contenerse.

¡El Esperado llegaba!

Éste era el momento; el más precioso momento de su vida. Necesitaba verlo.

Si bien era cierto que no tendría la osadía de hablarle, mas...

Si perdiese la ocasión, nunca más, ¡oh!, ciertamente, nunca más tendría otra.

Impaciente, con el sudor bañándole el rostro, se puso a correr — perdiendo hasta la postura de dignidad que a sí mismo se impusiera—, en dirección a la puerta de la ciudad.

La multitud se iba haciendo más densa, a medida que avanzaba. Era imperioso verlo, tan sólo verlo, verlo pasar.

Anhelante, dominado por mil inquietudes — sabía que le sería imposible verlo, pues siendo bajo como era, y detestado, la multitud que se encontraba al borde del camino no le cedería lugar— divisó una vieja y vetusta higuera, que extendía sus ramas sobre el camino. Las raíces, rugosas y curvas que se elevaban del suelo, le permitían un acceso fácil.

El Publicano no titubeó. Avanzó, resuelto y se acomodó en el árbol.

Vio al Maestro, sereno, que se adelantaba acompañado por el pueblo.

Gritos y exclamaciones se confundían ovacionando al extraño Caminante, que parecía envuelto en diáfana claridad...

Zaqueo dejó que la voz estrangulada en la garganta irrumpiese cristalina y, sin percibirlo, se unió al entusiasmo general, envuelto en el mismo entusiasmo también.

¡Qué hermoso era el Rabí! ¡Jamás vio belleza igual a aquélla, tan llena de majestad y transparencia!

El Señor detuvo su paso junto a la higuera y miró a Zaqueo.

Fue un instante fugaz. No obstante, toda la vida del cobrador de impuestos desfiló fulminante, por la tela de su pensamiento.

Volvió a verse en el pasado...

—"Zaqueo — dijo el Visitante Sublime - desciende de prisa, pues hoy será necesario que repose en Tú casa".

No podía ser verdad. ¡Soñaba! Un fuerte zumbido oprimía sus oídos, y un entorpecimiento profundo, dominaba su mente. "Desciende de prisa", resonó en su espíritu.

El hombre bajó rápidamente de la higuera, transfigurado por la emoción, a solas, olvidado de todo, como si flotase en el aire embalsamado del atardecer. Deseó sonreír, gritar su complacencia, pero no pudo; no podía decir o hacer nada.

Su cerebro ardía como brasa encendida.

Se sabía rico —y los ricos eran detestados.

Publicano —y la Ley mosaica lo condenaba.

Se reconocía indigno — e Israel no lo perdonaría nunca...

Pero esa Voz continuaba ordenando: "hoy será necesario que repose en tu casa".

Sacudió la inercia mental en que se encontraba y marchó hacia su hogar. Era indispensable preparar la recepción.

Las lágrimas brillaban en sus ojos cansados y el corazón ya no estaba oprimido, después de tan larga soledad. La esposa, abrazada a él, lloraba también.

Buscaba la forma de empequeñecerse en la grandeza de su casa lujosa y engrandecerse en la pequeñez en que la aflicción lo colocaba, para recibir al Rabí, el Amigo Único...

Era casi de noche. Un resplandor de oro bordaba los montes de luz y abría un abanico de plumas centellantes que adornaban las nubes que pasaban ligeras...

A la puerta de su casa, Zaqueo y su familia aguardaban.

Teme que el Rabí no entre en su hogar. No se siente digno de hospedarlo, sin embargo, sería capaz de darlo todo, con tal de tener ese honor.

—¡Señor! — alguien exclamó— ¿Pernoctarás en la casa de ese publicano...?

¡Publicano! (Resonó la palabra en los oídos de Zaqueo), marcándola a fuego en su ansioso y dolorido corazón.

—"Señor, — tartamudea el recaudador de impuestos — doy a los pobres la mitad de mis bienes, y si en algo defraudo a alguien, ¡se lo restituiré cuadruplicado!" ¡Entra en mi casa!

No pudo continuar, dominado por una poderosa emoción. Jesús sonrió, con una sonrisa simple y buena, semejante a un mensaje de amor.

—"Hoy — dijo suavemente —, vino la salvación a esta casa, puesto que también, éste es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido."

Y tras una pausa, en la que se escucharon los murmullos de la noche que iba llegando, el Señor narró la inconfundible parábola de las diez minas, tomando como imagen preliminar, al príncipe israelita Arquelao, que "partió para una tierra remota, a fin de tomar para sí un reino, y volver después..."

Zaqueo se empequeñeció y engrandeció.

Se sometió a la humillación, glorificándose en la humildad.

* * *

Cuentan los narradores de los eventos evangélicos, que transcurridos muchos, muchos años después de la epopeya de la Cruz, por solicitud de Simón Pedro, el antiguo publicano fue a dirigir una floreciente iglesia cristiana en tierras de Cesarea, rico de amor y de humildad, dirigido por Jesús...

Lucas, 19: 1 al 10.

Los publicanos, en Israel, adquirían por cinco años y en subasta pública, el derecho de recaudar los impuestos, de manos de los dominadores romanos, excediéndose, muchas veces, por la exorbitancia de las tasas aduaneras y cobradas sobre la tierra. Eran divididos en tres ramos diferentes: Decumani (recibían los diezmos); Partitores, se encargaban de las aduanas, y Pecuarii recibían los impuestos sobre la tierra y los pastajes. Eran dirigido por el adquirente de los derechos de la cobranza a quien prestaban obediencia y a quienes se unían, por ser despreciados por sus compatriotas. Considerados como innobles por estar ligados al extranjero dominador y por infringir a la Ley y a Moisés, eran, por otro lado, detestados por los invasores que los subestimaban y los humillaban con reproches.

(Notas de la Autora Espiritual)

La familia de Betania

Cercada por inmensos campos de cebada, pequeños bosques de olivos e higueras que ofrecían sombra al camino de Jericó, que serpeaba junto a las murallas, Betania quedaba a una hora de Jerusalén. (*)

Desde la Puerta Dorada, la carretera de Jericó llegaba al Cedrón y bordeaba el Monte de los Olivos, antes de proseguir hacia Betfage.

El escenario de Betania difería notablemente de la opulencia barullenta de la ciudad de los profetas. A pesar de las tormentas eléctricas de Mareswhan (1) que caían repentinamente a semejanza del toque de las trompetas, el aire traslúcido y leve permitía, como aún hoy, la visión a distancias enormes. Al sur, en dirección a las tierras de Moab o al nordeste, por encima de los montes Gerasiano, el cielo tranquilo y el aire transparente, siempre ofrecen visibilidad incomparable.

La aldea, sencilla, parecía contrastar en su verdor con la áspera Judea, a la que pertenecía. Allí todo era poético: alfombras de flores menudas caían sobre la grama verde, y la corona del Monte de los Olivos a lo lejos, teñía el paisaje deslumbrante con el verde ceniciento de sus árboles.

Los declives llenos de follaje exhibían casas blancas de terrazas floridas. Y a pesar de estar muy próxima a la capital, parecía muy distante, en comparación al lujo y al bullicio de la gran ciudad.

* * *

Betania era un remanso que se tornaba en agradable refugio, después de las fatigantes jornadas. Muchas veces Jesús buscó aquellos sitios para retemperar su corazón y estimular a otros.

En aquel mes de octubre del 29, cuando comenzaban las primeras señales de las tormentas y los ánimos de Jerusalén se exaltaban, el Maestro se dirigió a la encantadora Betania.

La red de intrigas apretaba su cerco. Los miembros del Sanedrín acechaban y distribuían espías por la senda del Rabí. Deseaban sorprenderlo en estado de blasfemia.

Pese a ello, Jesús continuaba imperturbable la siembra de la verdad. Él sabía que los hombres son espiritualmente "niños" y que el odio, es la consecuencia del amor primitivo atemorizado.

Si por un lado el despecho y la envidia tejían la maraña odiosa de la persecución implacable, por otro, un velo de amores abría sus tejidos, envolviendo a muchos espíritus valientes y afectuosos.

En Betania, Lázaro y sus hermanas Marta y María, eran el testimonio elocuente de ese amor. Sin temer a los fariseos ni a las murmuraciones de los vecinos pusilánimes y recelosos, albergaban a Jesús en su hogar, cercado de rosas perfumadas y construido de paredes cubiertas por enredaderas.

En las proximidades, los cedros y los duraznos en flor, constituían un hermoso cuadro, en el que se destacaba la casita de forma cúbica, con amplia terraza y con columnas abrazadas por la hiedra verde-oscura.

Amaban a Jesús y no lo ocultaban. Lo consideraban un miembro de la familia, y recibirlo en casa, significaba para ellos engarzar una estrella en las paredes domésticas.

Muchos de esos amigos amorosos, poco tiempo después, entraron en Jerusalén entonando cánticos: siguieron el cortejo de la cruz, subieron el Gólgota, se deslumbraron con la Resurrección, siguiendo finalmente, hacia Galilea, a fin de recibir las últimas instrucciones, antes de que Él ascendiera... Y prosiguieron heroicamente, avanzando por las huellas dejadas, ampliando las esperanzas del reino...

También a esos amigos, a quienes Él mucho amaba, les había ofrecido los más expresivos tesoros de luz y de vida.

A Lázaro, que lo había enriquecido con su amistad pura, lo arrancó de las sombras de la catalepsia, al encontrarlo en el sepulcro, en medio los tejidos fúnebres que exhalaban miasmas, respondiendo así al llamado que las hermanas de éste le habían hecho desde lejos...

* * *

Coronados de oro diáfano y violeta, los montes y las colinas se aquietaban al abrazo del atardecer. Del valle fresco, subían suaves aromas.

Las voces de la Naturaleza entonaban una Pastoral. La brisa corría en forma leve.

Las primeras lámparas con su luz rojo-amarillenta comenzaron a brillar en las casas.

Después de terminadas las Fiestas de las Tiendas en Jerusalén, donde debieron soportar virilmente las luchas que los cercaban, Jesús y los suyos, necesitaban descansar.

El Maestro no ignoraba las dificultades, y los Doce, de cuando en cuando, se sentían amedrentados.

Confraternizando con el sol en el ocaso, la luna, bañada en plata, bordaba el firmamento.

Habiendo sido avisado por un discípulo, que se adelantara a los demás, Lázaro aguardaba, jovial, al Rabí y a los otros compañeros, en la puerta de su casita alegre y hospitalaria.

— Haya paz en esta casa — dijo el Señor.

— Que la paz sea contigo Maestro —respondió Lázaro, al tiempo que lo abrazaba efusivamente y besaba el rostro del Huésped querido.

Las dos hermanas se apresuraron a recibir a los visitantes, ofreciéndoles el agua para las abluciones, mientras que el hogar se llenaba de la lógica algarabía que había llegado con ellos.

Marta, corrió presurosa a los quehaceres domésticos. preparando los alimentos, disponiendo los lechos, arreglando la mesa... Fatigada, va de un lado a otro y reclama el auxilio de María, llamándola.

Mientras que afuera el murmullo se iba acallando y la noche avanzaba calzada de silencio, el Rabí narraba a Lázaro los últimos acontecimientos, y exponía los planes futuros.

María, sentada a sus pies, lo miraba con arrobamiento, mientras que seguía la narración con extremada atención.

- ¿María! - gritó su hermana.

Y al encontrarla, reclamó:

—¿Maestro! ordénale que me ayude. En cuanto yo no tengo sosiego a fin de terminar con las tareas sonrió, afable, ella te está importunando, sin preparar la casa para la comida.

- ¡Marta, Marta! - respondió el Maestro sonriendo —, Estás atareada con muchas cosas, de las cuales, una sola es necesaria; y María, escogió la mejor parte, pues nadie podrá substraérsela."

En cuanto Marta, desorientada, se aquietó, el Señor narro dulcemente:

—Un hombre casado recibió la noticia de que un Rey pasaría por su hogar. Preparó la casa con su esposa. Cuando el Monarca llegó, él se acercó para escucharlo, mientras que la mujer corrió a atender las pequeñas tareas. Pero el Rey no podía permanecer mucho tiempo allí, y luego de una comida ligera, partió. Tan sólo aquel que lo escuchó, se enteró del programa de su reinado, que era lo más importante...

—Discúlpame - dijo Marta, justificándose—, son los viejos hábitos demasiado arraigados.

—Para alcanzar la plenitud —agregó el Amigo —, sólo basta una cosa: espíritu de lucha capaz de quebrar las viejas ataduras, y una vez renovado, entregarse totalmente a las cosas del Padre Celestial.

—Tienes razón- concordó la anfitriona.

—El pan, el abrigo - esclareció Jesús -, nos los da la tierra. El cielo estrellado es un excelente protector, y el suelo gentil, es un granero sagrado. Sin embargo, la palabra, es semilla de vida. Las preocupaciones sobre las cosas inmediatas caracterizan la horizontalidad en que muchos se pierden perturbados por el propio afán de lucha en que se envuelven. La búsqueda incesante de la verdad a cambio de múltiples cosas para adquirir la paz interior, con seguridad espiritual, es la vertical libertadora.

El hombre se agota inútilmente y se pierde a sí mismo, como si estuviese en un laberinto cruel, por ignorar las diferencias capitales que existen entre los valores imaginarios y los

reales. Unos, se aferran a la posesión y son vencidos por lo que poseen. Otros, se encierran en las pasiones y sucumben bajo el peso de ellas. Muchos más se prenden a las ambiciones y se enloquecen al recorrer sus senderos escabrosos.

El Maestro dirigió la mirada en torno de sí.

La sala iluminada, era un adorno más en la noche. Atentos y curiosos, los dueños de casa y los discípulos escuchaban en silencio.

Tras una breve pausa, y con mayor énfasis, el Rabí prosiguió:

— Los vencedores del mundo, mientras viven, carecen de sosiego, y cuando atraviesan el umbral del sepulcro, se muestran vencidos y sufrientes, amarrados a la retaguardia. Solamente los que consiguen vencer al mundo y a sus alucinaciones, ascienden verticalmente rumbo a la gloria espiritual sin infortunios. Por esa razón, el "Hijo del Hombre" no posee una piedra donde reposar su cabeza, a pesar de que las aves de los cielos tienen sus nidos, y las serpientes y los lobos, sus cubiles". Desdeñando todas las cosas, tan sólo una se tiene: amar a todos indiscriminadamente, a fin de que el reino del entendimiento, en perfecta comunión de ideas, pronto se establezca entre las criaturas de la tierra.

— Señor —indagó Juan emocionado —, ¿demorará mucho en llegar esa hora de entendimiento humano?

—Las simientes —respondió el Interlocutor— están siendo sembradas en estos días. La floración y la cosecha pertenecen a Nuestro Padre. Sembremos todos, amándonos los unos a los otros, incansables y sin prisa, y fascinados por la verdad, avancemos resueltos, pues sólo esto es realmente necesario.

Afuera flotaban suaves aromas en el viento que murmuraba en la arboleda, mientras las estrellas espiaban, desde muy lejos, como vigilantes atentos aguzados por la curiosidad...

Marhcswhan - mes de noviembre. (") Lucas, 10: 38-42.

(Notas de la Autora Espiritual).

La rediviva de Magdala

La emoción, se desbordaba en lágrimas, mientras que, sentada a la entrada del sepulcro abierto en la roca, conjeturaba; ¿qué había sucedido? ¿hacia dónde lo habían llevado y por qué lo trasladaron de aquellos sitios, en el silencio de la noche? (*)

La inquietud, que asumía proporciones de desesperación, la iba dominando lentamente.

El sol matizaba las nubes grisáceas y el viento frío sacudía las pocas anémonas y escasas rosas que había entre los arbustos.

En su mente resonaban las voces de los mancebos de blancas vestimentas que le dijeron: "No tengas miedo, porque sabemos que buscas a Jesús, que fue crucificado. Él no está aquí, porque ya resucitó..."

Ella creía que el Maestro, conforme lo anunciara, resucitaría de entre los muertos. No obstante, temía que los judíos hubiesen robado su cuerpo.

Atemorizadas, Juana de Cusa, María, la madre de Marcos, y las otras compañeras, descendieron a la ciudad para anunciar la desaparición del cuerpo del Rabí.

Pedro y Juan subieron al monte y constataron los hechos: los lienzos, con las sustancias aromáticas del embalsamamiento en el túmulo vacío, el sudario, la piedra apartada...

Aterrados, los dos discípulos retornaron a la ciudad con las tristes nuevas, en cuanto ella quedó llorando. Los acontecimientos de aquellos últimos días habían sido muy dolorosos y sorprendentes. No conseguía comprender ni coordinar lo sucedido.

Un profundo dolor le oprimía el corazón. Todo fue muy rápido. Tuvo la impresión de que una brisa levemente perfumada, la había envuelto.

Volvió la cabeza y por entre las lágrimas vio, a pocos metros, a un hombre que le preguntó:

—"Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas...?" ¡Aquella voz, aquel perfil! No pudo continuar razonando.

—"¡María!"

—"¡Raboni!" (1).

Quedó deslumbrada. ¡El Maestro vivía y allí estaba, radiante, como la madrugada naciente!

—"¡No me detengas...! ¡Ve a mis hermanos y diles que yo sigo hacia mi Padre, que es vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios!"

La luz dorada del amanecer incidía sobre su vestimenta que fulguraba, y miríadas de pequeños soles, parecían incrustados en Él.

Quedó alelada de felicidad. Deseó expresar con palabras las impresiones incomparables, así como los dolores que le tocara vivir hacía poco. No pudo hacerlo; su voz estaba muerta en la garganta rígida y oprimida. "Ve junto a mis hermanos y diles..." —repetía en la intimidad de su ser.

Se puso de pie. Sonrió, y sin más demoras, marchó rumbo a la ciudad que despertaba, con el alma envuelta en cánticos de alegría.

El aire leve de la mañana embalsamada con los últimos perfumes de la estación, el verdor de los campos de Acra y Bezeta, más allá, el paisaje resplandeciente de sol derramando oro sobre los picos de los montes: tal era el escenario sublime en el cual Él volvía.

Venció, febril, la distancia que la separaba del cenáculo donde permanecían los compañeros, y los encontró preocupados y recelosos.

Flotaba en el ambiente triste, la sombra del disgusto. Tan pronto como atravesó la puerta, dijo, con voz cantarina:

— ¡Yo lo vi! ¡He visto al Rabí! ¡El Maestro ha vuelto a los que Lo amaban!

Sonreía y lloraba. Tartamudeando, con el rostro enrojecido por la emoción, prosiguió:

—Me mandó que Lo anunciara a sus hermanos. Se elevará al Padre. Oíd bien: ¡Jesús vive!

Todas sus fibras se estremecían, como si fuesen a disgregarse. Su voz vibraba en armonías que no encontraban receptividad en el corazón de los compañeros. Era lógico: hacía apenas algunas semanas que ellos la conocían.

—¡Cuéntame, hija! — dijo María ansiosa, ya que era su madre — Dime todo. ¿Mi hijo volvió?

Su voz temblaba de comprensible emotividad.

—No lo creo, —gritó alguien, entre los compañeros—El Maestro murió y nos dejó a solas en esta dificultad... No creo en su retorno. Sólo si me fuese posible verlo...

Ella recorrió el recinto con la mirada, buscando al contradictor.

Él avanzó en su dirección, con la faz contraída en un rictus de ira y desencanto. Y antes de que ella dijese algo, él se interpuso frente al auditorio perplejo, atónito, y vociferó:

—Y aunque Él viniese...

Se interrumpió, produciendo una pausa.

—¿...a quién habría de presentarse? Seguramente que sería ante Simón, que fue elegido por Él para conducirnos; o a Juan, a quien siempre distinguió con su amor; o a su madre...

Dejaba traslucir en el tono sarcástico y burlón de su palabra cortante, toda la acedumbre de su espíritu atormentado e infeliz. Y luego de una pausa mayor, ante la estupefacción de todos, agregó:

— ... ¿Pero aparecer ante ti? No, no lo creo. No lo creamos. No es posible que Él haya aparecido justamente delante de ella. ¿No estuvieron otras en el sepulcro? ¿Juan y Pedro no fueron allá? ¿Por qué a ella...?

Fue como si una lluvia de hielo y malestar hubiera caído sobre todos.

Un silencio incómodo invadió la sala.

Ella retrocedió.

Las indagaciones finales fueron crueles puñaladas. "¿A ti?" "¿Por qué a ella?". Estas palabras eran ácidos quemándola interiormente. No obstante, venciendo el propio sufrimiento y con gran esfuerzo, respondió con voz débil:

—¿Es verdad! Aunque no lo creáis, yo lo vi. A pesar de mi antigua e infeliz condición — balbuceó, humillada— fue ante mí que apareció hace poco el Rabí...

—Yo lo creo, hija —acentuó la nostálgica madre— Un presentimiento secreto me dice que mi hijo vive. Yo lo creo, porque sé que nuestro dolor y nuestra añoranza están con Él, así como su recuerdo permanece entre nosotros.

La abrazó dulcemente y trató de oírla con cariñosa atención.

Mentalmente, ella rehízo los caminos recorridos — ¡largos y tortuosos!

Muchas veces, la bofetada habría de resonar en su rostro. Era natural que dudasen de su palabra. Ella misma se sentía que era toda podredumbre. De no haber mediado el llamado del Rabí, estaría, tal vez, tirada en el jergón de la infinita miseria o en la total destrucción. Y muchas veces, en el futuro, habría de vertir al máximo el llanto de la recuperación, por haber sido tan alocada.

Es común proclamar la virtud, meditaba, e impedir su propagación. Sólo ella sabía cuántas nuevas tentaciones estaba tratando de superar.

Fácilmente se impreca contra el error, pero bien pocos son aquellos que extienden las manos convertidas en palancas de resurgimiento, capaces de erguir o amparar a las víctimas de la ignorancia y del crimen.

No deseaba justificarse. Su conducta fue incalificable. Ella fue abyecta, sí, lo reconocía.

En Magdala, su nombre y su manera de vivir formaban parte integrante del rumbo de degradación que seguía la ciudad.

Allí se había establecido.

* * *

Magdala era un centro comercial e industrial muy próspero. Hacia ella afluían mercaderes y aventureros de todo Oriente. Reclinada sobre los bordes del mar, gozaba de un clima benigno, y sus aguas parecían privilegiadas por la variedad de peces que la enriquecían.

Lugar de reposo, recibía viajeros ilustres y nobles griegos, romanos, babilonios, fenicios y medos que disputaban sus amenos sitios y lograban negocios rendidores y placeres fáciles.

Como es de suponer, afluían también allí, aventureros y cortesanas de cuerpos cansados, que exhibían la mercadería de su propio sufrimiento, en lujosas residencias, durante noches de orgía y locura, descendiendo por el camino que conducía a la total caída moral.

Después de dolorosas y rudas experiencias, ella consiguió adquirir en la ciudad famosa, un lujoso palacete embellecido con jardines y un pomar inmenso, donde los sicomoros antiguos y vetustos, confraternizaban con plátanos, rosales y madre selvas pequeñas.

En su casa, recibía a los hombres más importantes que transitaban por la urbe agitada.

Era muy joven; el licor de la juventud corría espirituoso y seductor, atrayendo compradores ricos, que se disputaban la vanidad de conseguirlo.

La noche fue siempre su compañera discreta, puesto que al caer las sombras y al encenderse las lámparas y las antorchas, la vieja puerta de roble, en los muros externos, daba acceso a aquellos que, en la vía pública, por preconceptos e hipocresía, ostentarían el honor de apedrearla, tan pronto se les presentara la ocasión...

Poseía en su vivienda de líneas griegas y sobrias, todo cuanto la ambición podría codiciar: joyas exóticas de precio elevado, perfumes raros y esencias originales en recipientes de alabastro trabajado, alfombras persas y babilónicas, arcas de cedro abarrotadas de sedas y damascos, muebles de caoba artísticamente labrados, monedas de todas las procedencias, siervos originarios de varios países... todo cuanto la vanidad dice que produce felicidad. Pero no se sentía feliz ni dichosa.

En la inmensa y rica residencia, llena de preciosidades, se sentía vacía, vulgar y atormentada. Su aspecto de mujer rica no modificaba su condición infame de pobre meretriz, que comerciaba los perfumes de la ilusión.

Sufría una indecible amargura.

En largas y tristes noches de soledad, le parecía escuchar voces burlonas que espoleaban su desdicha, y casi siempre, experimentaba los incomparables tormentos de la obsesión pertinaz, en su mente y en sus carnes cansadas y doloridas.

Decían que era una endemoniada, y temía serlo.

Las mujeres que vivían en la ciudad la envidiaban y la detestaban; al mismo tiempo, los hombres la inquietaban persiguiéndola.

En el borde del abismo de pasiones aniquiladoras en que se encontraba, tenía ansias de paz y deseaba un amor —un extraño amor— un extraño amor que ambicionaba secretamente, y que no había podido encontrar.

El amor que conocía era, en realidad, lujuria y sinsabor.

Creía en un amor que fuese hecho de paz y ternura, entrega plena y tranquilizante. Sin embargo, pensaba que nunca habría de vivirlo. Era sumamente infeliz, y sólo esperaba que un día no muy lejano, tendría que sufrir e salvajismo de algún guerrero déspota, o ser lapidada por el falso pudor, en una plaza...

De corazón generoso, sentía placer en ayudar y porque era infeliz, comprendía el dolor de los que sufrían y se apiadaba de la aflicción de los desdichados. Sus manos y dedos enjorjados derramaban monedas y ofrecían pan, y si bien es cierto que las puertas de su casa se cerraron muchas veces ante los esclavos del placer, sus siervos tenían severas órdenes de abrirlas al dolor y al sufrimiento de los que buscaran ayuda o refugio.

Cuando la serenidad se adueñaba de su mente, volvía a su infancia feliz, y esto le producía un estado de ensueños y arrobos festivos que bien pronto eran interrumpidos por la hiriente realidad que la circundaba.

El nombre de Él resonaba en lo íntimo de los corazones, como la suave melodía de un arpa que era tañida a lo lejos.

Todos comentaban: — El dolor huye al contacto de sus manos, y la luz dilata pupilas muertas; una alegría espiritual invade a aquellos que conviven con Él y una esperanza extraña y dulce estimula los corazones, donde Él se encuentra.

Las siervas hablaban de Él, con extraña fascinación en la mirada, antes mortecina y sin vitalidad. Lo llamaban El Libertador, y agregaban, que no era un libertador común, de esos que prometen quebrar las cadenas de hierro de la esclavitud política y social, sino un singular salvador que ofrecía paz perenne y total libertad, mediante una tranquilidad y seguridad íntimas, independientes de la situación física por la que estuvieran pasando.

En las plazas o en las playas, y también por los caminos, las multitudes Lo seguían deslumbradas, como si Él exhalase felicidad, en aquellos días rudos de probaciones y miserias.

Una noche embalsamada de perfumes primaverales, instada por una sierva de confianza, afectuosa y fiel, accedió a un diálogo sobre Él.

Tenía el corazón oprimido, y sentía una gran aflicción producida por fuerzas desconocidas, que le atenaceaban el espíritu, perturbando su razón y amargando sus horas.

La joven, que Lo había escuchado en la víspera, habló sin reservas:

— Señora, hoy Él pernocta cerca de aquí, en Cafarnaúm. ¡Id a verlo, señora!

La voz era casi una súplica. Danzaban en su mente las fantasías de su desesperación, y aun así, consideró:

—¿Me recibirá, tu Rabí? — indagó con desprecio de sí misma— Los Rabies son puros y detestan a los infelices, puesto que levantan la voz para amenazar con castigos y puniciones a aquellos que, como yo, cayeron en las rampas de la desgracia...

— El Rabí —esclareció la joven, entusiasmada— ama a los que sufren, y conversa con todos, enseñándoles que las impurezas, muchas veces, están tan ocultas, que nadie las ve, y que, no obstante, eso todos somos dignos de comprensión y ayuda.

—Sí, pero yo soy diferente. Tú sabes qué soy... (Lágrimas ardientes y consoladoras fluyeron de sus ojos, como hacía mucho que no vertía).

— Señora, Él dice que vino en busca de lo que estaba perdido.

—¡Soy una condenada, dominada por espíritus inmundos!

—Él es la Puerta de la redención.

— ¡Vamos, señora! ¡Él os recibirá!

La noche balanceaba luces menudas en el firmamento oscuro, cuando una embarcación surcó las aguas, rumbo a Cafarnaúm.

— Regresará —comentaban, burlonamente, unos.

— ¡Siempre fue loca! —se mofaban otros.

— La ciudad no la perderá; ¡volverá a las noches de placer! —agregaban los más cínicos.

Transcurridos algunos días...

El diálogo fue breve. Empero toda una vida, desfiló por él. Al retornar, no era la misma. Una extraña y poderosa transformación interna imprimió en sí misma esperanzas y nuevos ideales antes no soñados.

Se sintió morir mientras Lo escuchaba, y sentía revivirse al retornar.

A la mañana siguiente, Magdala supo, asombrada, la noticia de la conversión de la pecadora. Distribuyó todo cuanto poseía, y con lo estrictamente necesario, inició una nueva vida.

Magdala era una ciudad paradójica. Rica y deslumbrante, hospedaba a esos caracteres exóticos y estrafalarios que en todas las épocas pululan por las ciudades donde reina el lujo y el placer.

Había en Magdala un hombre de hábitos extraños.

Se llamaba Simón, y se permitía el devaneo de recibir a las personas ilustres que estaban de paso por la urbe famosa. Simón era fariseo; tenía el orgullo de ser celoso de las tradiciones de exhibir su fortuna personal.

Por su palacio desfilaron respetables figuras de las artes y del pensamiento, genios de las guerras y de las leyes, sacerdotes y magos de renombre. Los banquetes con que los homenajearon, a todos ellos, rindiéndose culto a sí mismo, fueron comentados por toda la ciudad, durante mucho tiempo.

Simón, como todas las personas de Magdala, había oído hablar de Jesús. Arrebatado por la notoriedad del Galileo, tuvo la idea de invitarlo a su hogar, presentarlo a los amigos y dialogar con Él.

Tal vez, pensaba Simón, Él fuese el Esperado Libertador, conforme le informara un rico mercader, y sería prudente ser su amigo, para compartir su intimidad en la hora del triunfo; si fuese un Rabí auténtico, sería honroso para él recibir a un hombre santo, en aquellos días de franco profetismo en Israel.

Sabiendo que el Maestro se encontraba próximo a Magdala, envió emisarios expresamente a invitarlo. Habiendo aceptado la invitación, el Rabí y dos de sus discípulos, llegaron a la casa engalanada, en medio de la curiosidad de los que se situaron a la vera del camino por donde debían pasar, y fueron recibidos con expresiones de júbilo y mal disfrazada mofa.

Tan pronto como fueron introducidos en la mansión, fue servida la comida.

Los divanes distribuidos en el gran salón recibieron a los convidados, confortablemente, y los siervos, conduciendo pequeñas mesas abarrotadas de manjares exquisitos y frutos secos, comenzaron a servir obsequiosamente.

Arpas ejecutadas suavemente, envolvían la amplia sala de triste melodía. No obstante, el ambiente era pesado.

Simón miraba de soslayo al Extraño, que parecía lejano. Entre los convidados, se había alojado un silencio incómodo que tornaba la fiesta insípida y desagradable.

Las motivaciones de las charlas redundaban en respuestas que eran simples monosílabos sin interés.

El banquete llegaba casi a su fin, cuando se oyeron gritos y voces violentamente alteradas; súbitamente irrumpió en la sala la figura desgreñada y llorosa de una extraña mujer. Tenía los cabellos despeinados y adheridos a su amplia frente, bañada de sudor; sus ojos brillaban intensamente fuera de las órbitas; los pómulos salientes y enrojecidos parecían manzanas maduras; y su vestimenta estaba totalmente desaliñada...

Ella miró a su alrededor como si buscara a alguien y semienloquecida, se arrojó a los pies del Rabí, que permaneció impasible, en la posición en que se encontraba.

Todo fue tan rápido, que Simón no tuvo tiempo de tomar ninguna actitud. ¡Estaba estupefacto! Conocía a aquella mujer. Había visitado su casa y había participado en ella, de alguna noche de orgía...

Por un instante, lo dominó una extraña sensación. Un sudor frío y abundante comenzó a correrle, desagradablemente.

Su hogar honrado, acogía a una mujer de mala vida. Deseó expulsarla. Hasta intentó hacerlo. Sin embargo, temió.

Conocía el coraje de ella, su audacia, puesto que se había atrevido a presentarse allí ...

¡Era María!

Trastornada por la victoria que experimentó desde el encuentro con el Rabí, se sintió liberada de los siete espíritus demoníacos que la tornaban infeliz. Era otra, estaba totalmente renovada.

¡Cuánto había sufrido bajo ese yugo!

Experimentó en sus más variadas formas, mortificaciones, desesperaciones sin par y crisis terribles de languidez y pavor. Empero, desde que Sus ojos claros incidieron sobre ella la noche que Lo fue a ver, se sentía libre.

Una nueva alegría como jamás la experimentara antes, se adueñó de su espíritu aturdido y sufriente. Se sentía esperanzada, a pesar de haber salido recién del pantano. Conjeturando, recordaba las palabras de Él en el encuentro inolvidable: "Hay flores perfumadas y de blancura inmaculada, que derraman su aroma sobre el lodo, que sostiene sus raíces..."

Reconstruiría lo andado. Lucharía. Y tras liberarse de la carga de todo lo que poseía, deseó mostrar públicamente las señales inequívocas de su transformación.

El banquete de la casa de Simón, a quien ella conocía, significaba su oportunidad. No titubeó. Podría ser expulsada o tal vez, lapidada. No tenía por qué recelar. Si fuera necesario rescatar con sangre sus culpas, estaba dispuesta a lavar así su propia vergüenza.

Animada por tales pensamientos, continuó avanzando, con la mente afiebrada de esperanzas. Y allí estaba. Todos la miraban con desagrado.

Las lágrimas fluían de sus ojos, cayendo sobre los pies de Él. Los secó con sus cabellos, y abriendo un recipiente de alabastro que llevaba consigo, derramó el unguento en los pies del Rabí, balsamizándolos con piadoso cariño. El perfume de rara esencia invadió el recinto, y ella continuó repitiendo el generoso gesto.

Él, nada dijo; como si nada sintiera.

El almuerzo había concluido fríamente. Los demás convidados, no trataron de disimular el disgusto que todo eso les había provocado.

Airado y entre dientes, Simón protestaba:

—"Si éste fuese profeta, bien sabría quién es y cuál es la condición de la mujer que lo tocó, pues se trata de una pecadora."

Jesús dirigió hacia él sus ojos puros, y con serena entonación de voz, le dijo:

—"¡Simón! Debo decirte una cosa."

—"Dímela, Maestro."

—"Un cierto acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos y otros cincuenta denarios. No teniendo ellos con qué pagar la deuda, los perdonó a los dos. Dime, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?"

Simón sonrió por primera vez. Era astuto y hábil en los negocios. Instado a la conversación directa, respondió con alegría:

— "Creo que aquel a quien perdonó más."

— "Juzgaste bien."

El Rabí dirigió su mirada hacia la mujer atormentada, y preguntó nuevamente a Simón:

— "¿Ves esta mujer? Entré a tu casa, y no me diste agua para mis pies; pero ella me los lavó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos. No me diste el ósculo, y ella, desde que entró, no cesa de besar mis pies. No ungieste mi cabeza con óleo, sin embargo, ella ungió mis pies con unguento... Por eso te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque mucho amó; pero aquel a quien poco le es perdonado, poco ama."

Simón estaba asustado. No comprendía aquellas palabras claras, tal vez por el impacto de las desordenadas emociones que bullían en su espíritu atormentado y pusilánime.

Abrió desmesuradamente los ojos y miró al Rabí.

El Maestro se puso de pie y ofreciendo la mano a la pecadora, le dijo con dulzura:

— "Tus pecados te son perdonados... ¡vete en paz!"

Ella se levantó de un salto, rebosante de felicidad, y emitiendo una sonora carcajada, salió corriendo, tal como había llegado. Todas las alegrías cantaban en su corazón.

Desapareció de Magdala.

Sin embargo, todas las tardes y en medio de la multitud, ayudando a los niños enfermos, ofreciendo sus ojos a los ciegos y sus manos a los de andar inseguro, arrepentida y ansiosa por la propia renovación total, siguió a Jesús de ciudad en ciudad, por donde Él fuese...

Algunos días después, entró con los demás galileos, jubilosos, en Jerusalén. Empero, había tanta tristeza en Él, mientras cabalgaba en el jumento, que se entristeció, también.

* * *

Continuó repasando los acontecimientos, con la mente atribulada.

La denuncia de Judas, la prisión de Él, el juicio arbitrario, la caminata hacia el monte de la Calavera... Hubiera dado la vida, por disminuir Sus sufrimientos. Cuando con las otras mujeres que Lo seguían, Lo vio caer, corrió a ayudarlo.

El, estoico y sublime, como siempre, les habló por entre los labios macerados y heridos:

— "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque días vendrán en que diréis: "Bienaventuradas las estériles y los vientres que no engendran y los pechos que no amamantan! Diréis a los montes: caed sobre nosotras y a las colinas: cubridnos. Porque si al madero verde le hacen esto, ¿qué no le harán al seco?"

Carcajadas burlonas estallaron en la multitud... Finalmente, la dolorosa hora de la Cruz.

Ante las lágrimas de Su Madre, hizo el legado de la fraternidad universal, entregándola a Juan, y éste a aquélla. Él quedó en el madero de la infamia.

Viéndolo desangrado y casi exánime en los postreros instantes, tuvo miedo de enloquecer de dolor al lado de Su Madre, pero en ese momento notó que la cruz, símbolo tradicional de punición, se transformaba, después de Él, en un camino seguro de sublimación: un rumbo cierto hacia la Inmortalidad.

Cuando Su cabeza pendió, deseó balsamizar sus pies y besarlos con ternura, pero se sintió inmovilizada...

* * *

Abrió los ojos doloridos de llorar ante las recordaciones.

—¡Buen ánimo, hija! —manifestó tiernamente la Madre sublime—. Nuestros dolores están con Él.

— Yo lo vi, madre — balbuceó.

—Lo creo, hija. Lo creo, sí. ¡Sé que mi hijo vive!

* * *

Los días transcurrieron llenos de añoranzas y recuerdos. Volvió con los compañeros a la Galilea bella y generosa, a las aguas inquietas del mar que Él tanto amó.

La frase terrible con que el compañero invigilante la satirizó, continuaba persiguiéndola mentalmente. Y allá, Él reapareció y habló demoradamente a todos, casi quinientos, exhortándolos a la propagación de sus "dichos" y a la edificación del Reino de la luz en las fronteras del espíritu.

"Id y predicad a todas las gentes... "En el mundo, sólo tendréis aflicciones... "Recordaos de mí, que vencí al mundo... "Yo os envío, como ovejas mansas..." Sonaban en el aire las nuevas enseñanzas...

Ayer fueron las noticias traídas por los que recorrían los caminos de Emaús, hoy era la pesca incomparable... Ausente, Él jamás estuvo tan próximo, inundando los corazones con Su presencia inconfundible.

Era el ministerio que comenzaba para ellos...

Cuarenta días después de los terribles acontecimientos, Él apareció ante Su Madre y los Once que estaban en Jerusalén, y los llevó a Betania. Todos Lo siguieron ansiosos, felices, como en los días idos...

No obstante, no era una jornada como otrora. Entre ellos había felicidad y también temor. La felicidad del reencuentro y el temor por la flaqueza que habían demostrado.

Cuando llegaron a la cumbre de la montaña, con la ciudad resplandeciente a sus pies, sus compañeros le preguntaron:

— "¿Señor, restaurarás, ahora, el reino de Israel?"

El Maestro los miró con aquella tristeza del pasado. Los amigos aún no comprendían cuál era Su Reino, reino sin dimensión geográfica ni política, perdiéndose en las galaxias del firmamento...

Les respondió con un acento que exhalaba infinita comprensión:

— "No os corresponde saber los tiempos o las épocas que el Padre estableció por su propio poder."

Y ante la muda interrogación de todos, agregó:

- "Recibiréis las virtudes del Espíritu Santo, que ha de caer sobre vosotros; y seréis mis testimonios en Jerusalén, así como en toda la Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra."

Todos estaban con los ojos fijos en Él, y sólo entonces percibieron que Él ascendía lentamente, con las manos dirigidas hacia ellos en un gesto de cariño, envuelto de vestimentas luminosas hasta que desapareció en las alturas...

Después de luchas tiranizantes consigo misma, experimentó la soledad y el abandono, cuando todos se fueron a predicar y vivir el Mensaje.

Permaneciendo sola, vagaba por las playas lejanas que Lo evocaban, y fue allí donde encontró leprosos que venían de lejos a buscar el socorro de Sus manos, y como llegaron tarde, los abrazó como a hermanos y partió con ellos para el valle de los inmundos, cantando salmos de felicidad...

* * *

Rediviva desde el momento en que lo conoció, aquella cuya experiencia y amor al Maestro la convirtieron en lección viva que continúa venciendo a los siglos, al morir en las puertas de Éfeso, buscó la Vida en los brazos de Jesús.

(*) Mateo, 28: 1 al 10.

Marcos, 16: 1 al 11.

Lucas, 7: 36 al 50 y 24: 1 al 11.

Juan, 20: 11 al 18.

Actos, 1: 6 al 8.

(Nota de la Autora Espiritual).

(1) Título honorífico usado entre los judíos, que significa maestro.

(Notas del traductor).

Id, y conquistar la Tierra

La añoranza persistía, como un aire misterioso, en todas partes. (*)

En la Galilea, todo era evocaciones: el escenario del mar rumoroso y pródigo, inmenso y abundante en peces, que Él tanto amara; las ciudades ribereñas, adornadas con cercas floridas y enormes pomares; ¡las mesetas coronadas de trigo, que Le inspiraron las inconfundibles parábolas...! ¡Todo en la romántica Región de las almas simples del pueblo, estaba marcado por el sello de Su mansedumbre! Los mismos montes, serenos y cansados de permanecer bajo los vientos, el sol y las lluvias, parecían recordarlo. ¡El Jordán, con la cantilena de sus aguas murmurantes, llevando sal hacia el mar muerto, también Lo evocaba! Todos los rincones, en aquella Galilea de amores simples y gente apasionada, de fe abrasadora y corazón de niño, guardaban los vestigios vivos de sus huellas. A esos caminos y parajes, Él los había recorrido con las más expresivas muestras de cariño.

Caná fue señalada por el admirable fenómeno de la transformación del agua en vino; Magdala, que lo acogiera más de una vez, era la antigua residencia de la mujer atormentada que Él liberó; Naim fue recordada por la recuperación de la niña, aparentemente muerta; y Cafarnaúm, Tiberíades, Nazaret, las pequeñas ciudades de Samaria, todas ellas eran recuerdos impregnados de Su presencia...

En Judea, salvo raras excepciones, cobraban vida las escenas evocadoras de la traición, de la pasión, de la soledad, del presidio, del suplicio, de la muerte... ¡y de la resurrección!

Y fue justamente, en los lugares hermosos y queridos de aquella Galilea sencilla, que Él asciende frente al inolvidable mar al atardecer ... Y galileos también fueron sus discípulos, menos Judas, que había nacido en Karioth, en la Judea...

Por aquel entonces Jerusalén parecía más cruel. En ella se respiraba un ambiente poco tranquilizador.

Continuaban allí, porque para ese lugar habían sido designados casi ciento veinte de aquellos "quinientos hermanos" que fueron testimonios vivos de Su ascensión...

Aquellos que más convivieron con Él, se reunían frecuentemente en el cenáculo, donde algunos residían, aguardando las respuestas que pudiesen aclarar sus inquietudes.

A pesar de la comunión mantenida con el Rabí, no se sentían preparados para el ministerio a que fueron convocados. Estaban inseguros.

Hasta no hacía mucho, los alentaban los reencuentros inesperados, las noticias constantes, las visiones, los diálogos incomparables ...

Empero, ahora se sentían sumergidos en una nostalgia irreprimible que los abatía, sin saber cómo o por dónde comenzar. Reconocían su propia ignorancia y limitación.

No se atrevían siquiera a reorganizar el grupo, que quedara incompleto con la deserción de Judas, el compañero engañado.

Aquella, era una ciudad políglota.

Como consecuencia de ello, era muy difícil entenderse, aun entre los propios compatriotas.

La lengua hebrea era "santa", porque en ella estaban escritos los Libros, porque era heredera de todas las tradiciones de la raza y porque estaba consagrada a todas las cuestiones del Señor. Sin embargo, para ellos, hombres muy simples e ignorantes, el dialecto de su región les resultaba más fácil y canoro. ¿Cómo enfrentar dificultades como éstas?

Se reunían para evocarlo, discutir Sus hechos, enriquecerse de piadosa emoción y llorar de añoranzas y de júbilo por saberse escogidos, no obstante...

* * *

Pentecostés (1) tenía una significación muy especial para el pueblo, en todo Israel. Y en aquel día consagrado al Quincuagésimo, se habían reunido con espíritu festivo.

Después de realizar una especie de sorteo por inspiración superior, Matías había ingresado al Colegio Galileo y su elección fue recibida con alegría por todos. Pese a ello, se sentían más nostálgicos que en días anteriores y experimentaban la impresión de que algo estaba por suceder.

La Ciudad estaba superpoblada de peregrinos. El barullo de las calles llegaba al recinto donde ellos se encontraban. Guardaban en el corazón, emociones que no conseguían traducir.

De pronto, "vino del cielo un sonido, como si fuese un viento ardiente e impetuoso, que llenó toda la casa donde se congregaban. Ellos pudieron ver lenguas de fuego que se fueron posando sobre cada uno de ellos. Y todos, envueltos por el Espíritu Santo, comenzaron a hablar en otras lenguas..."

Parecía que habían caído escamas sobre sus ojos, y que sombras espesas los envolvían mentalmente. Un discernimiento vigoroso los dominó a todos y la lucidez y la seguridad se manifestaron en palabras que, atropelladas al principio, fluyeron de sus labios cual si un éxtasis singular se hubiese apoderado de ellos.

Abrieron las ventanas y las puertas, y dominados por el impulso irrefrenable que los guiaba, salieron a la calle hablando sin saber qué o el porqué de esas expresiones que les eran desconocidas.

Mentalmente, experimentaban la impresión de estar navegando por ríos insondables, por donde anteriormente jamás se habían deslizado.

Una suave brisa parecía acariciarlos mientras sus corazones aceleraban el ritmo, presas de una indescriptible ventura. Las venas en las sienes dilatadas latían al impulso del torrente

sanguíneo. Los ojos estaban brillantes y fijos; mostraban una palidez cadavérica, y en cuanto los bañaba un sudor abundante, el verbo fluía bajo un extraño y vigoroso comando.

Atraídos por el inusitado acontecimiento, los transeúntes se acercaron, y, curiosos, se pusieron a comentar. Allí había habitantes de todas las provincias y de países remotos: "partos y medos, elamitas y los que vivían en la Mesopotamia, en la Judea, en Capadocia, el Ponto, en el Asia, Frigia, Panfilia, en Egipto y en algunas partes de Libia, ubicados junto a Cirene; también había forasteros romanos, judíos prosélitos, cretenses y árabes... y todos ellos los escuchaban hablando en sus propias lenguas de las grandezas de Dios. Estaban sorprendidos y maravillados, y se decían entre sí: "¿Qué significa esto?"

Y preguntaban: ¿No son galileos éstos que así nos hablan? ¿Cómo es que saben nuestros idiomas tan diversos y complejos...?

Luego de transcurrido el primer momento, alguien insinuó burlescamente: "¡Están llenos de mosto!"

Carcajadas y gritos irónicos acompañan a los más exaltados que exclaman perentoriamente:

— ¡Acabemos, ya, con tanta cháchara!

Sin embargo, ellos, incorporados como estaban por el Espíritu Santo y siendo Embajadores de Jesús, predicaron, transfigurados, dando comienzo a la Era Nueva del Espíritu Inmortal que había sido inaugurada por el Rabí Resurgido.

Las "Voces del Cielo" habían descendido, y la mediúmnidad ofrecía la comunión perfecta con la Inmortalidad. La "Iglesia Triunfante" levantaba en los corazones a la "Iglesia Militante". El Consolador se derramaba como primicia, teniendo como objetivo el futuro lejano que un día traería nuevamente al mundo y al hombre conturbado, el mensaje de vida, verdadero renacimiento del Cristianismo puro, profético y regenerador. (2)

La xenoglosia, irrumpiendo en los continuadores del Maestro Crucificado, producía admiración. (3)

Los glosófalos proseguían inmunes a la ironía, cuando Simón, notoriamente mediumnizado, con el semblante irradiando suave claridad, se adelantó y tomando la palabra, exhortó, elocuente.

No parecía el antiguo hombre del mar. No había en él más señales del pescador de las aguas de reflejos plateados, hábil manipulador de las redes. Ahora, su palabra y su corazón eran red y barco sublime en el mar de la esperanza. Estaba atendiendo una nueva pesca: la de la criatura humana para el Reino de Dios.

* * *

Erecto, confinante, dijo con voz firme:

"Varones judíos y todos los que habitáis en Jerusalén..."

La palabra ardiente, vibraba con fuerza y belleza. Mentalmente, volvía a verse en el Tabor y recordaba la Transfiguración del Maestro. La escena inolvidable desfilaba por su cerebro con incoercible rapidez. Sus ojos se humedecieron ante la visión psíquica del Señor, acompañado por Moisés y Elías, vestidos resplandecientemente...

Las lágrimas se deslizaron tibias por la faz marcada por las luchas. Con inconfundible verbo, prosiguió:

"Estos hombres no están embriagados como pensáis, siendo la tercera hora del día. Ya lo fue dicho por el profeta Joel:

"En los últimos días sucederá, dice Dios,

"que de mi Espíritu derramaré sobre toda la carne;

"vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán,

"vuestros mancebos tendrán visiones,

"vuestros ancianos soñarán...

"Y también derramaré de mi Espíritu

"sobre mis siervos y mis siervas,

"en aquellos días,

"y profetizarán ..."

Hizo una pausa. El silencio era total. Se había producido un respeto natural, y el aire transparente dejaba al descubierto el azul brillante del firmamento.

Los galileos recordaban los escenarios donde Jesús había predicado, las anémonas rojas, tiñendo los campo verde-oscuros ...

"Haré aparecer prodigios en lo alto, en el cielo,

"y señales en la tierra...

"El sol se convertirá en tinieblas,

"la luna en sangre,

"antes de que llegue el glorioso y gran día del Señor!

"Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del

"Señor

"será salvo",

"Varones israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús Nazareno, varón designado por Dios entre vosotros ..." Todos lo vimos realizar prodigios en la siembra de la Verdad, y sabemos

que fueron realizados por ese Embajador y Excelente Hijo de Dios. Después de la crucifixión infamante que le impusimos por nuestra liviandad, resucitó de los muertos y apareció ante nosotros, eligiéndonos para mantener vivo y claro el sol de su amor en el rumbo de los espíritus. "Sepa, pues, con certeza, toda la casa de Israel, que, a ese Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo hizo Señor y Cristo." Meditad y arrepentíos, libertándoos de la hiena de la codicia, de la cólera y de todas esas pasiones que famélicas y despiadadas os persiguen...

La voz se elevaba sonora e incomparable, y en cuanto era modulada, iba impregnando los espíritus y los corazones.

Todos los que la escucharon se sintieron deslumbrados, como si se hubiesen transformado en arpas vivas que fueran tañidas por manos invisibles de destreza poco común.

Conmovidos, muchos de ellos se aproximaron ansiosos y sedientos de paz, dejándose conducir por las vibraciones imponderables que los rodeaban, mientras que la palabra fluyente, concluyó en epílogo impresionante.

Reinaba en el ambiente, un hálito de paz que envolvía a todos. En lo íntimo de cada uno, cantaban las alegrías del momento en mensajes inarticulados.

* * *

Los Espíritus de la Luz los condujeron por los caminos del mundo, levantando a los caídos, consolando a los afligidos, liberando a los obsesados y predicando; todos ellos esparcieron la luz de la verdad, como el propio Maestro lo hizo. De allí, marcharon por toda la Tierra, entonando y viviendo la excelsa canción de las Buenas Nuevas que ahora vuelve a vibrar en todos los rincones del Mundo, conduciendo nuevamente al hombre al corazón del Altísimo, a través de Jesús, el Rey Inconquistado.

*Actos de los Apóstoles - Capítulos 1 y 2.

Para los judíos, Pentecostés celebra el día en que Moisés recibió en el Sinaí las Tablas de la Ley. Inicialmente, era consagrado a traducir la gratitud al Señor por las mieses concedidas al pueblo. Entre los Cristianos, rememora el descenso de las "Voces del Cielo", en el Cenáculo, cincuenta días después de la Pascua. La Pascua, a su vez, recuerda a los Judíos, la salida de Egipto y es celebrada entre ellos, en el 14º día de la primera luna de su año religioso. Entre los Cristianos, es la evocación de la Resurrección de Jesús.

(2) Con Allan Kardec, el Consolador pudo trazar directrices que, hoy, en el Espiritismo, reproducen el sano mensaje del Evangelio en sus bases superiores.

3 Xestoglosía - Mediúmnidad políglota. Glosolalía - Don de las lenguas.

(Notas de la Autora Espiritual).

Simón Pedro: piedra y pastor

La mañana esplendorosa parecía vibrar con la misma imponente alegría que a ellos dominaba. (*)

Aquella era la Galilea querida y noble.

El mar amigo, viejo compañero de las profundas cavilaciones y de largas tareas, se encrespaba en ondulaciones que se deshacían en encajes de blanca espuma, contra los guijarros de la playa tranquila.

Todo cantaba una melodía de felicidad: el aire leve de la alborada, el susurro de la brisa en la arboleda, el trinar de las aves, la orquestación de la naturaleza... y los corazones amantes.

Aquél era el tercer reencuentro con el Maestro, después de los funestos acontecimientos de Jerusalén.

¡Fue todo tan rápido!

Después de lo sucedido, él estaba arrojando la red desde la noche anterior con el ansia de reconquistar la agilidad de otrora, y con su mente ligada a inolvidables recuerdos, cuando oyó la dulce modulación de la voz del Rabí, diciéndole: "Lanzad la red para la banda de la derecha del barco, y encontraréis".

Lo hizo maquinalmente, como en los días idos.

Al intentar levantar las cuerdas se extasió, la abundancia de peces era sorprendente. Sólo entonces reparó que estaba desnudo. Se ocultó en el barco tosco y recompuso su túnica. Agudizó la mirada, y allá en la playa estaba el Maestro.

La circulación desacompasada, le provocaba mareos y todo él era un cántico de indecible alegría. No esperó que el barco se aproximase a la playa. Se arrojó a las aguas.

Cuando los otros llegaron con los peces, el Amigo tomó uno, lo asó en las brasas de una hoguera improvisada y comió con ellos...

—"Venid a comer!" — dijo con naturalidad.

Se repetían las escenas de los días transcurridos. La distancia en el tiempo se extingue, y todo continuaba como si nada hubiera sucedido. Sus ojos brillaban más y había en aquel rostro, otrora impregnado de melancolía, la emanación de un amor indescriptible.

—"Simón, hijo de Jonás, ¿tú me amas más que ellos?"

¡Cómo lo amaba! Se había dado íntegramente a la Buena Nueva, desde el momento en que Su voz lo llamó para pescar almas en el océano de los hombres. ¿Qué podría decir en aquel instante de excelente comunión espiritual?

—"Sí, Señor, tú sabes que te amo".

—"Apacienta, entonces, mis corderos."

Se sentía débil, se sabía débil.

Para seguirlo y sólo por ello, había abandonado esos lugares. Allí había nacido y vivido, y todo su mundo eran aquellos pobres límites, que se podían abarcar de una sola mirada.

¿Cómo podría apacentar ovejas?

—"Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?"

La interrogación fue levemente marcada por la tristeza.

Lo miró con ansiedad. ¿Sería necesario repetirlo?

—"Sí, Señor, tú sabes que te amo:"

—"Apacienta a mis ovejas."

Inmensos son los senderos por donde marchan los pies de los hombres, y lejanas están las tierras donde ellos se encuentran. Se sentía solo, sin fuerzas y triste. ¿Dudaría el Rabí de su dedicación?

—"¡Simón... !"

La exclamación parecía una música producida por cristales que se despedazaban.

— ... "¿hijo de Jonás, tú me amas?"

—"Señor, tú qué sabes todo —no podía dominar las lágrimas espontáneas— bien sabes que te amo", que te di mi vida, tú lo sabes.

—"Apacienta a mis ovejas."

Te digo, Simón "que cuando eras más joven te ligabas a ti mismo y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, otro se unirá a ti y te llevará hacia donde no quieras." Volvió a su mente aquella noche cruel, noche de insania.

Tres veces el Maestro lo indagó, otras tres veces lo habían señalado anteriormente...

—"¿No eres también de los discípulos de este hombre?" — lo interrogó la portera de la casa del Sumo Sacerdote.

—"No soy" —gritó, casi inconscientemente.

Un peso terrible cayó sobre sus sienes congestionadas. Quiso correr y gritar: no sólo Lo conozco, sino que también lo amo; pero no le fue posible hacerlo.

Se mezcló entre los demás con la mente obnubilada, y cuando las antorchas aclararon su rostro, le dijeron, identificándolo :

—"¿No eres también uno de sus discípulos?"

Una cólera sorda resonó en lo íntimo de su espíritu inquieto y habló con resentimiento, sin poder contenerse:

—"No lo soy, nunca Lo vi..."

¡Oh! Cielos, estaba loco. ¡Cómo podía negar al Rabí! ¿Qué fuerza dominaba su flaqueza?

Salió amargado, sin coraje para sobrevivir a tanto desequilibrio, cuando otro siervo del Sumo Sacerdote, le preguntó:

—"¿Yo no te vi en el huerto con Él? ¿No eres Su amigo?"

—"No — respondió con profunda angustia— nunca lo vi."

Y su dolor alcanzó el paroxismo, cuando el gallo cantó, triste, cronometrando su perfidia. Le parecía ver a aquellos ojos mirándolo tristemente. Él mismo había dicho antes: "Por ti daré mi vida." —"Me negarás tres veces, antes de que cante el gallo."

La modulación de Su voz fue inolvidable. Le parecía imposible. ¿Cómo pudo el Maestro vaticinar tan rigurosa y nefasta deserción a su fidelidad?

Y cayó tres veces, a pesar de amarlo. Se sabía débil, pero nunca se supuso capaz de traicionar, de huir, ¡de negar!

No ignoraba la interferencia de las fuerzas del mal. A ellas se había referido el Maestro muchas veces, convidando a la oración y a la vigilancia. Sabía que ellos serían mil veces el blanco de tales agresiones. No obstante, él se dejó engañar, obsesado momentáneamente, y eso le sirvió de grito de alerta para el resto de sus días.

También se había dormido, preso de un extraño cansancio, en el Huerto...

...Y estas tres preguntas, ¿no serían acaso un aviso para profundizar en su mente, los vínculos de su deber?!

El Rabí se levantó y llamándolo, lo instruyó acerca de la dedicación junto a las ovejas perdidas, en los intransitables caminos de la Tierra.

Debía desligarse del carro de las pasiones y morir para cualquier tipo de ansiedad, manteniendo tan solo una pasión: inmolarse por la felicidad de todos.

Juan sería eximido, ciertamente. Debía cantar el Mensaje con la vibración melodiosa de su ejemplo hermoso, como harpa divina ejecutada por una mano vigorosa e ignorada. Él, sin embargo, debería verter el llanto de hiel y desandar los caminos, hasta que otras manos tomasen las suyas y las ligasen con cuerdas...

Se regocijó íntimamente.

Lo dominaba una fuerza extraña y poderosa que emanaba del Benefactor.

Rápidamente comprendió todo lo que antes no había entendido.

Suavidad y dulzura se infiltraron en su ánimo. De formación moral severa, se sentía enérgico y tierno en aquel instante, y haría lo imposible por mantenerse así...

En su mente en fiesta, recordó aquellos casi tres años de convivencia. Era como si el Maestro hubiera venido a darles un curso a ellos, discípulos ignorantes y simples. Y los últimos días en que parecía Ausente y Lo sentían poderosamente Presente, significaba el adiestramiento intensivo para la tarea de la comunión con los hombres.

—"¿Quién dicen los hombres, que es el Hijo del Hombre?" —Recordó la indagación elocuente con que los honró a todos, algunos meses atrás.

—"Unos dicen que tú eres Juan Bautista — respondieron con seguridad — y otros afirman que eres Elías y otros Jeremías o alguno de los profetas" reencarnado...

—"¿Y tú, quién dices que yo soy?"

El día con mil matices, rojo de sol, era un cuadro de incomparable belleza, un pentagrama musical aguardando las notas de una inconfundible melodía.

—Yo afirmo que "tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo." Aquel a quien todos esperamos.

Era como si una extraña voz, hablase por su voz, por su boca...

—"Bien aventurado eres tú, Simón Barjonas, porque no fue la carne ni la sangre quien te reveló".

Yo te digo Pedro, sobre esta piedra, esta verdad, verdad que acabas de proclamar; yo erguiré mi Iglesia, la iglesia de la verdad y de la revelación del Mundo Invisible, porque no fuiste tú quien "habló sino el Padre que está en los Cielos..." y las fuerzas del mal no triunfarán en contra de ella, porque es la Iglesia de la Información de la Verdad revelada.

Él había hablado con el hálito del Padre, se había tornado medianero del Altísimo.

Los compañeros lo miraron conmovidos y las plantas simples y silvestres del campo, liberaron su aroma, balsamizando el aire. Luego, acosado por súbitos recelos relacionados con los padecimientos que el Amigo sufriría, lo apremió de tal forma, que Él exhorto:

—"Apártate de mí, Satanás, que me escandalizas. No comprendes las cosas de Dios y temes pensando en las humanas."

Sin comprender, le preguntó luego, y Él le respondió: —"Es necesario vigilar. Cuando hablaste respecto a mí, fuiste medianero de la Luz Inmarcesible, para tornarte después vehículo de las Tinieblas.

Comprendió entonces, la dualidad del bien y del mal, la incesante lucha por la cual tanto se preocupaba el Maestro.

La muerte, que no consigue segar la vida, es un vehículo que conduce y guarda a los que son sorprendidos por ella y los guarda tal cual eran: sin modificar las preferencias que

tenían durante los días de la experiencia carnal. Conoció al Rabí cuando los desencantos de la vida le encanecían los primeros cabellos.

Acostumbrado a las faenas del mar, aprendió a respetar la Ley y a los Profetas. Entendía poco, pero no desconocía las sutilezas y discusiones que siempre se realizaban en la Sinagoga, ni los argumentos que ellos utilizaban para perseguir y maltratar a los que estaban afligidos y atormentados por sí mismos.

Conocía a los sacerdotes y a los levitas. Ostentaban la blancura de sus vestimentas, pero conservaban negros y sucios los espíritus y los corazones.

Atendía por hábito a los deberes fríos del culto religioso, sin sentir por ello ninguna emoción; sin embargo, amaba a aquel pueblo sufrido de las aldeas ribereñas y de las plazas, de las playas y de los caminos, pueblo que, como él, sufría también sin esperanza.

Cuando el Rabí posó Sus ojos sobre el dolor de la multitud y Su voz sembrara esperanzas en la Playa hermosa, se levantó para seguirlo, olvidado de todo. Tan sólo volvía a las redes en los intervalos de las jornadas o para auxiliar a los compañeros, atendiendo a las necesidades del grupo.

Todas aquellas noches fueron pobladas de esperanza, y todos los días estaban señalados de luz.

El Rabí sabía apaciguar todas las pequeñas disidencias que surgían entre los compañeros.

—"¿Qué venís discutiendo por el camino?" — Vibraban los recuerdos. Ya era en los últimos tiempos.

—¿Discutíais —preguntó entristecido el Maestro que los aguardaba—, discutíais cuál de vosotros es mejor ante mí? Sin embargo, yo os digo, que el más importante será aquel que se torne siervo de todos...

¡Qué lección extraña y profunda! ¡Qué sutileza la del Rabí!

Recordaba la visión del lago y su temor, la tempestad apaciguada, el pago del tributo... todas las evocaciones se tornaban maravillosamente vívidas en su cerebro excitado.

¡Qué difícil le había resultado hasta entonces, comprender la agudeza de Su mensaje!

Ciertamente, era Cephás, Petra, guijarro o piedra, cabeza dura. No poseía sutileza para las cuestiones espirituales.

Roca o piedra —sobrenombre que el Maestro le había dado —, ¿significaría que debía ser firme en su fe y abnegación, comparable a la fuerza y rigidez de la piedra? No podría afirmarlo. Sin embargo, desde la Resurrección se fueron aclarando sus pensamientos y los recuerdos le ofrecían una lucidez soberana.

—"¿Si dejamos todo para seguirte, qué lucro obtendremos con ello?" —Era la manifestación del hombre rudo.

—"Explicanos esta parábola." —Era la expresión de la ignorancia.

—"Enséñanos a orar." —La piedra estaba abriéndose a la luz.

En el Tabor, en forma egoísta, sugirió que fuesen levantadas las tiendas para ellos...

—"Sí Señor, sabes cuánto te amo." — Deseaba permanecer fiel a Él, darse...

Ahora sentía que toda Su sabiduría iluminaba su amor, diferenciando lo trivial de lo sublime, lo trágico de lo que es superficial.

—"Yo te seguiré..."

—"¿Simón, hijo de Jonás, tú me amas?" — repercutía en su mente.

—"¡Sí, tú sabes que yo te amo!"

Desde ahora estaba ineludiblemente ligado al Rabí y entregado a Sus corderos. Días después, Lo vio ascender, entre las lágrimas de la nostalgia y de la gratitud profunda. Descendió de Betania a Jerusalén y fue a apacentar los corderos de Su rebaño....

* * *

En la "Casa del Camino", o en la estrada de Jopa, o en Antioquía, en el "mundo Mediterráneo", o en Roma, la venerable figura de Simón Pedro fue la piedra angular de la Iglesia de Jesús para la Humanidad, el emérito mensajero de la reunión de almas para la fe y la esperanza, hasta el momento en que, en la "Babilonia", ampliando y manteniendo los horizontes de la fe viva con Pablo "otras manos ligaron sus manos..." y lo llevaron al testimonio. Fue el discípulo por excelencia, — Simón Pedro: piedra y pastor—, que se elevó del engaño para vivir las enseñanzas de Jesús hasta el último instante, apacentando los corderos de Su rebaño de amor...

(*) Juan, 21: del 1 al 25.

Jesús

"Y cuando yo sea elevado de la tierra, a todos atraeré hacia mí." — Juan 12:32.

Mientras fulguraban en oro los rayos del astro rey, bañando la Naturaleza de incomparable fiesta de luz, fueron pronunciadas las últimas palabras, dichas las instrucciones finales y significativas, y delineados los rumbos a seguir para el cumplimiento de las tareas futuras. Nimbado por una indefinible claridad, Él ascendió lentamente, ante las lágrimas de los compañeros y las esperanzas de redención por el trabajo del porvenir.

En Betania, la montaña disminuía, los horizontes del mundo se ampliaban y Sus ojos bañaban de ternura el fecundo campo de acción, donde las flores del amor deberían abrirse a través de los tiempos bajo Su inspiración.

Convivió entre aquellas gentes sencillas, estableciendo las bases de la edificación fraterna para los espíritus.

Se olvidó de sí mismo, para suministrar la lección máxima de la humildad, y descendió de lo Alto para servir mejor.

Dispensó de intermediarios para el cumplimiento de sus planes, y vino Él mismo a participar de los mínimos preparativos, demorándose diariamente y a cada instante, con el más acendrado desvelo, para infundir, por medio del ejemplo, las lecciones firmes del deber y de la abnegación.

Previendo las consecuencias políticas, sociales y espirituales de Su mensaje en la Historia de los tiempos, pudo vislumbrar desde entonces, las legiones de los que no titubearían en sacrificarse y sufrir los tormentos que fueran necesarios para permanecer fieles a los postulados de la Verdad, hasta alcanzar la muerte infamante...

Y pensando así, el Rabí se envolvió en una inusitada alegría.

Los conquistadores preparaban soldados y mercenarios infundiendo el terror, y se valían de las estrategias bélicas, basadas en acciones despiadadas, en el espionaje y en la traición. Combatían los cuerpos, despojaban ciudades, sofocaban las aspiraciones de los pueblos debilitados...

Él llegó anónimo, y partía virtualmente humillado. No obstante, legó a los que quedaron confiados, la armadura de la paciencia, las armas del amor y la estrategia del bien incesante e infatigable.

El campo tal vez quedó muchas veces cubierto de cadáveres... cadáveres de sus legionarios que se entregaron al sacrificio, pero que jamás sacrificaron a otro.

Les ofreció los instrumentos desconocidos hasta entonces de la concordia y de la mansedumbre, e inauguró un extraño y singular modo de combatir el combate de la no-

violencia. Y, sin embargo, por esa misma razón, no hubo lugar para Él en la tierra. . . No obstante, ello, de las lecciones vivas e incorruptibles de Su amor, brotaron bendiciones, y el puñado de espíritus revestidos con la indumentaria carnal que quedaron en la retaguardia, alcanzaron paulatinamente los elevados e inamovibles objetivos que después tendrían que conquistar.

Eran simple polen que, a pesar de ello, fecundarían a la humanidad entera, venciendo las distancias y los tiempos.

En lo infinito de las horas, habría de llegar el momento de la comunión final con los amados y el triunfo total sobre las miserias que convulsionaban las mentes y los corazones.

Recordó a aquellos hombres y mujeres arrancados de sus quehaceres diarios, para cumplir con la incomparable jornada del socorro fraternal. Ni ellos mismos se percibieron de la profunda significación que encerraba el "abandonar todo y seguirlo..."

Durante meses, guardaron extrañas e ingenuas esperanzas; lucharon entre sí, disputándose la supremacía, soñaron quiméricos triunfos, aspiraron tener honras banales... Después, lentamente, aclarados los interrogantes que perturbaban su facultad de razonar y nublaban sus sentimientos vacilantes, pudieron presentir la elevada responsabilidad de la que estaban investidos.

Recorrieron la tierra cual discreto perfume de poderoso aroma y, por donde pasaron, sin percibirlo siquiera, dejaron señales imborrables. Los escogió de diversas procedencias, siendo todos ellos, corazones comprometidos con el quehacer diario y la rutina de sus vidas sencillas.

A una mujer habituada a los cojines de seda y a la seducción, le ofreció fuerzas y valor, para que, renovada se convirtiese en ejemplo vivo de la victoria del espíritu sobre la carne perecedera.

Conmovió a un jactancioso "doctor de la Ley", enseñándole la profunda interpretación del complejo mecanismo de los renacimientos purificadores.

A un fiel administrador le enseñó las esperanzas del Reino, restituyéndole su hija enferma, en elocuente testimonio del valor de la salud espiritual...

Confundió con el verbo simple y las actitudes sencillas a los hipócritas y mentirosos, a los engañadores y a todos aquellos que se complacían en malversar los valores de cualquier naturaleza.

A los amigos — íntimos compañeros de todas las horas —, los eligió de entre aquellos que cumplían las modestas funciones del pueblo, adiestrándolos en un régimen de austera disciplina e incesante dedicación, a fin de prepararlos para las luchas interminables de la acción sin límite...

Sabía que ellos llevarían Su voz, cantando, sudorosos y sacrificados, pero también, resueltos y conscientes, a todos aquellos espíritus que la necesitaban, mitigando así las terribles úlceras que minaban el organismo de la humanidad.

Sabía también que las manos de la codicia y del crimen, se levantarían, y que toda clase de obstáculos habrían de organizarse; que las más infames armas serían usadas contra ellos mientras permaneciesen fieles a Su testimonio, recorriendo la Tierra.

Pudo vislumbrar las llamaradas y las cruces, los animales y las armas, las crueldades sin par y las persecuciones implacables que organizarían contra ellos, sin disminuir su ánimo ni quebrantar su coraje, puesto que se apoyaba en la Iglesia de la Revelación que estaba asentada en la roca de la Verdad con la argamasa de Su sangre y con el sello de Su resurrección, quedando reservado al futuro el resultado de Su sacrificio por amor...

El cordero confraternizaría con el lobo y la cizaña cedería lugar al trigo, floreciendo la gleba humana con las bendiciones de la paz integral.

"Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres" — entonaban las voces angélicas, saludando al Rey Excelso, que llegaba al trono del Altísimo.

El Divino Amigo, lejos ya de la esfera de sombras en la que quedaron los hombres, envueltos en sus pasiones y ansiedades, abrió los brazos con el espíritu pletórico de confianza y, toda armonía, balbuceó pensando en aquellos que Lo seguirían, a través de los tiempos:

"Padre Nuestro, que estás en el Cielo.", retornando al seno de Aquél que Lo envió, sin apartarse, no obstante, de los luchadores que habían quedado en la retaguardia terrena, hasta la "consumación de los evos".

* * *

Desde entonces, el sufrimiento y el dolor encontraron amparo en manos débiles que se fortalecen con el contacto del trabajo cristiano.

Por donde pasa la hidra de la guerra sembrando cadáveres y destrucción, corazones abnegados avanzan detrás de ella atendiendo a la viudez, a la orfandad, al abandono y la miseria.

La impiedad jamás volvió a instalarse en la Tierra, ni la persecución consiguió el triunfo total.

En todas partes, Él estuvo presente, y la simple pronunciación de Su nombre, es un vigoroso estímulo para la libertad y la paz espiritual.

A pesar de no haber triunfado en el mundo, Jesús venció las vicisitudes y estableció las balizas del Nuevo Mundo de la Humanidad Feliz, en cuya construcción todos nosotros, desencarnados y encarnados, estamos unidos en el ejercicio del aprendizaje y la vivencia evangélica.

Epilogo

El Evangelio — la nueva o buena nueva —, es la más expresiva historia de una vida relatada a través de otras vidas, para iluminar la vida de todos los hombres. Es la historia de un Hombre que se yergue en la Historia, volviéndose más importante que la Historia misma, marcándola con Su nacimiento de manera tal, que llegó a constituirse en el marco rutilante de las venturas del pensamiento universal.

Ésta, la más significativa historia jamás narrada, se encuentra, sin embargo, sintetizada en "El Nuevo Testamento", modesta obra de poco más de trescientas cincuenta páginas. Fue escrita por dos testigos personales de todos los acontecimientos, Mateo y Juan, y confirmada por las declaraciones de otros que convivieron con Él, tales como Pedro — quien le pidió a Marcos que la escribiese para los romanos recién convertidos — y Lucas, que la recoge de Pablo, — el llamado del camino de Damasco —, de María, Su Madre, de Juana de Cusa, de María de Magdala y de otros, escribiéndola para la gran masa de los gentiles que se habían convertido. Otras manifestaciones de conocedores y participantes directos reaparecen en las Epístolas, para culminar en la visión del Apocalipsis.

En total, veintisiete pequeños libros constituidos por doscientos capítulos y siete mil novecientos cincuenta y siete versículos, escritos en lenguaje simple: cuatro narraciones evangélicas, un "Actos de los Apóstoles" (atribuido a Lucas), catorce epístolas de Pablo (1), una de Tiago el Menor, dos de Pedro, tres de Juan, una de Judas (Tadeo) y el Apocalipsis de Juan.

Pese a haber sido discutidas y examinadas durante siglos, fueron aceptadas por el Concilio de Trento (1545-1553), que reconoció su autenticidad, después de analizar documentos históricos, constituidos por fragmentos de las primeras copias que utilizaron los cristianos decididos y que fueron los seguidores de los discípulos que fundaron las Iglesias florecientes de entonces...

Pese a las pequeñas variantes de las narraciones —lo que les da el testimonio irrefutable de la opinión personal de los escritores—, la historia del Hijo del Hombre, a través de los cuatro evangelistas, es una sola.

Mateo (Leví) la escribió para los israelitas que se cristianizaron, comparando la Buena Nueva con los Textos Antiguos y valiéndose de las figuras comunes del pensamiento hebreo. (2)

Marcos (también llamado Juan), era hijo de María de Jerusalén; en su hogar se reunían los cristianos y es allí donde se refugia el Apóstol Pedro, al quedar libre de presidio. Conoció de cerca las lides apostólicas junto a Pablo y Bernabé, de quienes se separó en Perge, (Panfilia) y, al retornar a Jerusalén, fue llamado por Pedro poco después, para sembrar la doctrina en Roma. Es en esa oportunidad que escribió su narración. (3)

Lucas, recién convertido por Pablo, vivió en Cesarea, en el hogar del diácono Filipo, a quien oyó emocionado el relato oral de los acontecimientos que más tarde volvería a escuchar en Jerusalén por boca de Tiago, el Menor.

Erudito, nacido en Antioquía, poseedor de una formación cultural helénica, es el narrador deslumbrado y conmovido por los hechos y las palabras de Jesús. Es el más lindo de los cuatro Evangelios, el más impregnado de la mansedumbre del Cordero. Cuando escribe al "excelente Teófilo", lo dedica a la enorme grey de los gentiles, después de componerlo arrebatado por el verbo candente de su maestro Pablo. (4) Más tarde, prosiguió escribiendo los "Actos de los Apóstoles", con su inconfundible estilo.

Juan, el discípulo amado, místico por excelencia, escribió para los cristianos que ya conocían el Mensaje con seguridad. Profundizó los elementos reveladores que poseía y se introdujo en el coloquio del Maestro con Nicodemo sobre el nuevo renacimiento, en el cual es posible que haya participado como oyente. Comienza su estudio con la trascendente cuestión del Verbo y lo cierra en el Apocalipsis, con la brillante visión medianímica de la Jerusalén Libertada. El suyo, es el Evangelio espiritual.

Estas obras, escritas inicialmente en la lengua hablada por Jesús, el aramaico, con la probable excepción de Lucas, fueron después traducidas al griego, con lo que se materializa el pensamiento del Maestro, de que Su doctrina se expandiría por toda la Tierra.

Es la más conmovedora historia que se ha escrito. El amor más grande que el mundo conoció. El ejemplo más fecundo que jamás existió.

La vida de Jesús es un permanente llamado a la mansedumbre, a la dignidad, al amor, a la verdad.

Amarlo, es comenzar a vivirlo.

Conocerlo, es plasmarlo en la mente y en el corazón.

¡La vida que contiene en sí la historia de nuestra vida - esa es la Vida de Jesús!

¡La perenne alegría, el buen mensaje de júbilo - tal es el Evangelio!

(1) La Epístola a los Hebreos, en el Concilio de Trento, fue atribuida al Apóstol Pablo, mientras que el de Cartago, la supuso; de autor desconocido. Preferimos la primera opinión.

(2) Papias (75-150) informaba que Mateo presenta en su Evangelio, "los dichos del Señor."

(3) Marcos, que servía de intérprete a San Pedro, registró con exactitud, si bien no por el orden, palabras y obras de Jesús."

(4) Dante afirmaba que Lucas "es el escriba de la mansedumbre de Jesús."

(Notas de la Autora Espiritual)